

CONSTANZA TERNICIER

*La trayectoria
de los aviones en el aire*



C

Editorial Comba

LA TRAYECTORIA DE LOS AVIONES EN EL AIRE

CONSTANZA TERNICIER


Editorial Comba

Imagen de la portada:
Loreto Aravena en una foto de Juan Pablo Ternicier

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Diagramación e ilustraciones: Roger Castillejo Olán

© Constanza Ternicier

© Editorial Comba, 2016
c/ Muntaner, 178, 5º 2ª bis
08036 Barcelona

ISBN: 978-84-948031-5-4
Depósito Legal: B-21.765-2016

A mis padres

...y me despido de estos poemas
palabras, palabras —un poco de aire
movido por los labios— palabras
para ocultar quizás lo único verdadero:
que respiramos y dejamos de respirar.

Jorge Teiller, *Despedida*

La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara. A todos, al nacer, nos otorgan una doble ciudadanía, la del reino de los sanos y la del reino de los enfermos. Y aunque preferimos usar el pasaporte bueno, tarde o temprano uno de nosotros se ve obligado a identificarse, al menos por un tiempo, como ciudadano de aquel otro lugar.

Susan Sontag, *La enfermedad y sus metáforas*

Follar es lo único que desean los que van a morir. Follar es lo único que desean los que están en las cárceles y en los hospitales. Los impotentes lo único que desean es follar. Los castrados lo único que desean es follar. Los heridos graves, los suicidas, los seguidores irredentos de Heidegger. Incluso Wittgenstein, que es el más grande filósofo del siglo xx, lo único que deseaba era follar. Hasta los muertos, leí en alguna parte, lo único que desean es follar. Es triste tener que admitirlo, pero es así.

Roberto Bolaño, *Literatura + Enfermedad = Enfermedad*

La naturaleza del alacrán es picar. La mía es amar, aunque me duela.

Adagio hindú

DÍA UNO

First Breath After Coma
Explosions In The Sky

Abriste un ojo y luego el otro, así como la gente suele abrir los ojos cuando no entiende muy bien qué es lo que está pasando, dónde se ha quedado dormida o a qué lugar ha venido a despertar. Cuando está todo más claro, uno se despierta abriendo los dos ojos al mismo tiempo. Había una cortina celeste cerca de ti, de ésas encargadas de separar los espacios. Todavía no sabías bien de qué o de quién te estaban separando, pero seguro que había muchas de esas cortinitas por toda la sala. Alcanzaste a darte cuenta de que estaban agarradas al biombo con unos ganchos que bien podrían haber sido unos espermatozoides. Te reíste sin ganas de reírte. A pesar de que estabas en una ciudad más bien grisácea y que apenas conocías, la luz del sol estaba eneguecedoramente brillante. Molesta, una luz definitivamente molesta. Entrecerraste los ojos y, pese a la dificultad, te diste vuelta hacia el otro lado. Ahí estaban las últimas personas con quienes jamás creías que te encontrarías: padre y madre. Pero ellos no estaban solos, no. Había también una enfermera muy bajita con cara de filipina, un doctor oriental que tenía cara de guardar en sí mismo la paciencia del mundo entero y una doctora flaca y alta que tenía cara de nada. Todos inclinaron la cabeza hacia la izquierda y adoptaron la misma expresión mezcla de sorpresa y ternura que la gente suele poner cuando alguien que parecía que nunca iba a despertar finalmente lo hace. Y entonces vino la algarabía, los saltos, el batir de palmas, los abrazos y todas las otras muestras de entusiasmo que pueden existir en el mundo. Y luego un silencio que no explicaba en nada la secuencia de acciones que se habían sucedido al momento en que tú, Amaya Tripet, abriste un ojo y luego el otro. ¿Qué esperaba esa gente? ¿Que fueras tú la que dijera algo, si ni siquiera entendías dónde estabas ni qué hacían tantos tubos rodeándote, como si fueses un parque de diversiones acuático?

First Breath After Coma. Podría haber estado sonando la canción de Explosions in The Sky en el aire.

Se sucedieron las muestras de cariño, las de los doctores y enfermeros que están acostumbrados a ver a gente morir y las de unos padres que no están para nada acostumbrados a ver a sus hijos a punto de morir. Los acostumbrados y los desacostumbrados parecían igual de contentos, unos por vocación y otros por eso que casi todos entendemos como amor filial. «¡Despertaste!?»... «¡Qué alegría tenerte de vuelta!»...«*It's incredible*»...«*We are so grateful*»...«*Nothing is impossible*»...«Vaya sustito nos hiciste pasar»...«Por fin estás de vuelta, hija mía, hija nuestra»...«*You are a wonderful and strong woman*». Ni siquiera parecían

preocupados por la posibilidad de que te hubieses quedado muda. Lo más lógico habría sido preguntarte cómo te sentías, pero en momentos como ése nada es demasiado lógico. Era conveniente y oportuno que todos empezaran a deshacerse de ese tipo de parámetros desde ya, pues no les iban a servir de mucho. Tus padres se abalanzaron sobre ti, o sobre lo que iba quedando de ti, y por poco te rompen en mil pedacitos. Tanto tubo resultaba incómodo y habrías dado cualquier cosa por sacártelos de encima. Te alegraste de ver a tus papás, de volver a verlos, y de verlos así, tan contentos. Te habría gustado ser tú la que se abalanzara sobre ellos, pero no estabas segura de poder lograrlo. Apenas podías levantar los brazos para saludarlos en el aire con la mano bien abierta y agujereada. Era linda la escena, muy familiar y muy moderna, pero ¿qué es lo que hacían ellos ahí? Y primero que nada, ¿qué era ahí? Bueno, tampoco era muy difícil darse cuenta. Unos biombos color celeste y con espermios, una camilla reclinable, quejidos que se escuchaban desde el fondo de la sala, las caras gastadas de las enfermeras y los doctores, el olor de la asepsia, el olor neutro de la higiene moribunda. Era un hospital. En tu país, aunque fuera carísimo, convenía ir a una clínica porque, de lo contrario, era altamente probable que acabaras muriéndote de pobre. La gente en los hospitales se moría de pobre. Pero algo recordabas de tus últimos pasos, estabas casi segura de que te habías ido de tu país. Tal vez en este lugar del mundo no era un disparate ir a un hospital a intentar recuperarse de algo, de algo que nadie terminaba de entender.

De pronto te vinieron un par de *flashes* que no lograste encajar del todo. Una torre gigante que estaba llena de turistas, una rueda de la fortuna que cambiaba de colores por la noche, un mercado interminable de ropa de segunda mano al que todo el mundo iba con su mejor *look*, un castillo plantado en el medio de un jardín excesivamente verde y blanco, las tantas veces que casi te atropellaron por no mirar en la dirección correcta, los puestos de fruta que parecían de mentira. Algo te decía que se trataba de dos lugares diferentes que se mezclaban molestos en alguna parte insólita de tu memoria.

Y al final de todo, el mar.

El recuerdo de una ciudad con mar en la que incluso daba un poco de vértigo aterrizar. El roce del mar. La eterna fantasía de vivir lo más cerca posible de una playa sin olas y jamás tan helada como las de tu propio país. Un país donde el mar tenía algo más que agua y peces. Había una historia allá abajo. Y aquí también había una: había empezado en alguno de estos lugares y había terminado aquí, en un hospital con cortinas de espermios.

Desde el fondo del grupo de espectadores entró caminando una mujer muy alta y cadavérica. Tenía el pelo totalmente blanco y las arrugas de la gente que envejece de ese modo tan frío y primermundista como ése que parecía acompañarlos a todos. Menos a tus padres, claro. Se presentó como alemana, pero hablaba perfecto el español. Luego supiste que había estado en unas misiones, medio cristinas, medio socialistas, o quién sabe, en Latinoamérica. Esa gente siempre acaba llevándose la mejor impresión del continente, la pobreza les hace gracia y se sienten muy orgullosos de salir en las mismas fotos con unos niños mocosos y descalzos. Pero ésa era una buena mujer, una mujer escalofriantemente sola, pero una buena mujer. «¿Te acuerdas de algo? Ayúdanos en esto. Todos juntos vamos a ayudarte, pero tú también tienes que ayudarnos a nosotros. Estamos muy felices de tenerte de vuelta. ¿Sabes dónde estás? ¿Sabes cómo se llama este lugar? ¿Sabes por qué tus padres están aquí contigo? ¿Qué es lo último que recuerdas?» Eran bastantes preguntas a la vez, pero sabías que en algún momento podrías responder cada una de ellas. Para la mujer se trataba de preguntas casi retóricas. No esperaba realmente una respuesta.

Le dijo un par de cosas a algunos de tus espectadores, a ésos que entraban en el rubro de personal médico. Los que entraban en el rubro de padres de familia, en tanto, decidieron rodear la cama de la supuestamente enferma joven; o sea tú. Se puso uno a cada lado, madre a la izquierda y padre a la derecha, y te tomaron las manos moradas. Respiraban aliviados y repetían una y otra vez que todo iba a estar bien. Eso era lo que siempre habías esperado que te dijeran. Cuántas veces no deseaste con toda tu alma que te abrazara alguien de brazos firmes, te tomara la cabeza minúscula y te dijera con una certeza incorruptible que todo iba a estar bien. Por fin alguien te lo estaba diciendo, y qué mejor que tus mismísimos progenitores. Supiste que te esperaba una larga tarde y te dieron ganas de ir al baño. Te trajeron una silla especial por si querías estar sentada un rato ahí e intentarlo. Nunca en tu vida el concepto de privacidad se había visto tan vulnerado. Luego de pasar un buen rato sentada en esa ridícula silla, te dijeron que mejor te acostaras, que te traerían algo para ponerte sobre la cama por si la digestión empezaba a funcionar. Ibas retrocediendo a pasos agigantados a ese tiempo en que apenas tenías meses y no sabías nada de lo que eran los años.

La cama estaba muy lejos de ser una *king size bed*, pero era muy cómoda y tenía como diez posiciones distintas. Podrían acomodarse allí los tres y escoger la mejor, la que mejor le quedara a ese pedazo de familia que había terminado reuniéndose en un lugar tan pulcro y tan seguro de sí mismo como un hospital. «Tus amigos te trajeron hasta aquí», decía padre. «Atinaron superbien tus amigos, Amaya, ésos son los amigos que valen la pena, no los otros», remataba madre. «Todavía no se sabe muy bien qué es lo que te ocurrió. En estos momentos hay unos exámenes tuyos analizándose en Oxford. Van a tardar unas tres semanas. ¡Mira lo importante que estás! Una de las primeras universidades del mundo. Capaz que después te tengan como un conejillo de indias encerrada en un laboratorio y te paguen por usarte para el progreso de la ciencia. ¡Huuuuuu! Como esos ratoncitos blancos que llevábamos a la casa. ¿Te acuerdas?», continuaba padre. Claro que te acordabas de esos ratoncitos que, sabías, iban a morir en algún momento, pero no tenías idea de que les pagaran por prestar su cuerpo. Ratonos prostitutos. Tu papá, que es veterinario, se había empeñado toda su vida en compararte a ti y a tu hermano con los animales. Bonita comparación. Total, los dos tenían cerebro y, al parecer, ahí estaba el problema. Supusiste que ahí estaba la raíz de todo porque te preguntaron muchas veces, insistentemente, cómo sentías la cabeza, si te dolía en alguna parte, si no estabas acaso mareada o con las sienes abombadas. «Es algo en el cerebro, pero se desconoce la causa, hija mía. Seguro que ya lo vamos a saber, tú tranquila», concluyó madre. ¿Y cuándo se conocen las causas de las cosas? Casi nunca, pensaste. Te entregaste a esa idea. Lo único que te interesaba saber era cuándo podrías regresar a la ciudad que habías dejado, la del mar que daba vértigo, pero no te atrevías a preguntarlo. Te costaba un poco hablar, tu garganta estaba herida por uno de los tantos tubos con los que te habían conectado al mundo exterior. Tal vez era el momento de guardar un poco de silencio.

Era sábado, un día que algunas personas suelen destinar para pasar en familia. Y ésta no sería la excepción. Pasaron toda la tarde conversando de una vida entera, como si fuera capaz de resumirse sólo por el hecho de haber comenzado a sentir que las cosas podían terminarse, que de un momento a otro los planes de una persona planificada acababan desmoronándose sin ninguna discreción. Tu pelo debe de haber estado asquerosamente sucio y, si bien no parecía tener ningún olor —la locura lo había neutralizado todo—, no podías entender cómo madre y padre eran capaces de tocarlo por tanto rato. Tal vez era el único espacio que les quedaba libre para hacerte un poco de cariño, porque el resto del cuerpo había sido totalmente intervenido. Curioso que

precisamente la cabeza, el lugar donde supuestamente se centraba el problema, estuviese más o menos despejada. Eso sí, todavía tenías las pegatinas de colores que habían usado para enchufarte los miles de cables utilizados en las pruebas. Podrían haber sido chicles de colores que se te habían quedado pegados en el pelo desde que eras niña, o una trampa para que los dedos de esas personas que se empecinaban en hacerte cariño no pudieran despegarse nunca más de allí. Resultaba tan reconfortante tenerlos así de cerca y así de juntos. Ellos también se hacían cariño de cuando en cuando, buscaban un consuelo, se felicitaban, se aliviaban, se miraban cómplices ante cualquier pregunta incómoda. Todavía tenían mucho que contar, pero los doctores les habían pedido discreción. Había que ser prudentes, ir poco a poco. Finalmente, eran ellos los expertos. Genios o asesinos, como dice Bernhard, da lo mismo: expertos sumergidos en el fondo de lo desconocido para encontrar algo nuevo. De lo nuevo, ellos hacían una teoría convincente.

Entonces, más que conversar de lo ocurrido, hablaron de todo lo anterior: de por qué no había venido su hermano con ellos, que estabas dispuesta a pagarle el pasaje, de quiénes eran esos amigos que se habían portado tan bien contigo y qué había pasado con las amigas esas con las que recordabas haber iniciado el viaje desde esa ciudad de la que te sentías tan parte, ésa que dolía a amor, de la llamada que habían recibido y cómo habían logrado tomar un avión tan rápido y desde tan lejos, de esos ángeles que contabas con los dedos de una mano y con quienes te habías sentido protegida durante el tiempo, de quién era ese hombre de nombre serbio y por qué razón lo considerabas parte de tu panteón angélico, de cómo lo habías conocido —¿en el aeropuerto de París?—, sí, comenzabas a recordar tu itinerario, que habían hablado cerca de dos horas con él, el tiempo de retraso que tuvo el avión que te llevaría a tu destino casi final, como esa mala película gringa, aunque aquí nadie había anticipado la tragedia, que el hombre ese te había hecho un mapa de esta inmensa ciudad y te había explicado un poco la enredada manera en que funcionaba el metro, aquí llamado Underground y no Subway, porque todo parecía más profundo y socavado en esta parte del mundo, en lo que tus papás estaban de acuerdo, pese a que en los últimos días sólo se habían movido cerca del hospital y habían conocido a una señora muy simpática que se llamaba Wendy —cómo no iba a ser simpática con ese nombre—, que les había invitado a alojarse en el edificio donde se quedaban los funcionarios y los familiares de los pacientes, y entonces casi no habían tomado el famoso Underground, aunque habían pasado unos días de mucho miedo y se habían sentido enterrados en lo más profundo de la tierra, pero de todos modos habían salido a comer por ahí ya que de algo había que alimentarse, y coincidían en que ésta era la ciudad más cara del mundo, pese a que en ese barrio más bien proletario había buenas ofertas, porque el proletariado del primer mundo, en fin, tampoco se parecía mucho al del tercero, o al del segundo, y te dijeron que te invitarían a comer sushi a un lugar que ya tenían visto y al que habían ido a tomarse una sopa miso, que estaban adictos a la sopa, contaban, porque era también la opción más barata, claro, y además ese hombre serbio con pintas de ángel también te había contado que hacía Kung Fu y te había regalado un parche para que se lo dieras a tu hermano chico que, por supuesto, tampoco había venido, y padre te preguntó si por alguna casualidad ese hombre te había ofrecido algo para tomar o si te había llevado al baño, y madre lo miró con cara de no vayas tan rápido, no la espantes, y tú sin oírlos les contaste que lo impresionante era que luego, al llegar al departamento de tu amigo, había un señor con el mismo nombre que vivía en el segundo piso, y te había parecido casi kármico, y luego te imaginarías que los sujetadores de tu cama reclinable eran los pisos de ese departamento y que tendrías que romperlos para dar con alguna clave, al igual que habías roto uno de los barrotes del dúplex de tu amigo que, ahora te acordabas, no era en

realidad tu amigo, sino el amigo de tu amigo, pero que por esos extraños acontecimientos se había convertido en algo así como uno de los amigos más entrañables que podrías haber llegado a tener.

Todo un día de conversación y aún eras incapaz de echar para fuera la poca comida que llevabas adentro. Te sentías la persona más patética del mundo acostada a medias sobre esa suerte de bacinica. Prácticamente lo único que habías ingerido era un líquido de color morado que estaba inyectado a tus venas. Estabas en los huesos, raquítica como cuando eras niña y te olvidabas de comer. ¿Qué podías echar para fuera si ya no quedaba nada dentro? Te preguntaste qué hacías en medio de todos esos enfermos terminales. Ahora te enterabas. Estabas nada más ni nada menos que en lo comúnmente conocido como la UCI, *Intensive Cares* en otras palabras, en el lenguaje de allí. «¿Tú sabes cuánta gente sale viva de acá?», te preguntó padre, como para que te sintieras orgullosa de estar en la desviación estándar de las estadísticas.

Hicieron muchas rondas durante el día. Gente de distintos colores y con acentos muy variados venían a preguntarte cómo te encontrabas. Qué lindo acento tienes, te decían como si sirviera de algo. Si al menos hubieses sido cantante, podría ser una de esas voces femeninas medio sensuales o medio infantiles que apenas cantan, más bien se lamentan. Podría haber funcionado. Bonito acento. Probablemente era lo único lindo que te iba quedando. Te sentías asquerosa. Padre te dijo que él se había ocupado de lavarte los dientes y por lo menos en dos oportunidades te habían hecho aseo general. Pero ¿cuánto maldito tiempo había pasado? ¿Cómo era posible que pasara tanto tiempo en la vida de una persona sin enterarse de nada? Hay enfermedades que sólo consumen el espacio. Dejan el tiempo estacionado. Miles de células haciendo de las tuyas a espaldas de ti. Padre y madre te decían que no pensaras que estabas loca, que no era así, y que dejaras de preguntárselo a cada una de las personas que iban hasta tu cubículo a saber cómo lo estabas llevando. Siempre le habías tenido pánico a la locura, no había nada a lo que le tuvieras tanto miedo como a la posibilidad inminente de volverte loca. Lejos ya del romántico xix, instalados de pleno en este siglo, la locura se había vuelto repelente, desgarradora, una lepra. Hay quienes habían hablado de brotes psicóticos como si fuesen expertos en el tema: los otros, los sanos, los cuerdos, los sobrevivientes. Sentados en su pedestal de lucidez, de autocontrol y paz interior. Se creían que una esquizofrenia, por años amenazantes, se había pronunciado al fin. «*We will take you to the Neurology's floor, no Psychiatry*», te decían con los ojos abiertos como huevos fritos. «*Do you understand?*» Y tú les sonreías con esa mirada complaciente que se te había olvidado por al menos unos días, y pensabas si acaso no se trataba de la misma cosa. Al fin y al cabo el origen, en cualquiera de los dos casos, estaba en una cabeza a punto de reventarse.

No es que estuvieses muy familiarizada con la neurología, pero en el último tiempo ese nombre había ocupado un lugar bastante considerable en tu vida. Él y sus dolores de cabeza crónicos; él y su palidez extrema al despertar, la torre de almohadas que tenía que poner bajo su nuca para poder despegarse de la cama; él y sus infinitas resonancias magnéticas; él y sus antidepresivos, que supuestamente le curarían las cefaleas tensionales; él desfalleciendo en el medio de la multitud; él y la oscuridad. Una pieza oscura, eso era lo que él necesitaba cada vez que le venían las dolencias aquellas. Nadie podía entrar ahí dentro. Eso era. Definitivamente nadie podía entrar ahí dentro, aunque tú hubieses querido seguirlo en la oscuridad y le hubieses cantado esa canción de Death Cab for Cutie, como para consolarlo: *I Will Follow You into the Dark*.

Antes de que cayera la tarde, te trasladaron al tan prometido piso de Neurología. Al menos estabas logrando salir airosa de la UCI, de ese lugar del que sólo un 10% sale con vida. Lo mejor

de todo era que estarías sola en una habitación. Los últimos días habías sido demasiado hostil con el personal del hospital como para que, más encima, te diera por andar insultando a los demás pacientes. Eso te lo habían contado padre y madre. Cualquier cosa que pudiera resultarles divertida y lograra hacerte reír te la habían contado sin discreción. El caso es que te reías de prácticamente todo, casi por inercia. Sin embargo, debían tener ciertos resguardos porque, si bien parecías bastante más cuerda que antes, nunca se sabía si en cualquier momento te podía venir el delirio nuevamente. Tus padres eran los más felices con el cambio de habitación. Allí podrían ponerse cómodos, dejar sus cosas en un lugar seguro —los chilenos, en los últimos cuarenta años, habían aprendido bastante sobre la desconfianza—, conectar sus computadores para mandar los reportes correspondientes y traducir cualquier palabra que pudiera pasárseles de largo. Tenían una TV, así que, más encima, podrían matar el tiempo de una manera rápida y eficiente. Un cómodo sillón para dormir cuando hiciera falta y un baño propio. La enorme ventana les recordaba que existía un mundo afuera y que, si bien no iba a detenerse por ellos, seguiría estando disponible para volver a él. No siempre se puede decir lo mismo de los lugares, y mucho menos de las personas. Al menos el mundo, por ahora, no parecía estar fallándole a nadie. O sí. Fallaba tanto en cada esquina, en cada uno de sus rincones ignorados, que ni siquiera se hubiese podido esperar demasiado de él.

Fue triste cuando padre y madre se fueron y te quedaste en esa habitación, todavía algunos tubos colgados de la piel. Ellos estaban preocupados por cómo te encontrarían al día siguiente y lo que más querían era que durmieras un poco, esta vez de manera natural y no inducida. Sin embargo, iban a celebrar de todas maneras. Irían a tomarse un whisky, un tequila o algo. Podían elegir el trago que quisieran, porque la ocasión lo ameritaba y porque había suficiente variedad etílica en una ciudad tan cosmopolita como ésta, en la que tú, Amaya Tripet, habías venido a enfermarte. Qué más hubieses querido que tomarte una copa, fumarte un cigarro, salir a conversar con alguien; un vagabundo lumpérico, un taxista, un kamikaze o cualquier otro enfermo que hubiese escapado de allí.

Antes de partir, padre y madre te llenaron de besos en la frente, ese lugar donde te besan las personas en las que puedes confiar. Recordabas que el personaje de los dolores de cabeza te había dicho hacía unos días que cuando besas a alguien en la frente es porque la quieres de verdad. Acto seguido, te había dado un beso ahí mismo, en la frente. En el supuesto centro mismo de la confianza.

Padre y madre le rogaron a la enfermera que estuviera muy atenta, porque no podías levantarte de la cama ni podías sacarte el tubo que tenías entre las piernas. Tú, por tu parte, sólo querías que mañana fuera otro día, algo completamente ordinario. Qué más se podía pedir. A unas tres horas de allí en avión estaba él, agazapado en su oscuridad, aunque ya no fuera necesario, porque progresivamente y de manera inesperada sus dolores de cabeza iban desapareciendo junto con los cargantes mareos.

DÍA DOS

Fantasma
Gustavo Cerati

Efectivamente, al día siguiente la locura había vuelto. Esta vez no se trataba de gallinas cluecas, ésas que cacarean y se despluman a cada paso. No era la locura de los días previos, la que había marcado la conducta de Amaya bajo la condición de una gallina clueca. No, esta vez era algo así como una ceja locura, como la ceja de selva; la que viene antes de esa vorágine de animales salvajes y plantas carnívoras. Nada tan terrible ni tan incontrolable. Sólo tenía la mirada perdida y era incapaz de responder a una pregunta de manera coherente. Más bien se limitaba a decir cosas como *sí, no, acá, allá, Chile, Barcelona, de noche, puede ser, ayúdenme, no sé* y ese nombre tan extraño que no se cansaba de repetir. El punto es que todo esto era dicho en un orden absolutamente aleatorio y no dejaba para nada conforme a la persona que estaba preguntando. Era una locura ausente. Decidieron dejarla tranquila. Hubiesen querido cachetearla o zamarrearla hasta que recuperara el juicio, hasta que volviera a ser quien siempre había sido. Pero no había caso. Al menos, permitió que le hicieran un electroencefalograma sin sacarse los cables de colores de la cabeza ni empezar a jugar con ellos como si se tratara de personas que debían combinar entre sí.

En la sala donde le hacían el examen de los cables de colores había un cartel que ilustraba las distintas partes del cerebro. Lo habían puesto justo enfrente de la camilla de los pacientes que se recostaban en ese lugar para saber cómo les iba con sus cabezas. Bastante coherente. El caso es que a Amaya no le sucedía nada coherente o, más bien, no recordaba nada que lo fuera. Para ella, esas supuestas partes del cerebro que mostraba el cartel eran más bien miles de *aliens* con quienes había mantenido una relación hace mucho tiempo. Unos eran pequeñitos, casi adorables. Ni parecían venidos de otra galaxia ni nada por el estilo. Otros resultaban más amenazantes, y sin embargo podrían llegar a convertirse de igual forma en buenos amigos. Tal vez, pensó, todos esos días que pasó sin saber nada del mundo y con la memoria borrada había sido abducida por alguno de ellos y la habían tenido en una base espacial, transmitiéndole la información necesaria para poder sobrevivir en el mundo. Una tarea para nada fácil.

Los paseos a través de ese edificio gigante le resultaban interminables. Los ascensores tardaban años en abrir su puertas y la vocecita futurista de la mujer que anunciaba las partidas parecía toda una conspiración en su contra, o a su favor, o quién sabe: «*The door is opening. You can go down.*» Eso era lo que quería siempre esa voz, tirarlos a todos para abajo. Parecía hasta más enfática cuando decía *go down* que cuando decía *go up*, pero eso también podía deberse a

que la vocecita esa los incentivaba a hacer abandono del recinto hospitalario. Los hospitales son ese tipo de lugares de los que la gente prefiere salir, no entrar. De hecho, la planta principal estaba llena de personas que, por cierto, habrían preferido no estar ahí. De dónde había salido, este extraño lugar por el que se paseaba gente de todas las razas y en cuyas paredes colgaban dibujos abstractos y placas que hablaban sobre la caridad, la paciencia y la comunidad. Charing Cross Hospital. Se lo habían dicho varias veces. Así se llamaba. No sabía por qué, pero cuando Amaya escuchaba resonar ese nombre en algún punto vago de su cabeza, se imaginaba unas cruzadas: miles de personas cargando una cruz contra el fuego del enemigo y dispuestas a defender una causa poderosamente espiritual. Había algo medieval en esa historia. Por los siglos de los siglos, amén. Y a propósito de siglos, ¿cuánto tiempo había pasado ya?

Amaya sólo tenía la certeza del presente, de lo que estaba ocurriendo en ese preciso momento: volvía de su electroencefalograma a una habitación que quedaba en una de las partes más altas del edificio. Ahora estaba más cerca de los aviones. Era el famoso piso de Neurología. Entonces ¿cómo se habían dado las cosas? Sus padres se encargaban de explicárselo una y otra vez, temerosos de que esa persona de la familia que siempre lo había recordado todo con terrible nitidez fuera a perder ahora la memoria: «Estuviste una semana en cuidados intensivos, te despertamos del coma y ahora estamos en este piso de Neurología. ¡Es fantástico! ¡Una habitación individual enterita para nosotros!» El gusto de hablar en plural; es lo que solemos hacer cuando queremos sentirnos parte de algo común. Es inexacto, pero tremendamente cariñoso. Y luego de hacer las aclaraciones respectivas, los padres de Amaya reían. En realidad, era padre el encargado de explicar y entonces madre se desternillaba de la risa. Amaya no entendía, pero sus risas resultaban contagiosas. Entonces ella comenzaba a reírse con muchas ganas, sin saber muy bien de qué, como si fuese una enferma mental que ríe de cualquier cosa casi por acto reflejo. Ellos se hacían cariño. Nunca en su vida los había visto hacerse cariño. Tal vez era eso lo que le daba tanta risa. Parecía tan absurdo y pleno de sentido al mismo tiempo. Ellos se paseaban por la habitación como si fuese una suite presidencial, como si fuese el mejor lugar para estar en el mundo, uno que habían estado buscando toda su vida. Era una linda habitación. Bueno, tal vez no lo que se dice bonita, pero cómoda y limpia. Sobre todo limpia. Los hospitales aquí son atrozmente limpios. Cada cuatro horas, más o menos, viene una persona encargada del aseo y se lleva los deshechos. La cama es enneguecedoramente blanca y el mueble donde están las cosas de Amaya abre y cierra perfecto, sin chirriar como las cosas viejas, sin hacer ningún ruido, sin ninguna maña. Impecable. A sus padres les hace gracia limpiarse las manos una y otra vez con el alcohol colgado en la pared, que la gente usa cada vez que entra en la habitación.

En eso estaban, celebrando lo afortunada que era Amaya por haberse ganado una habitación tan increíble sólo por el hecho de ser una persona *non grata* que no podía compartir más de un par de minutos con el resto de los enfermos, producto de su sorprendente hostilidad. Ahí estaban, alardeando de lo iluminado que era el lugar, cuando apareció una enfermera muy gorda. No era muy alta y, por supuesto, tenía los ojos azules, como toda la gente del lugar —algo que jodía muchísimo a Amaya, que se sentía absolutamente vulnerable a ese color—. Decía que su familia venía de inmigrantes italianos y se habían desplazado buscando mejor suerte. La tarea de la enfermera, que parecía ser la madre universal, la madre de todo aquel que quisiera ser su hijo y la madre de todas las madres, era asear a la enferma. No bastaba con que el lugar estuviese aseado. Ya iba siendo hora de que su inquilina también lo estuviera. Estaba asquerosa, y eso Amaya, en su otra vida, no se lo habría permitido a sí misma. Le comentaron que sí la habían bañado una vez,

con mucho esfuerzo, entra varias enfermeras. Pero debe de haber sido uno de esos baños que le dan a la gente vieja, ésa que en realidad a nadie le importa cuán verdaderamente limpia quede. Porque los desechan, los olvidan y los entierran rápido.

Lo del baño le pareció a Amaya una propuesta fantástica. ¿Habrá sido ése un signo de recuperación? Había escuchado alguna vez que cualquier ser humano que se precie de tal debiera aspirar siempre a levantarse todos los días y tomar una ducha. Aparte de un humeante y apetecible desayuno, claro. ¿Podría retornar a la condición humana o sería más divertido ser un *alien* que viene en representación de los extraterrestres? Definitivamente, la última opción era más entretenida, pero el caso es que, para cualquier efecto, mejor era estar bien presentable.

Padre se restó de la tarea porque claramente le daba pudor bañar a su hija ya bastante mayor y peluda. Y sí, literalmente, peluda. Más de medio mes encerrada en un hospital no dejaban a nadie libre del crecimiento hormonal incontrolable de pelos.

La enfermera gordita y su madre, que se quiso hacer parte del que ya se iba convirtiendo prácticamente en un acto iniciático, ni se perturbaron. Tampoco se perturbaron con lo raquítica que estaba. Estaban entrenadas, una por madre y la otra por enfermera, a disimular ese tipo de asombros. Pero Amaya sí que se escandalizó. Odiaba verse así de flaca. Tampoco le hacía gracia engordar demasiado, pero la sola idea de quedar en los huesos le recordaba una infancia tomando multivitamínicos hasta por las orejas para poder recuperar lo que se llama un peso normal. Si a esa apariencia de pájaro con los huesos salidos sumamos su cabello convertido en el nido de aquel mismo pájaro —por lo enredado que había quedado con tanta locura—, los pelos por todas partes y las ojeras gigantes bajo sus ojos, la imagen era desastrosa. Es el golpe contra el espejo que cualquiera que esté volviendo en sí debe soportar. Amaya retoma su voluntad de ser ahí. Es «la piedra que resiste o la luz que persiste». Y la vanidad, finalmente, constituye un principio de realidad insoslayable.

No se había dado cuenta de que le costaba trabajo caminar. Andaba apenas dos pasitos y ya empezaba a sentir que sus piernas no le respondían. Fue por eso que la enfermera gordita y madre tuvieron que hacer prácticamente toda la tarea: llevarla hasta el baño, bañarla sentada en una silla con rueditas, secarla y, lo más importante, desenredarle el nido de pájaro que llevaba. Algo había pasado con su cabeza y eso estaba notándosele incluso en el pelo. El enredo era mayor. Al menos, en ese pequeño trecho desde su impresionante habitación hasta el baño, había logrado comprobar que inválida no estaba. Bastante invalidada, pero no inválida. No había nada que le aterrara más en la vida que la posibilidad de quedarse inválida. Además de volverse loca, claro. Recordaba haberse comparado con Gustavo Cerati que, al margen de la esquizoide y ridícula asociación, se había quedado en estado vegetal de un momento a otro mientras daba un concierto, tal como Amaya había tenido que ser internada en un hospital de una manera insólita y repentina. Sin más, sus cuerpos les habían dejado de responder. Le había contado alguna vez esa historia al chico de los dolores de cabeza, en uno de esos *mails* que se enviaban durante el día, las mínimas horas que no estaban juntos, mientras Aleix estaba en el trabajo y Amaya esperaba sus clases vespertinas haciendo cualquier tontera en el departamento. En el *mail* había adjuntado también la canción *Fantasma*, del mismo Cerati, medio dedicándosela sin que fuera tan evidente: «Me muero por creer que es posible que seamos amigos (al menos). O en la vida se sentirá aún más frío. Y el fantasma no podrá dormir». Los cuerpos acabaron convirtiéndose en un campo de batalla, aunque ello no debiera ocurrir nunca. Como dijera Lucrecio, mejor devolvámosle esa maldita metáfora a quienes hacen la guerra.

Volvieron las tres a la habitación, con madre y la enfermera gordita, y ésta fue una segunda oportunidad de cien metros para llegar a la conclusión definitiva de que Amaya tal vez podría volver a bailar, ir a un recital de pie, tener sexo en todas las posiciones sin restringirse y caminar. Caminar era una prioridad.

Ahí estaba padre esperándolas a todas muy feliz de ser quien espera. Bañarse sola era algo así como un primer gran paso y, aunque a ella le parecía un tanto inquietante, no podía evitar contagiarse de esa felicidad que, suponía, se debía simplemente a eso: su progresiva recuperación. La misión «deshaciendo el nido» no fue nada fácil, tal vez el desafío más importante del día para la enfermera. Se le cayó casi la mitad del pelo. Lo bueno fue que, una vez acabados los pasos que constituían partes fundamentales de su rito diario de persona normal, se sintió casi como nueva. El agua es tan importante, y hace falta tener conciencia de su efecto (como sucede en casos extremos como éste) para que cure. Padre la miró, primero, con cara de haber completado la primera parte de un *checklist* y, luego, con esa cara de ternura que sólo puede tener un padre cuando ve a su hija volver tímidamente a ser linda. Y no era que padre la encontrara especialmente guapa, pero había *flashes* en que lograba dejarla a un lado de su propia familia, que tanto le pesaba, cuando la veía como una ajena, cuando se salía del círculo del incesto, y entonces le parecía terriblemente hermosa. Y es que efectivamente Amaya era de esas mujeres que no gozaban de una belleza, cómo decirlo, constante, pero en un solo segundo —como si sacara un extraño poder desde lo más profundo de su ser— podía volverse la persona más insoportablemente soleada de la Tierra.

Estaban en Londres, una ciudad cenicienta pero donde la gente anda llena de burbujas por dentro. Tal vez por el alcohol. Una ciudad efervescente a pesar de su falta de calor. Lo cierto es que cuando Amaya volvió a su cama recién bañada y miró a padre, mientras la enfermera gordita y madre recogían los pelos que habían caído en todas partes, la habitación se llenó de pronto de luz. Sólo se trataba de una nube que justo en ese momento quiso apartarse del sol, pero no se les puede dar todos los créditos a los fenómenos meteorológicos. Y menos en un lugar tan impredecible como Londres en pleno abril, cuando nunca se sabe qué es lo que va a pasar. Amaya tampoco lo sabía. Si apenas sabía lo que había pasado, cómo iba a saber lo que vendría. Tampoco le importaba. A lo mejor, por primera vez en su vida y sólo por un par de minutos, no tenía siquiera el menor interés en averiguarlo. Se sentía tremendamente viva. Y limpia. Preguntó si había llovido el día anterior. «Un montón, mucha lluvia, huy, ni te imaginas, nos empapamos con el papá yendo al hostel»...«Ja, ja, ja... *She is asking if it was raining yesterday*. Las cosas que pregunta, oye»...«*Oh yeah, of course. You are a lucky person. There is a very nice day*»...«Sí, sí, montón de lluvia». Eran enternedores. Nadie podía negarlo. No se podía entender por qué todos se empeñaban tanto en repetir las cosas hasta volverlas raras, como si eso la ayudara a disminuir la paranoia y el desconcierto que le producía esta situación, pero era evidente que lo hacían para no dejar ningún minuto de silencio. Un minuto de silencio podía significar una nueva pregunta que aún no hubiesen sido capaces de responder. Pero Amaya no se lo ponía tan difícil. Preguntaba ese tipo de cosas, un poco inconexas, un poco (sólo un poco) intrascendentes. Tampoco llevaba muchas más palabras encima como para hacer más preguntas.

Al menos, ya sabía que había llovido y que una cantidad significativa de agua, a juzgar por el entusiasmo de las respuestas, había caído en la ciudad. Agua por fuera, agua por encima, agua por dentro. Y se puso a llorar.

Los llantos de las mujeres suelen alarmar a la gente, sobre todo a los hombres que no son

lloricones —porque hay los lloricones exacerbados, y Amaya los conoce bastante bien—. Padre no sabía qué hacer para evitar esa lluvia de su hija. Se puso a hacer figuras de animales con las manos como si sirviera de algo. Luego se puso a ordenar un poco el velador, a caminar por toda la sala, a toser, a estornudar, a carraspear. Y finalmente habló: «No, no, no, no. Nada de llantos. Mira, mira, mira, el día está muy lindo. Hoy es un gran día. Te bañaste y ahora vas a comer.» ¿Cómo podía ser ése el concepto de un gran día? Le habría gustado decirle que ésa no era una razón para calificar un día de bueno. Tal vez sí era un gran día porque se habían mirado fijamente y justo en ese momento una nube se había hecho a un lado, pero no porque iba a comer. De hecho, no tenía nada de hambre y apenas soportaba el hecho de tener que tragar su propia saliva cada vez que se obligaba a guardar silencio. Tenía la leve impresión de que había hablado más de la cuenta las últimas semanas. «*Mmm... a great dish for you. We gonna bring you something delicious. What more can you ask life to be happy?*» No cabía duda de que para la encantadora enfermera gordita no hacía falta nada más. Amaya, a tientas, sólo atinó a sacar un lápiz del bolsillo de la camisa de su padre y le dibujó a la enfermera una inicial en su mano. Quería hacerle ver que había muchas cosas que una persona necesita para ser feliz. Tal vez no tantísimas pero, por su parte, había exclusivamente una que podría haberla hecho feliz en ese momento. Maldita inicial. Parecía como si todos ya supieran de qué se trataba y odiaban volver a escucharlo. Hay que reconocerle a Amaya la discreción de haberlo apuntado en una mano en lugar de gritarlo a los mil vientos, como al parecer lo había venido haciendo, pero seguía resultando igual de decepcionante. La idea era que los días avanzaran, y ese nombre (aunque fuera su precaria inicial) sólo los hacía retroceder. A todos.

Luego supo que lo de los lápices era una obsesión, así se lo contaron. Todos, absolutamente todos los doctores que llegaban a su habitación, llevaban un reloj colgando de la solapa como el conejo de Alicia. Y todos, además, llevaban un lápiz. Un lápiz cualquiera, ni siquiera institucional, y ello lo hacía aún más inquietante. Eran simplemente lápices. Amaya siempre trataba de sacarlos del lugar donde estaban. Bastaba una inclinación para observarla de más cerca o una simple reverencia para que Amaya se abalanzara sobre esos doctores a quitarles sus lápices. Era muy importante para ella. Servían, entre otras cosas, para andar escribiendo iniciales. Las cosas cobran realidad cuando las escribes. Así lo creía Amaya y, en este caso, estaba todo demasiado rodeado de irrealidad —parecido a un sueño del que cuesta despertar— como para no escribir al menos una parte de eso, aunque fuese una sola letra. Era la parte más cierta para ella. Lo que la había hecho sentir más viva. No obstante, a su alrededor parecían querer empujarla hacia fuera, como si eso fuese un invento. Empujar ese trozo de vida fuera del hospital para que se mojara con la lluvia londinense, que de seguro pronto vendría otra, hasta deshacerse y perderse junto a los materiales con que terminaban de construirse las dependencias para los próximos juegos olímpicos. Un juego. Eso era. Sólo un juego. Y los juegos, al igual que los sueños, deben ser escritos para volverlos más ciertos, más de verdad. Tenía que ser así. Y así fue.

Amaya volvió a escribir la inicial del nombre en un papelito arrancado de un cuaderno de notas que llevaba padre siempre consigo; mientras la enfermera la miraba con esa paciencia tan europea, tan de la izquierda liberal. Padre y madre le quitaron a su hija el lápiz con el que había anotado la inicial de ese nombre nefasto.

Había unos pañuelos morados en el velador y Amaya los miró amenazante. Cualquier trocito de papel podría servir para escribir algo. Padre y madre, cautos y atentos a sus intrépidos movimientos, no encontraron nada mejor para sacarla de sus ideas fijas que comentarle la curiosa

coincidencia de que aquellos pañuelos llevaran su nombre. «¿Viste estos pañuelos qué lindos son? ¿Viste cómo se llaman? Llevan tu nombre. Mira. Es tu nombre. ¡Qué loco, no! Y viste de qué color son. Son morados, tu color.» ¿Qué era esto? ¿Un montaje? Era una linda casualidad, pero la hacía poner en el centro de algo, un lugar que nunca se había atrevido a ocupar con propiedad. No le acomodaba para nada. Prefería ser la que observara. Luego su hermano mayor le diría que tenía que sentirse la protagonista de esta historia porque, en efecto, lo era. Él, que siempre se había encargado de arrastrarla hacia su centro, que siempre había querido que ella se atreviera a mostrar lo mejor de sí y se había encargado de explotarlo como si fuese un mecenas, un *coaching*, un *personal trainer* o cualquiera de esas cosas que puede permitirse la gente con dinero. Ni Amaya ni su familia tenía mucho dinero, pero ella se había sacado la lotería con su hermano. Se los imaginaba a los dos de niños. Su hermano jugando y dando vueltas en el centro del living y Amaya sentada en un rincón sin saber muy bien qué hacer. Él empujándola casi a patadas, patadas tiernas, para que se levantara de allí y fuera a jugar con él a cualquier cosa, sin importar la diferencia de edad: hacer una competencia de *skate* con los vecinos de enfrente y lanzarse cuesta abajo hasta sacarse la cresta, poner una carpa en el patio para hacer como que estaban en un campamento pero sin salir de la villa donde vivían, manguerearse en el pasaje y luego saltar los charcos de agua que todavía quedaban ahí cuando empezaba a caer la noche y los llamaban de vuelta a casa a comer en pleno verano. Él la incentivaba a todo. Sus padres estaban en otro lado, en el lugar de los grandes. El caso es que el pobre hermano terminó ocupando también ese lugar tal vez demasiado pronto. Era lamentable, pero Amaya nunca se cansaría de agradecerse en secreto, como un pacto implícito que habían sellado en ese living a media tarde. Amaya pensó que, en realidad, esos pañuelitos deberían haber llevado el nombre de su hermano, no el de ella. En cualquier caso, eso también hubiese sido enigmático, casi ominoso, y en nada habría contribuido con su paranoia.

Días después, Amaya ya sería capaz de abrir correos electrónicos o cartas de este tiempo. Las de su hermano mayor sin duda lograron hacerla llorar, así a moco tendido, como decía una de las categorías del sitio para ver películas en línea y que al chico de los dolores de cabeza le daba tanta risa:

¡¡Hola hermanoida!!

Hoy nos enteramos de lo que tenías. Al menos sería el diagnóstico más certero, aunque ellos dicen que nada se puede afirmar con total certeza. Y en realidad tampoco importa tanto, porque sé que vas a saber superarlo. Tengo miedo. Pero no me va dominar. Sigo creyendo en ti, Amaya, como cuando te lo grité en el aeropuerto de Barcelona la última vez que te vi. No puedo estar ahí con ustedes como quisiera, pero sin embargo estoy conectado contigo. No te asustes. No ha sido nada tan dramático como te habría gustado pensar. Pero es tu historia. Te queremos de vuelta. Las cosas tienen sentido si tú estás ahí para escuchar y conversar sobre lo que nos pasa, sobre lo que nos ha pasado.

Los mocos quedaron en ese momento bien tendidos, pero Amaya los limpió rápidamente para que no se asustaran.

Los padres de Amaya y la enfermera que había deshecho el nudo de pájaro insistieron en que

le traerían algo de comer. Ése sería el segundo gran paso que tendría que dar este día. Nada podría impedir que avanzara nuevamente y de manera impecable por el motivante camino del desarrollo temprano infantil. Una de las cosas más curiosas era que padre se empeñaba en retratar cada uno de los momentos claves de este proceso. Si para Amaya era importante tomar un registro escrito con una estúpida inicial que al parecer podría explicar algo de lo que había estado pasando, para padre lo importante era sacar fotos. Fotos para después mostrárselas a la familia y decir con orgullo que «todos juntos lo habíamos superado». En el momento no resultó molesto, porque por primera vez en la vida de Amaya padre estaba tan atento, literalmente, a cada uno de sus pasos: foto al primer tenedor entrando con un guiso a su boca, foto a su pelo recién desenredado, foto a Amaya caminando sostenida del brazo de madre por los pasillos del hospital, foto a las enfermeras celebrando a su lado sus primeros buenos tratos y el hecho de que empezara a verse más bonita, foto a sus risas cada vez menos reflejas y más reales. Un fotorreportaje de la decadencia, que con un poco de *photoshop* podría resultar hasta artístico.

Muchos avances para un único día. Todos estaban sorprendidos de la rapidez con que parecían estar avanzando las cosas. Esa noche sí que ameritaba una botella de whisky completa. Y lo más probable es que se la tomaran en algún bar cercano. Los padres de Amaya nunca habían sido demasiado pudorosos con el tema del alcohol. Nadie de la familia lo era, en verdad. Después de todo, eso sí que podía ameritar una foto.

DÍA TRES

Rigth on
The Roots

Luego de que tus padres se fueran a tomar los añorados tragos celebratorios por ahí, nunca muy lejos del hospital pues les daba terror alejarse demasiado del radio de contención que rodeaba a la enferma, pasaste la primera noche más consciente que habías pasado desde que despertaste en ese inhóspito y blanco lugar. Pasar una noche consciente se reducía, en tu caso, a algo tan básico como saber el momento en que te habías quedado dormida, dormir un cantidad prudente de cinco o seis horas seguidas sin soñar demasiado y despertarse sabiendo que sólo venías de haber dormido esas cinco o seis horas y no de ningún lugar que no recordaras. Despertarse, por lo demás, con la luz del día y con la cotidianidad de los cambios de turnos que suponía la jornada laboral del personal hospitalario correspondiente a un país desarrollado. Nada mejor que amanecerse de esa forma, con todos los que empiezan su día al alba. Nada que ver con los tiempos en que confundías el día con la noche, o «hacías el día noche», como dicen los viejos culecos, o deambulabas por el metro de tu ciudad con mar a la hora en que la mayoría de la gente se disponía a comenzar su jornada. Sin saber muy bien por qué ni de qué manera, te sentías muy lejos de todo eso, de la oscuridad de la noche. En estricto rigor estabas sólo a unas tres horas en avión, pero a ti te parecía que hubieses tenido que dar la vuelta completa al mundo en algo más de ochenta días para poder llegar allí, para poder volver. En ese preciso instante tampoco te importó demasiado. Te parecía lo suficientemente real e increíble al mismo tiempo haberte podido dormir y despertar como suelen hacerlo las personas normales, haber descansado un tiempo prudente y sentir que lo único que estabas necesitando era un buen desayuno. Definitivamente, te ibas recuperando y esto de estar sometida exclusivamente a tus necesidades básicas te iba pareciendo un estilo de vida fantástico.

Ni siquiera se te habría ocurrido preguntarte para qué eran esas pastillas de muchos colores que te trajeron con el desayuno. Tampoco se lo preguntaste a nadie. Sin embargo, una enfermera encargada de saludarte se ocupó de aclarártelo. Sólo eran parte del tratamiento y estaban acompañadas de lo necesario para recubrir tu estómago, evitar dolores de cabeza y posibles colapsos nerviosos. Las de colores pasteles, un poco gastadas, como si las hubiesen reciclado, eran para lo que tuviera que ver con la digestión. Parecía tener sentido. Era como si se estuviera tomando algo así como la caca de los conejos de pascua para que pudiera cagar al menos esas bolitas pequeñas que hacen los conejos. No sabía nada el químico farmacéutico encargado de tu ficha que lo último que te aquejaba eran problemas de metabolismo. Las otras pastillas, las del

tratamiento, eran de colores fuertes. Las drogas duras suelen tener colores fuertes, engeguedores. El resto de pastillas preventivas no llamaban especialmente la atención por sus colores.

El cocinero asignado a tu piso tenía cara de oriental. Quién sabe de qué país del Lejano Oriente era. Nunca sabrías. Con él sólo se hablaba de comida. Iba cada mañana hasta tu habitación a preguntarte qué ibas a querer para el desayuno. «*Orange juice or apple juice?*»... «*Milk with sugar or whitout it?*»...«*And for the lunch... and later*». Tenía una voz muy aguda y hablaba muy bajito, como si el menú que venía a ofrecer cada día fuera un secreto de Estado, un secreto de hospital. A ti te resultaba el ser más adorable del lugar. Te habría encantado abrazarlo muy fuerte, pero ahora estabas intentando apenas contener esos impulsos. Además de traerte el desayuno y servirte té con leche y galletitas durante todo el día, el cocinero oriental te decía cada mañana que eras muy linda. Podría haber sido el amante perfecto, que te dice cosas encantadoras al despertar y te trae el desayuno. Según lo poco que recordabas, ese personaje al que habías estado aludiendo en los últimos días no hacía ninguna de las dos cosas. El cocinero con cara de simpático, demasiado amable tal vez como para ser tu amante, te hacía decidir apenas abrías un ojo qué comerías el resto de la jornada. El lugar ofrecía un menú tan variado que uno llegaba a marearse. La más variada oferta gastronómica para la cosmopolita clientela del hospital. Turismo médico, le llamaban a esto los ingleses, un poco asustados de que tanta hospitalidad se les fuera a ir de las manos. Inmigrantes, refugiados y encima los enfermos. Los rechuchas su madre que los parieron. Y en esos momentos en que no se puede hacer mucha cosa más que dejar pasar el tiempo hasta que te den el alta, comer resulta la cosa más motivante del mundo. Y a decir verdad, hay muchas ocasiones en que la comida se vuelve el aspecto más motivante de la vida. Hay que decirlo. Y tú lo sabías muy bien. Recuperaste tu peso con la misma rapidez insólita con que ibas recuperándote tú misma. Y todo gracias al que a esas alturas iba volviéndose algo así como tu mejor gran amigo: el oriental que hablaba en agudos susurros.

Así iba transcurriendo la mañana, basada básicamente en alimentarse, cuando llegaron padre y madre. Se presentaron en el lugar con la alegría de las copas del día anterior y te abrazaron sin asco. Ahora parecías toda una persona e incluso olías bien. Nada de *aliens*, gente desaseada o con el síndrome de Diógenes. No. Ahora figurabas como una persona relativamente normal. Pasaron las horas mirando la tele.

Considerando las apariencias y las ganas que tus padres tenían de que todo se fuera resolviendo con rapidez, este tercer día debía ser capaz de resistir un siguiente gran paso. Tras tus insistencias, y repetir una y otra vez cuánto te morías por escuchar tu música, madre decidió que éste era un buen momento, sin antes preguntárselo a la enfermera que había venido a hacer el turno del mediodía. No era exactamente el tipo de enfermera que sólo intenta que los enfermos se coman la comida, se bañen, les toman la presión y controlan cómo va su sangre. Era algo así como una experta. Estaba encargada de hacerle seguimientos a las personas que salían del *Intensive Cares*. Era una voz más o menos autorizada. Llamémosla doctora-pera para no confundir las cosas más de lo que ya lo están. La doctora-pera se mostró de acuerdo y aclaró que era muy conveniente que «Amaya fuera liberando sus emociones». Y a pesar de que tú tenías la sensación de haber estado liberando tus emociones de manera sostenida y exagerada durante el último tiempo, pensaste que esa doctora con forma de pera y, por cierto, ojos azules, podía ser tu aliada. Ella estaba de acuerdo con que te entregaran el reproductor de música, y con eso era suficiente para que se convirtiera en tu segunda mejor amiga allí, después del enfermero oriental que te llevaba el

desayuno. Ya llevabas dos amigos que estaban de tu parte. ¡Qué alivio!

Prácticamente te abalanzaste sobre tu madre para quitarle el iPod, tras darte cuenta de que la aprobación de la doctora había sido evidente. Imposible haberse confundido: «*Throw up her emotions.*» ¿No habrán estado insistiendo nuevamente sobre tu sistema digestivo? Claramente no. Había que entender la frase en su contexto. Más encima, del otro lado de su camilla estaba padre dándose vueltas sobre sí mismo, medio distraído, y ante la autoridad médica también estuvo de acuerdo en que podía ser una buena idea. Ni se imaginaron lo que vendría a continuación.

Te pusiste los audífonos y le diste al *play* sin buscar siquiera una canción en particular. Sólo con la primera que salió te echaste a llorar de manera absolutamente desproporcionada. Barroca. ¡Qué cabra más insoportable! No era una canción especialmente triste e incluso podrías haberla bailado en un club nocturno como si nada. Sin embargo, te sentiste de pronto ahogada por el agua que llevabas dentro. The Roots. *Rigth on.* «*I get into your head and spread like a pandemic.*» La traducción te resultaba escalofriante. La imagen de ambos bailando *hip-hop* en la sala del piso que compartían te removió entera. Las pandemias, como las pestes, son un mal grupal. Son medievales hasta la médula y el espinazo. El individuo no importa. Todos comen del mismo pan y beben de la misma piedra de la locura. Lo mismo pasa con las gripes, las encefalitis y esas malditas enfermedades que te obligan a aislarte, a persistir en lo individual aunque la crisis sea siempre compartida, común, de todos.

Te acordabas perfectamente de una vez que volvían de una fiesta de ésas que no duran demasiado, de lo que era un recorrido por distintos bares, más bien, con gente que no da el aguante para dejarse llevar una noche de entresemana. Eran amigos de tu universidad. Y pese a lo temprano que había acabado la salida, ya iban lo suficientemente borrachos, y era además lo suficientemente temprano como para continuar la fiesta en casa. Pusieron una música que calzaba exactamente con lo que los dos querían ser en ese momento. El *hip-hop* los hacía sentir bien, libres, livianos, dispuestos a casi cualquier cosa. Cada uno tenía su particular forma de moverse, él haciendo figuritas con los brazos, como si se los estuvieran tirando con unos hilos desde los lados y lo forzaran a torcerlos totalmente, y tú como si la única forma de bailar fuera lanzando peso hacia la tierra y empujando levemente los talones al ritmo de una música cuya raíz sólo podía ser africana. Nadie podía ponerlo en duda. Era África, y no ese lugar medio en crisis al que se te había ocurrido ir a estudiar. Era África el verdadero Viejo Continente. El lugar exótico, el continente negro, ahí donde habían instalado el estigma de la enfermedad tropical: el licencioso y animalizado sida.

Se tumbaron satisfechos en el sofá luego de improvisar unos pasitos con esa canción de The Roots de fondo y darse cuenta, cada vez con más entusiasmo, de que los conjuntos de gustos musicales de cada uno se intersecaban perfectamente, casi en un ochenta por ciento, con los del otro. Eso era increíble. Es muy fácil sentir que tienes a tu alma gemela enfrente cuando se te erizan los pelos, te emocionas, te ríes y te excitas con casi exactamente la misma música. Son trampas de eso que algunos llaman amor y otros, simplemente, pasarlo bien. Ustedes se lo pasaban bien. De eso no había duda. Hablar de amor eran palabras mayores. Lo cierto es que, más allá de toda fantasía, eran sólo dos personas que casualmente compartían piso y quizás habrían compartido algo más. Ese sillón al que habían ido a caer era preciso. Cualquier ser humano más o menos gozoso podría haber pasado allí la mitad de su vida sin necesidad de hacer nada más relevante con ella. Se miraron de reojo, el ojo tuyo siempre más abajo que el de él, esto es obvio, y se largaron a reír. No hay nada mejor que largarse a reír sin saber muy bien por qué. Cosas de seres

humanos inconscientes, gráciles. Volvieron a mirarse, pero ahora sin largarse a reír. Esta vez optaron por sostenerse la mirada aunque fuera por más de un par de minutos. No fue un acuerdo, como cuando luego a ti te dio por andarle proponiendo que jugaran a quemarse los ojos. No. Ahora, al principio de todo, no se trataba de una propuesta forzada ni tampoco un juego. Era lo que les nacía. Los ojos de él eran intensamente azules. Más que azules, calipsos. Profundos, pero no exactamente transparentes. «Profundos, pero no dramáticos», fue una frase que luego se inventarían y con la que tratarían de definir cada una de las cosas que los hacía vibrar, que los hacía felices, que los llevaba a buscarse el uno al otro. Era lamentable que al fin, después de todo o de nada, lo que ustedes eran se haya vuelto más dramático que profundo. Se quedaron quietos por algo más de dos minutos, hasta que él se decidió a bajar un poco su cabeza hasta la tuya, hasta ponerse turnios o hasta verse obligados a cerrar los ojos. Respiraron casi al unísono, como tratando de aguantar cualquier posible sobresalto. Sentiste que algo muy hondo se rompía dentro de ti y hacía caer agua, mucha agua. Te dio cosquillas y no encontraste nada mejor que reírte, pero esta vez más bien por inercia. Él te siguió un poco por lo mismo.

—Es mejor que no, ¿verdad? —preguntó él para asegurarse, para provocarte o por decir algo.

—Mejor.

—No es una muy buen idea, ¿no?

—Claro.

—La cagaríamos.

—Mmmm... —y estaban igual de cerca el uno del otro. El fresco de la noche no era suficiente para que alguno de los dos se decidiera a levantarse y caminar hasta su habitación.

—Aunque igual podría ser, lo hacemos y luego lo olvidamos. Podemos seguir como si nada.

—No sé.

—Ya. Vamos a dormirnos mejor, es tarde. Yo mañana trabajo.

—Vale. —Te quedaste mirándolo suplicante para que se arrepintiera, para que le diera todo lo mismo. Querías que te forzara, que se te lanzara encima sin pedirte permiso ni disculpas. Habrías dado cualquier cosa porque te violara ahí mismo, al ritmo del *hip-hop* pandémico. Pero eso no pasó. Fue finalmente él quien se decidió a ponerse de pie. Estaba más cerca del fresco de la ventana. Tal vez por eso. El fresco no había alcanzado para ti, que todavía llevabas encima el calor de cada uno de los bares a los que habían ido. Él tomó su computador moderno, mientras tú seguías derretida en el sillón, y se fue medio arrastrando los pies. Se volteó a la mitad de su corto camino para lanzarte un beso-soplido con la mano y deslizarte un *bona nit* insípido.

Esa noche no pasó nada. Tuviste que irte también hasta tu habitación arrastrando no los pies, en tu caso, sino el balde de agua que a esas alturas ya llevabas contigo. Te acostaste todavía un poco mareada. Te quedaste muy quietecita para intentar escuchar algo del otro lado de la muralla. Aleix tenía una cama-camarote y, claro está, ante el mínimo movimiento, se sentía en todo el edificio. Esa noche, los resortes estuvieron sonando por un buen rato. Tú lo imaginabas desvelado, y sólo con el poder que te dio esa sensación lograste quedarte dormida.

Cuando se terminó la canción, tu mente volvió al hospital. Ahí estaba padre mirando por la ventana, quizás con ganas de escapar y esperar a que las cosas se resolvieran solas; madre un poco ansiosa por quitarte los audífonos con el iPod lo más rápido posible; y la doctora-pera, en medio de ambos, con esa cara de infinita paciencia que sólo pueden tener los doctores en un país

de bienestar donde las cosas funcionan de forma tan aparentemente perfecta. Te hubiese gustado hacer un recorrido por las quinientas y tantas canciones que tenías por fin al alcance de tu mano, y probablemente cada una de ellas te habría devuelto la sensación que te provocaban los ojos caliposos, las manos largas con un anillo de acero y los gestos absurdos de Aleix. Sin embargo, preferiste detenerte. Te enjuagaste las lágrimas y le pasaste el pequeño aparato a tu madre como una hija obediente que jamás se andaría mandando numeritos como el que te habías mandado los días previos. «No te lo lleves, eso sí; por favor, guárdamelo en el velador», le dijiste casi suplicante. No soportabas la idea de quedarte dormida sin nada ni nadie que perteneciera al mundo real. No soportabas los gritos de dolor de una señora checa que estaba en una habitación contigua a la tuya.

En ese lugar tan occidental, con una hora menos que en tu queridísima ciudad con mar, no alcanzarías a contar cuántas veces Aleix se estaría dando vueltas en su cama-camarote de resortes disparados.

Padre y madre intentaron explicarle algo a la doctora-pera, algo que no retuviste ni mucho menos memorizaste. Necesitabas poner todo en *mute* luego del golpe musical que tú misma te habías inducido. Te habría gustado meterte dentro de una cápsula que aislara todo sonido, que le quitara cualquier significado al ruido ambiente. Podrías haber quedado sorda tal vez, quién sabe. Te sentiste injusta y le agradeciste a alguien, sin saber muy bien a quién, no haber quedado con una secuela como ésa. Después de la explicación que padre le estaba dando a la doctora-pera, siempre ayudado por los aportes de madre y que él se empeñaba en traducir con eficiencia, decidiste salir de tu cápsula para averiguar qué estaban hablando allí afuera. Durante toda la explicación correspondiente del caso, los tres se habían señalado el corazón muchas veces, dándole golpecitos, frotándolo, golpeándolo o simulando arrancarlo. Lo usaban como objeto de demostración, como si se tratara de un pulmón o de algún músculo de la pierna. Miraste fijamente a la doctora-pera tratando de hallar una respuesta, un diagnóstico. Ella te dijo en un inglés británico muy universal que ya ibas a encontrar un gran amor, uno que iba a saber quererte. Claramente, era una voz experta o, al menos, eso querías pensar. La doctora-pera sólo había venido a decirte aquellas palabras. Ésa parecía ser su única función. Ni siquiera te había sacado una muestra de sangre ni te había hecho muchas preguntas ni te había tomado la presión.

De ahí para adelante, un *staff* de enfermeras pasaba haciendo rondas día y noche. Visitaban a todos los enfermos del piso —los de neurología— y les preguntaban cómo estaban, si tenían alguna dolencia, alguna incomodidad. Tú respondías siempre lo mismo, así que las pobres ya estaban acostumbradas y entraban medio riéndose en tu habitación. Era la parte más divertida de la ronda, porque ningún otro enfermo era tan dramático, cual bailarín de tango, como la señorita de la pieza número 13. «*Do you have any hurts?*» Y entonces tú te apuntabas el pecho y lo tomabas como si pudieras quitártelo de encima y entregárselo en bandeja para que le hicieran una limpieza. «Aquí me duele a mí, me duele en el corazón.» Y las señoras de celeste, con un reloj de bolsillo como el conejo de Alicia, adecuadamente bilingües, te miraban con cara de ternura. Algunas veces debían de contener el llanto o la risa. A la doctora-pera no volviste a verla en ninguna de las próximas rondas y lo único que querías era escuchar de nuevo su sentencia a modo de consuelo. Eso era exactamente para tí cualquier persona distinta a Aleix: un premio de consuelo.



HACIA EL DÍA CUATRO

Countdown
Phoenix

Después de que la doctora-pera se fuera de la habitación, Amaya empezó a sentir que sus padres se comportaban como dos payasos. Hacían todo lo imposible por hacerla reír y parecían fascinados con sus ocurrencias. Una de ellas consistía en hablar de la gente del hospital imitando algún gesto que los caracterizara. Se ponían chinitos para referirse al hombre de la cocina que a cada hora les traía té con leche y galletitas; hacían un círculo con las manos para aludir a la enfermera gordita que había logrado desenredar el nido de pájaros —«la italiana que se había comido todos los canelones y los raviolos de la familia», se reía padre—; caminaban como unos negros hiphoperos del Bronx para referirse al hombre que recogía la basura y hacía el aseo de la habitación; madre, con un poquito de envidia, imitaba los pasitos cortos y ponía cara de circunspecta para referirse a las doctoras que padre miraba de reojo. Parecían estar pasándose de lo más bien. Aprovechaban para rozarse, hacerse cariños y mimos, piropearse, buscar miradas de complicidad, y se veían muy felices por su condición de sanos y salvos.

Amaya se preguntó cómo sería tener a sus padres juntos, no separados. Verlos así, más allá del dolor que sentía dentro y sus ganas incontenibles de escapar de ese lugar y tomar el primer avión que saliera en dirección al mar, la hacía sentir segura. Era curioso. Nunca los había visto tan tranquilos, como si hubiese mucho tiempo por delante para compartir juntos, y todo el tiempo que estaba atrás, en tanto, no pasara nada. Les bastaba con estar allí sobreviviendo a los días, tomándose un té con leche, buscando algún partido del Chelsea o del Barça por la tele, picoteando la comida de la enferma, empujándose y toqueteándose como dos niños que se seducen de esa forma y, por supuesto, imitando al personal médico. Amaya no pudo evitar sonreír. Habría querido dejarlos solos y salir ella a buscarse la vida. Saberlos el uno junto al otro la tranquilizaba, y si ellos estaban bien, ella podría salir a correr cualquier riesgo. El asunto era hacer las cosas de tal forma que no volviera a involucrarlos.

Esa noche se despidió de sus padres sin miedo. Ellos podrían haber desaparecido, haberse ido para siempre a su país, que estaba tan lejos de todos los demás, haber muerto atropellados en la esquina del hospital por no haber sabido mirar en la dirección correcta, haberse ido juntos a un lugar del medio oriente a vivir un amor exótico, olvidándose de su pasado. Y no habría importado. Amaya se sentía de un momento a otro invulnerable, desinteresada, la habitante fundadora de dalomismolandia. ¿Habrán sido las drogas esas que entraban a cada hora por el suero pegado a sus manos?

Y ellos, padre y madre, partieron. Se fueron felices, porque ya veían que las cosas progresaban cada día sin ánimos de retroceder.

Se quedó sentada en su cama reclinable con el control remoto en la mano. Probó una y otra vez distintas posiciones, desde el grado 0 hasta el 90, deteniéndose cada unos cinco grados, y retrocediendo cada tanto a grados más bajos. Un buen rato gastando las pilas del control remoto, sólo por el gusto de sentir que se estaba moviendo. Ya no vendría nadie más. Sus padres se habían ido a celebrar, como se estaba volviendo costumbre, el chinito de los térs había partido a su casa a saber en qué parte de la ciudad y la última ronda de enfermeras ya había pasado por su habitación. Le habían hecho las preguntas de costumbre: «*Do you know where we are?*», «*What is this hospital's name, do you remember?*», «*What date it is?*», «*Do you have any painful*». «*Ok, we are gonna evaluate your blood punch. It's the same that we did yesterday and the day before yesterday and the day before before*»... Era verdad. Todos los días le hacían lo mismo. Ahora lo recordaba levemente, pero a partir de ese día comenzaría a recordarlo como un paso necesario, así como nos lavamos los dientes o cerramos las cortinas antes de irnos a dormir. Ése era el último contacto que tenía con el mundo. Un *shoot up* que apenas sentía; no le producía ninguna satisfacción ni tampoco dolor. Era un simple pinchazo en el estómago que no traía nada a cambio. Un procedimiento de rutina con el que se acababan sus días. No se llevaban sangre siquiera. Para eso ya tenían con los pinchazos de los brazos. Sólo se trataba de hacerle una leve cosquilla en el estómago y evaluar algo de lo que tal vez nunca se enteraría. Lo cierto es que, después de eso, podía darse el lujo de ponerse sus audífonos de colores, terminar de acomodar la posición perfectamente horizontal de la cama y olvidarse por un buen rato de que estaba en un hospital, lejos de su casa.

Sin embargo, esa noche no pudo dormir. Se la pasó en vela. Debía aprovechar esa hora en que nadie molesta para elaborar un plan. Aprovechar que ahora ya no parecía loca y podía recordar perfectamente lo que estaba pensando unos cinco minutos antes de ponerse a pensar en algo nuevo. Insólitamente, además, esos pensamientos empezaban a tener cierta conexión lógico causal. Pensó, por ejemplo, que no quería volver a vivir en ese país donde había nacido y en el que finalmente nunca había terminado de acomodarse. Acto seguido, con inusual pertinencia, pensó que por tanto debía volver a esa ciudad con mar donde, estaba casi segura, se había sentido inmensamente feliz. Tal vez esos niveles de felicidad son peligrosos en personas inherentemente oscuras. Algo la había hecho sentir, en el transcurso de esos días, que había algo profundamente oscuro en algunas partes de su cuerpo. Amaya era un claroscuro que radiaba con los extraños matices luminiscentes y lóbregos de Aleix.

Se quedó un rato mirando cómo la ciudad se iba oscureciendo, al igual que le había pasado a ella. Oscurecerse. Se imaginó que sería curioso ser hospitalizada por una razón así, y salir con un informe médico donde se detallaran las causas de tal oscurecimiento. Es como llenarse de manchas oscuras por culpa del sol. A veces las luces son tan fuertes que lo velan todo. «*We are sick for the big sun.*» Justo estaba sonando esa canción de Phoenix por los auriculares, *Countdown*, y quiso cantarla con mucha fuerza, sin importar que pudieran despertarse todos los enfermos de sol que pudiera haber en ese hospital. Aunque era improbable que ello le ocurriera a los habitantes de ese lugar siempre tan gris, tan lluvioso, tan falto de esa luz que en Chile llega a enceguecer. Se contuvo de cantar; no quería ser la protagonista de ningún nuevo *show*, ni mucho menos despertar a sus vecinos enfermos. Luego de mirar un buen rato por la ventana, comenzó a dar vueltas en la cama y a cambiar a cada segundo el aleatorio de canciones, sin conformarse

totalmente con ninguna. Cada vez que el audio se quedaba en silencio, alcanzaba a escuchar los aullidos de alguien doliente. Nunca había sufrido de insomnio, pero quedarse dormida en ese lugar era bastante difícil. No sabías dónde te ibas a despertar al día siguiente, si viva o muerta, si el tubito de suero que te acompañaba estaría lleno o vacío.

Y pensar que en coma no había que cuestionarse nada. Un sueño sin entrada ni salida inducido al cuerpo, plantado en la mitad de la inconsciencia.

Decidida a no conciliar el sueño hasta que estuviera en una parte que pudiera llamarse hogar, comenzó a planear la manera de convencer a sus padres de que estaba perfectamente bien y que era necesario, para ella, retomar su vida cerca del mar. Hace mucho tiempo que había dejado de tener que dar este tipo de explicaciones, pero los extraños sucesos que habían tenido lugar los últimos días acabaron haciendo retroceder el tiempo de una manera inédita, casi sarcástica. Todo estaba enrarecido últimamente. Y ella tenía ganas de recuperar algo que se asemejase, aunque fuese en la forma, a la normalidad. Le diría a sus padres que sacaría la tarjeta de salud del gobierno y se comprometería a hacer visitas al neurólogo al menos una vez al mes, no haría ejercicios ni actividades fuertes durante el primer periodo de convalecencia, sólo seguiría nadando, podría sustentar todo lo necesario con la plata de la beca y buscaría la manera de cambiarse de piso para evitar posibles recaídas. Prometería, además, que había cosas que no volvería a probar.

Se acordó entonces de la primera vez en que, tras varias de haberse contenido, se dieron el primer beso con Aleix. Sus encuentros y su afán de cierta intrascendencia siempre estuvieron ayudados por mojitos. Cerca de su casa estaba lleno de bares y sitios cuya mejor oferta era el clásico de limón con hierbabuena, aunque a veces lo tomaban de fresa. Parece que se les iba la vida en ese estúpido afán, buscando el mejor mojito de la ciudad. El día del beso fue más emocionante que cualquier otro, porque ese día rompieron la ley universal que te prohíbe involucrarte con tu compañero de piso. Por lo demás, el mismo Bukowski, muy hipersexualizado él, dice que no hay nada más íntimo que un beso. Y debe de ser ésa la causa de que las prostitutas no besen a sus clientes. Sabían que lo demás vendría sólo, sin que ni ellos mismos alcanzaran a darse cuenta del rumbo que podían tomar las cosas. Fueron meses fríos, pero dentro de ese piso hacía tanto calor que parecía pleno verano. Ella llevaba el verano del hemisferio sur ya registrado en su cuerpo, y se lo dio a él, que sólo contaba con la realidad del invierno del hemisferio norte.

El día del beso fue un lunes. Amaya no lo olvidaría nunca. Él andaba en su pueblo fuera de la ciudad y regresó por el trabajo al comienzo de la semana. Al volver ella de hacer unas compras por la calle Pelayo, se lo encontró tomándose uno de esos téis que habían comprado juntos cuando salían a patear la ciudad, el Gótico completo, los domingos resacosos, después de comerse un plato gigante de verduras, salmón, lentejas y arroz en el Boda Bé, como para reponerse de los excesos de la noche anterior. La estaba esperando. No había duda de eso. Sabían que se encontraban en el piso a cierta hora, y esperaban cada día que así fuera, para ponerse a cocinar y tomarse una copita de algo, para empezar a bajar de Internet un capítulo de su serie favorita y hacer el té y poner el agua en el guatero que compartían mientras se acurrucaban tímidos en el sillón del salón. Allí estaba él mirando por el balcón hacia la plaza, y al verla entrar no pudo contener su sonrisa, el brillo de unos ojos tan azules que llegaban a dolerle a Amaya. Él quería tanto verla, no había podido sacársela de la cabeza durante todo el fin de semana, a pesar de que allá en el pueblo no había nada, más allá de los pájaros, tal vez, que pudiese parecersele. Toda

emocionada, Amaya le enseñó las prendas que se había comprado. Él la miraba feliz, tan inmensamente feliz. Ella no podía parar, se le atragantaban las palabras. Él le dijo que se probara las cosas para verla, pero ella le dijo que no, que se las vería cuando se las pusiera. Se rieron y se quedaron un rato mirando por la ventana a la gente, el trajín de la tarde noche. Luego cocinaron y comieron contándose con detalle lo que habían hecho el fin de semana. Él omitió que había empezado a componer una canción pensando en ella. Ella omitió que el sábado, después de salir con unos amigos y haber tomado mucho MD, se había quedado dormida al amanecer escuchando sus canciones e imaginándose que él dormía en la pieza de al lado como de costumbre. Al terminar de comer ya no les quedaba nada más que decirse, así que decidieron salir a tomar algo.

Así podrían seguir hablando de otras cosas, más lejanas en el tiempo, menos inmediatas. Partieron con uno, pero no les costó nada pasarse al segundo y al tercero. En realidad, no les ponían nada de ron. Eran unos cagones. Por eso mismo eran tan baratos, obvio. Se fueron tambaleando a la casa y decidieron columpiarse un rato en los juegos de la plaza de enfrente, allí donde siempre había niños. Entonces se dijeron que se echaban de menos y que algo raro empezaba a pasarles. Agacharon las miradas y apuraron su tercer mojito en un vaso de plástico para poder subir al piso, donde se sentían más seguros. Ese lugar que pasaría a ser su cueva.

Estaban sentados en el sillón, un poco excitados del balanceo del columpio, un poco borrachos también, contentos. Y de pronto se miraron, respiraron muy fuerte y se lanzaron el uno sobre el otro a darse un beso largo. Se dieron un par de vueltas en el sillón estrecho y se dijeron que debían parar, que no podían llegar más lejos. Él le dijo: «Pero qué tanto si ya estamos en esto. No pasa nada.» «¿Y no nos vamos a arrepentir después? —le preguntó ella—, ¿pa'qué cagarla?» «Es mejor que seamos amigos, ¿verdad?, y que no pase nada», preguntó él, volviendo un poco en sí. «Claro», dijo ella, arrepintiéndose profundamente de sus palabras. Y se fueron a acostar, cada uno a su cama. Ella se llevó el guatero.

La memoria de Amaya ahora flaqueaba. Después de pasar la noche en vela planeando una estrategia coherente para convencer a sus padres de su necesidad de volver a la ciudad con mar, se sentía muy activa pese al sueño. Tenía su discurso preparado y no quería que se le olvidara. Sabía que las cosas que estaban al alcance de su mano podían escurrírsele en cualquier minuto. Su memoria era frágil, ahora. Incluso memorizar un número de cuatrodígitos empezaba a resultarle desafiante. Y como para ponerle las cosas aún más difíciles, además de estar reteniendo con mucho esfuerzo sus supuestamente convincentes argumentos, tenía que realizar ese ejercicio de los cuatro dígitos. Uno de los doctores a cargo de su caso, el Dr. Teo, un coreano con cara de tener una paciencia infinita y dueño de uno dedos muy finos y fríos que a Amaya le gustaba mucho sentir cerca, pasó esa mañana por su habitación a dejarle tal tarea. Padre y madre, como si no bastara con toda la información con que ya iba llenando su cabeza luego de tener la sensación de haberla dejado completamente vacía por al menos una semana, se empeñaban en explicarle cómo se componía el equipo médico que llevaba su caso. El Dr. Teo era el neurólogo asistente del Dr. Jankins, el consultor jefe encargado de establecer las teorías, unir y aislar las variables, discutir y convencer a todo el *staff* y, finalmente, publicar un *paper* en alguna revista de prestigiosa indexación. Un Dr. House cualquiera. Incluso su nombre era *cool*, y él, bastante atractivo para su edad. Calzaba perfecto con el personaje. Luego estaban las doctoras en residencia, las que hacían todo el trabajo sucio de preguntar cosas incómodas y luego elaborar informes. A una de ellas le llamaban «la flaquita de tacos», pero no recordaba su nombre. La otra, cuyo nombre tampoco

recordaba, tenía el pelo muy corto y muy negro. Era bajita y siempre andaba con una suerte de vara en la mano. Parecían magos en lugar de doctores. El Dr. Teo, por ejemplo, le sacaba fotos con un celular gigante con el que parecía estar realizando cualquier otra tarea mística antes que un gesto médico. Evidentemente, todos tenían los ojos azules.

Madre se encargó de anotar el número con los cuatro dígitos en un papel suelto, de ésos que siempre llevaba desperdigados en su cartera. Padre la imitó, pero en su caso usó el cuaderno de notas donde parecía llevar el caso en cuestión. Padre es metódico y estudioso, mastica bien las cosas antes de decirlas. Madre es caótica y arrebatada, pero tan inteligente que casi nunca requiere apuntar nada. Ella suele establecer rápidos sistemas cognitivos en su cabeza, pero esta vez quiso anotar el número más que nada como gesto de empatía, para no ser menos, para demostrar que junto con padre eran un equipo. Se adelantó a él, porque sabía perfectamente que su exmarido no se aguantaría la tentación de dejar el número por escrito. *Amaya, la hija medio loca.* «Aquí anoto cada detalle de lo que ha ido pasando, lo que nos han ido diciendo los médicos, tus amigos, los *mail*, las páginas web interesantes, tus progresos», le dijo padre a Amaya. Fue en uno de sus tantos descuidos, de ésos que le sobrevenían cuando se quedaba colgado, mirando por la ventana, que su hija se lo robó y fue a leerlo al baño, simulando un dolor de guata atroz e incontenible:

Mi bandeja de correos está repleta, a punto de colapsarse. Saludos de los gremios, del partido, universidades de medio pelo. Todos me desean que esta situación se resuelva bien, aunque no tienen la más remota idea de lo que puede significar «esta situación». Palabras sueltas y huérfanas, incapaces por sí mismas de armar ninguna sola sintaxis con sentido: hija, hospital, viaje, exmujer, urgencia, seguro médico. Saco cuentas en la calculadora, pero no le caben todos los ceros en libras que «esta situación» podría suponer en caso de que el famoso seguro se hiciera el huevón. Tampoco los números son capaces de significar nada. Estamos jodidos. Esto es inefable. Conservamos algo semejante a la esperanza, pero cuesta y estoy cansado.

Amaya intentó concentrar sus fuerzas en memorizar el número de cuatro dígitos encomendado por el Dr. Teo, porque quería salir pronto de ese lugar, porque quería tomar uno de esos aviones que pasaban por su ventana todos los malditos días, porque quería alcanzar a bañarse en el mar antes de que volviera el invierno. En el Mediterráneo, no en el Pacífico. Uno era aparentemente cálido y plácido; el otro, frío y tormentoso, lleno de olas, peces y muertos que no te dejaban avanzar. Aunque, qué va, el Mediterráneo hacía rato que había comenzado también a llenarse de muertos.

Se aclaró la voz y les lanzó el discurso a padre y madre. También había tenido que memorizarlo y ensayarlo en silencio. Incluso había tenido que acudir a su propia libretita, la de la verdadera historia (o falsa también, quién sabe), para dar énfasis a ciertas cosas que no se le podía olvidar decir. Ellos se quedaron mirándola con cara de «qué criatura mas tierna, se piensa que está en condiciones de decidir algo, de decidir algo así más encima». Comenzaron a darse vueltas por toda la habitación y alrededor de su cama, como solían hacerlo cuando se ponían algo nerviosos. Pasar la vida en un hospital ya se iba volviendo una rutina de luces incandescentes y una blancura máxima, como la del detergente de la ropa. «Tú no estás pensando bien con la cabeza, Amaya. Es descabellado lo que dices», le dijo padre. «Una tontera, un capricho, ridículo», completaba madre. Y cómo iba a pensar con la cabeza, se decía Amaya, si

supuestamente todos parecían concordar en que algo estaba mal con esa parte de su cuerpo. Y ella que sentía que era lo más lúcido que se había atrevido a plantear en los últimos días. Un poco derrotada, fue al baño para ver si en ese absurdo tramo temporal, que sin embargo era la única opción de desaparecer un rato a la que podía aspirar, sus padres recapacitaban y se daban cuenta de que era justo y necesario que ella continuara su camino. Pero desde el baño los escucha reír, casi burlarse, de la precaria condición de su hija, que la había llevado a ser tan fantasiosa. «Debería escribir, mejor», dice padre. «Claro, cómo se le puede haber llegado a ocurrir», sigue madre. «Tiene una imaginación sorprendente, si parece que viviera en otra realidad, ¿verdad?», continúa él. «No, no, no, no... ella va a tener que entender no más. Seguimos tal cual el plan establecido. Con suerte pasamos por Barcelona», agrega ella. «Ni siquiera, diría yo. Si ya tenemos toda la logística para mandar sus cosas de vuelta», dice él. «En realidad, para qué perder más tiempo y plata. Encima que ahí se lo va a encontrar y... uff... un tremendo retroceso para todos», se muestra de acuerdo ella. ¿Pero de qué estaban hablando allá fuera? De un videojuego o qué. Todo se trataba de ganar o de perder puntos, de trazar recorridos largos por el mapa hasta la zona más austral, que casi queda fuera de plano, de todas las zonas. Dentro del baño se sentía segura, resguardada de la mirada de los otros. Pero tenía que salir y saber resignarse a la idea de volver al último lugar que hubiese querido volver: su país.

Se repitió a sí misma el número de cuatro dígitos e intentó convencerse, más allá de lo que pudiera decir su familia y el personal médico del hospital, de que después de todo estaba el mar.

NOCHE CUATRO

Electric Lullaby

Anomie Belle

Te toca otra de esas noches en que se hace imposible dormir. No estabas acostumbrada a ello. Eras de las que se dormía casi en cualquier parte, con sólo apoyar la cabeza en una superficie más o menos lisa, blandita o dura, daba igual. Ahora, ni siquiera las pastillas, las drogas fuertes, te ayudaban en esa misión. Jamás habías sufrido de insomnio y lo cierto es que la sensación no era para nada agradable. Podrían haberte venido a cantar una canción de cuna, porque te estaba costando tanto quedarte dormida y más aún permanecer en ese estado. No lograbas desconectarte por más de una hora. Conocías tantas canciones así medio electrónicas, medio líquidas, completamente *down tempo*, que se llamaban de esa forma: *Lullaby*. Tal como hay muchas canciones de música *indie* que se llaman *Lost and Found*, como si a la gente en esos países que no tenían nada de *indie* se les hiciera normal que las cosas perdidas fueran finalmente encontradas. Una mezcla de ambas canciones, una *lullaby* y una *lost and found*, habría estado perfecta para ti, Amaya. Tú querías dormirte profundamente, mecida por una canción de cuna.

Te acostaste de lado, con cuidado de que el suero que tenías conectado a una de tus manos no fuera a salirse. Y te dijiste que no había nada que hacer, no tenía sentido luchar con la vigilia. Casi siempre resultaba una pérdida de tiempo. Tampoco era tan necesario dormir. Mal que mal, al día siguiente no tenías gran actividad, más que pasar el rato con tus padres y someterte a una serie de exámenes raros. Había algo ajeno últimamente en ti, como si un *alien* hubiera estado durmiendo dentro de ti obligándote a ser distinta. Tus células seguían empecinadas en hacer grupo aparte. Te las imaginabas en el recreo del colegio secreteándose en una esquina del patio. Y cuando te acercabas a ellas, guardaban silencio y se dispersaban: unas se iban a casa, otras volvían a la sala de clases, pero ninguna se quedaba a explicarte de qué mierda estaban conversando.

Seguías repitiendo el número de cuatro dígitos. No sabías en qué más pensar. Parecías estar alcanzando un estado zen, de mente en blanco, de la manera más azarosa y absurda que podría haberte llegado a suceder. E inducida, por lo demás. Fue en eso que recordaste el cuaderno que le robaste a padre en un descuido. La mente en blanco se llenó en solo un segundo de potenciales palabras, frases sueltas, poemas tal vez y más palabras. Había una enfermera en la esquina de la habitación. Parecía muda. O tal vez dormía disimuladamente. Tosiste para comprobarlo. «*Everything is ok?*», te preguntó ella, demostrándote que estaba de lo más despierta y tenía su radio de operaciones completamente controlado. Le dijiste que te dolía un poco la guata, *the stomach*, y que necesitabas ir al baño un rato, que no se preocupara si te demorabas, porque

intentarías vomitar y ello solía tomarte tiempo.

Llevaste el cuaderno escondido en los calzones y te arrastraste hacia el baño junto con los aparatejos que te acompañaban. Allí te sentaste en la taza del váter y tiraste una vez la cadena:

Fue un aterrizaje forzoso. Nunca pensé en venir hasta aquí. Ni por trabajo. Ni por los Beatles. Ni por la misma Reina Isabel. Jamás pensé que Londres pudiera resultar un lugar interesante. Pero me subieron al avión, obligado a embarcarme. Ésta era una situación de la que debía hacerme directamente cargo. Mi exmujer no habla una gota de inglés. Ni siquiera lo intenta. Me mira desesperada cada vez que se nos acercan los doctores. Exige una traducción instantánea. La miro con cara de «ten paciencia, mujer, ya te lo contaré todo». Aunque en estricto rigor todo no se lo puedo contar, porque no sabemos demasiado. Ni ellos tienen la más remota idea; los doctores, los expertos, los superhéroes. La medicina es una ciencia imperfecta. Intenta uniformar a toda una compleja especie llamada ser humano. Es inexacta, como todas las humanidades. La veterinaria, en cambio, sí es una ciencia exacta. Es capaz de separar las especies en múltiples categorías. Hay más bestiarios medievales de animales que de hombres monstruosos. Sin embargo, siempre debió haber sido al revés. La bestialidad está en otra parte, a pesar de que en los últimos días se ha vuelto una figura recurrente. Es como aquel periodo en que soñaba cada bendita noche que mi cuerpo se desdoblaba y huía de casa. Dejaba a mi mujer y a los niños sin siquiera un gato o un perro incapaz de relevarme. Lo fantástico, en sentido literal, era que me iba volando. O más bien levitando. De esa forma no había quien osara detenerme. Es lo que ocurre con los sonámbulos. Dicen que no los puedes despertar cuando van caminando por ahí casi dormidos, porque se pueden morir. Son estados que inspiran respeto. Imbuidos de algo sagrado. Todavía nadie se atreve a meterse en los sueños ajenos, ni siquiera el psicoanálisis, porque lo suyo es fake, consiste en inventar y atribuir significado. Se basa en la conquista de lo verdadero a través de la falsificación.

No puedo evitar sentirme algo culpable. Supongo que nos pasará a todos. Ésa parece ser la reacción natural a cualquier desastre. Si hay un incendio, si alguien entra a robar en la casa, si se echa a perder algún electrodoméstico, si se acaba la plata antes de fin de mes, si ingresa una epidemia al país, si se te muere un animal o si tu hija cae enferma por causa desconocida en un país lejano al que nunca te planeaste venir.

Los primeros días casi lo único que hacemos es llorar. Nos turnamos con mi exmujer. Parecemos una película de esas francesas muy lentas y silenciosas. Ella de pie, yo en el sillón. Ella me toma el hombro y agacha la cabeza. Luego yo en la ventana y ella sentada en el sillón. En la escena siguiente, ambos de pie dándonos la espalda y sollozando. Finalmente, ambos abrazándonos torpemente y cayéndonos los mocos. Una cámara salpicada de mocos.

Ya al tercer o cuarto día, no me acuerdo, salimos a dar un paseo. Es por sugerencia de los doctores. Por prescripción médica, diríamos. Salimos a recorrer la orilla del Támesis y se pone a llover torrencialmente. Se nos rompe el paraguas y no sé por qué razón nos paramos a comprar unos magnetos para el refrigerador. Le pedimos a la gente que pasa que por favor nos intente sacar una foto a pesar de la oscuridad. Todos se detienen a hacer su mejor performance con una sonrisa atroz de oreja a oreja. Nos entregan la cámara preguntándonos si salió bien, que si no nos gustó pueden volver a

repetirla, y nos miran expectantes, como esperando una evaluación. Nosotros les decimos que sí, aunque estamos terribles. No podemos mandar fotos así a Chile. No son una señal de esperanza para nadie. Nos rendimos y vamos a tomarnos una sopa a un bar. Me quedo embobado viendo el partido de fútbol. Mi exmujer se levanta cada veinte minutos al baño.

Al cuarto o quinto día las cosas van un poco mejor. Nos vamos del hospital algo felices, aunque Amaya todavía no despierta. Nos tomamos unos whiskys en el bar de la esquina y por un momento se nos olvida lo que está pasando. Nos ponemos rápidamente borrachos, porque no tenemos tanto dinero como para comer una buena cena. Preferimos gastarnos el presupuesto diario en alcohol. Debemos ser precavidos y ahorrar. No sabemos cuánto tiempo más estaremos aquí. El trago te estaciona lejos de tu circunstancias. Te lleva lejos del yo ese. Es agradable. De pronto, mi exmujer me parece más atractiva que cualquier cosa que la rodee, el elemento más deseable entre la infinitas otras partículas del mundo. Sólo la veo a ella y su risa y sus ojos medio achinados y su balanceo constante en la silla, nerviosa. Se lo digo y baja la mirada. Le propongo que hagamos un paréntesis, que nos va a hacer bien, que nos ayudará a desconectar.

Recuerdo haber leído en alguna parte que la felicidad es egoísta. Probablemente lo sea. Me siento profundamente egoísta por más de unos minutos y no llega a ser ni terrible, es más bien placentero. Ella me dice que mejor ya volvemos al hospedaje, que mañana hay que levantarse temprano.

Llegamos al pequeño apartamento subvencionado por el Estado inglés y nos tomamos un té. Pongo el Skype para hablar con mi casa. Mi mujer, del otro lado del océano, se ha convertido en un persona diferente, casi irreconocible. Se deshace en diminutivos y expresiones de cariño. Nunca antes visto. Sólo muy al principio, tal vez, cuando estábamos empezando. Mi mujer me dice que me echa mucho de menos en la casa y están impacientes para que vuelva. Les digo, aunque me cueste creerlo, que ya va quedando poco, que no se van a dar ni cuenta y estaremos todos juntos. Mi exmujer se levanta de su silla y va al baño. Tropieza con una de nuestras maletas y se disculpa haciendo señas en el aire. La miro de reojo y le digo sólo con un movimiento de manos que no se preocupe. Mi mujer en la pantalla me pregunta qué pasa. Le digo que nada. Colgamos.

Terminamos de recoger los platos de la mesa. Le aconsejo a mi exmujer que se vaya a acostar, que yo lavaré los platos y en un rato me iré a botar todo el cuerpo a la cama. Dormimos en habitaciones separadas, por cierto. Apoyo la cabeza en la almohada y siento un calor en el pecho. Afuera puede que haya gente congelándose, pero aquí dentro se está calentito. La felicidad es egoísta, repito para dentro.

Sentiste el frío de la taza. Había calefacción en el lugar pero la loza estaba congelada. «Are you ok?», te gritó la enfermera monosilábica desde fuera. Imitaste el sonido de una arcada. Te costaba actuar. Nunca se te había dado muy bien eso de hacer eructos falsos con la garganta, pero esta vez no te salió tan mal. Es el *alien*, te dijiste. Hay gente que puede decir su nombre y apellidos completos en un largo regüeldo. Tus compañeros de curso y tus primos podían pasar horas con la botella de bebida en la mano, con la *Bilz y Pap*, armando largas frases flatulentas. Tú

no. Pero sí estabas logrando disimular. «*I will go out righth now. Just a minute, please*», gritaste. «*Let me help you*», te dijo la solícita y servicial enfermera. Y sentiste sus pasos avanzar. Te guardaste rápidamente el cuaderno en el calzón y te apoyaste sobre el lavamanos con la mejor cara de calavera que encontraste en tu repertorio de actriz de pacotilla.

DÍA CINCO

Nolicom

Aoki Takamasa

Al día siguiente te sentaron en una silla de ruedas, como si todavía fueses una lisiada incapaz de caminar con total seguridad con los pies bien puestos sobre la tierra, y te llevaron a uno de los pisos bajos del hospital. Allí tendrían que hacerte un examen de orina, una ecografía y no sé qué cosa más. Entre las pruebas del sida, un posible cáncer de útero o un embarazo no deseado. Ya estabas un poco mareada. El caso es que te tuviste que aguantar mucho rato el pipí. Y tras todas las pruebas, te sacaron la incómoda sonda que, sentías, te atravesaba de punta a punta el cuerpo.

El lugar donde te harían los exámenes parecía la sala de espera de un aeropuerto, un lugar donde las personas van y vienen, sin permanecer de ninguna manera que se parezca a lo definitivo. Hubieses querido caminar libre en medio de toda esa gente que, tal vez, tomarían un vuelo en las próximas horas. Caminar a paso firme. Alguna vez habías leído que las raíces de los hombres son los pies y ellos son móviles, cambiantes, dinámicos. Ellos serían capaces de trasladarte de un lugar a otro, allí donde justamente querías estar. Pero nada de eso sería posible. En estricto rigor, contabas sólo con dos pares de ruedas. Tus pies iban a mal traer, cubiertos de unas gasas enormes porque estaban hinchados de tantas agujas. Esos pies que parecían garras no podrían llevarte a ninguna parte. Te ingresaron a una sala minúscula donde apenas cabías con tu silla de ruedas, acompañada de padre y madre. Ellos parecían cada vez más chicos, de unos quince años, entre empujones y abrazos a medio dar, como adolescentes tímidos y atrevidos que están recién conquistándose. Allí había una doctora que bien podría haber sido de algún país árabe, una de las pasajeras más que iba de tránsito por esa sala de espera semejante a un aeropuerto, con su burka puesto y su ropa suelta. Te habían hecho tomar mucho líquido y ya sentías que ibas a reventar de pura agua. Encima de todo, la doctora del burka comenzó a hacerte presión con una maquinita en el bajo vientre. A ratos, pensabas que quizás efectivamente estabas embarazada y llevabas un pedacito de él dentro de ti. Este examen no parecía nada serio. Sentías que te estaban tomando el pelo, que todo esto era una gran broma, una cámara oculta, una conspiración. La doctora parecía estar haciendo dibujitos con el ratón del computador. Aunque no se le veía la cara, adivinabas su sonrisa tras el velo.

Todo había comenzado con el pipí. No recordabas muy bien el orden y la relación entre los hechos, pero sí sabías que te habías hecho pipí sobre el sillón de un desconocido o, al menos, uno que venías recién conociendo. El amigo de un amigo. Sin embargo, él luego diría que sentía

«como si te conociera de toda la vida». Y no sólo porque te hubiese visto completamente en pelotas. Te habías hecho pipí o habías tenido eso que llaman orgasmos húmedos en la mitad de su salón. Más bien, el pobre chico sentía que te conocía de toda la vida porque tú te habías encargado de dar a conocer la tuya entera, parlanchina y verborreica como te pusiste. Y ahora estabas allí conteniendo el pipí para que la doctora viera algo en su pantalla. Tenías que aguantarte. No tenías derecho a volverte nuevamente loca y hacerte pipí encima, para después destrozarlo todo y bailar en pelotas por el pequeño piso de West Kensington. La doctora seguía haciendo figuras inexplicables y prohibidas en su computadora. Tus papás no paraban de molestarse y toquetearse.

Recordaste una vez en que llegaron más allá del amanecer a casa con Aleix. Venían lo que ustedes mismos denominaban como *pa'allá*, es decir, el no estar anclados en un aquí y un ahora sino en una dimensión física y metafísica prácticamente incognoscible para quien no estuviera exactamente en su mismo estado. No había nadie en el piso.

Habían estado en la casa de un amigo del trabajo de Aleix, un diseñador medio rockero, ahí en la calle Ample. Habían decidido volver caminando, aunque a él no le hacía mucha gracia. Era la mismísima encarnación de la flojera. Hasta ver películas con subtítulos en vez de dobladas le daba pereza. Se fueron por la Rambla y tuvieron que verle la cara a miles de turistas, lo que no ponía para nada de buen humor a Aleix. Tú quisiste cambiarle el ánimo y le propusiste mirar los cactus que vendían los floristas. Iban tan *pa'allá* que, contra toda lógica, se quisieron comprar dos de esos cactus de unos colores muy curiosos. Luego se darían cuenta, ya con una luz más nítida del día, que esos cactus no podían ser realmente de ese color y debían llevar una pintura encima. Nada más cruel que pintar así un cactus. Aunque sí, claro, había cosas mucho más crueles que ésa.

Sin embargo, estaban satisfechos con su nueva adquisición. Dispuestos a decorar el balcón de su pequeño espacio, se sentían de lo más orgullosos con su compra. Se quedaron parados mirando la plaza de fondo y los cactus en primer plano. Apoyaste tu cabeza en su hombro. Él se espantó un poco, como si lo hubiesen sorprendido por la espalda, y te dijo que ya era hora de irse a dormir.

A la cama los dos, cada uno a la suya. Se despiden haciéndose un gesto en el aire. Tienen todo el salón por medio. Miran los cactus, que dejaron colgando de uno de los maceteros del balcón, y vuelven a reírse por su estupidez. Cada uno toma su rumbo. Cada uno acostado en su cama con los ojos como platos. Imposible conciliar el sueño. Pasados unos cinco minutos, sientes que tocan a tu puerta. Aparece uno de los cactus como si hubiese tomado vida, y se mueve como si fuera un dibujo animado. Detrás del cactus viene Aleix. Deja a su amigo sobre el escritorio y se tiende en tu cama de sólo una plaza. «Puedes dormir, ¿acaso?» Le dices la verdad. Para qué mentir. No te habrías podido dormir ni aunque Aleix te hubiese dado todas sus pastillas para la locura. «Creo que está difícil dormir. Estoy muy *pa'allá*. Se nos fue un poco la mano, ¿no crees?», le dices quizás para poner atajo a la situación, como para que no se les pase aún más. «No exageres, estuvo superbien. Yo me lo pasé genial, ¿sabes?», sentencia él, y con ello determina lo que vendrá después. Adoptan ambos la posición fetal y se miran de frente medio acurrucados en sí mismos. «¿Nos quemamos los ojos?», propones, y Aleix acepta. Él, a pesar de tener los ojos más claros, logra quemar los tuyos, que deberían ser más fuertes. Entonces estrecha uno de tus brazos y así logra atrapar tus dos manos como impidiendo cualquier defensa de tu parte. Está encima de ti pero no carga su peso contra tu cuerpo. Lo sostiene en el aire. Le dices que no posee el estado físico para permanecer en una especie de flexión eterna. Él te dice que eres una maldita y entonces te pide permiso para caerse encima, que ya no resiste los brazos. Tú le dices que por ningún motivo

le das permiso, pero él cae de todas formas. Te aplasta. Se ríen entre ahogos. Él sigue arriba tuyo y esta vez sí carga su peso, pero con cuidado. Acerca más su cara a la tuya y te dice que le encanta irse *pa'allá* contigo. Entonces ya no pueden seguir evitándolo y se dan un beso extremadamente lento. De pronto se empieza a acelerar (el beso). Vuelven a la posición fetal de cada cual y se vuelven tímidos. Se hacen cariño en la cara y en el pelo, con las yemas de los dedos, apenas rozándose. Entonces te decides a ser tú quien ahora se suba encima. Prácticamente te encaramas en el cuerpo de Aleix y se dan nuevos besos, con un ritmo desconocido, con un juego de lenguas nuevo. Él te saca el vestido y decide dejarte los zapatos y la ropa interior. Tú, en cambio, se lo sacas todo. Están en cierta posición de desventaja pero les gusta. Él ha tomado una de tus piernas y se la ha puesto sobre uno de sus hombros. Tú, medio torcida, has comenzado a hacerle un poco de sexo oral. Sí, así de rápido y sin preámbulos. Hay un calor en el aire que los empuja a dar más de la cuenta. Pareces una contorsionista. Él mete sus dedos a través de tus calzones e intenta acercar su boca a tus pechugas, que ya están más levantadas que de costumbre, turgentes, y con los pezones durísimos, listos para que tal vez él te los arranque de un mordisco. Entonces él también se decide a continuar con su lengua y hacen un 69 perfecto que les arranca a ambos sus primeros gemidos. Pero arremeten de nuevo, ahora prácticamente sentados, tú sobre él, rodeándolo con las piernas. Encajan perfecto. Tú te mueves hacia delante y hacia atrás. A ratos estiras el cuerpo sobre la cama y te mueves desde allí, para luego levantarte y volver a abrazarlo, darle besos profundos en la oreja. Gritas. Él se estremece entero. El sol está reventando afuera y ustedes transpiran. Se van juntos y caen sobre la cama volviendo a reír. Se fuman un cigarro a medias como para alimentar el cliché. Tú estás acostada dando la espalda al cielo y él te hace cariño. Dibuja la curva de tu culo y luego se sube encima de él. No lo hacen por detrás, no todavía. Tú te pones como un gato que entra y saca la pelvis hacia fuera y, en una de esas, él te toma desprevenida y te penetra profundo. Esta vez es él quien se mueve, mucho más rápido que tú. Más seguro, más decidido a llevarte muy lejos, más *pa'allá* de lo que ya están. Parecen animales, aúllan, gimotean, plañen, braman. Vuelve a irse, él unos segundos después de ti. Se quedan medio dormidos, pero tú te despiertas y vuelven a hacerlo una vez más, esta vez sin despegarse los labios, sin darse un respiro, muy rápido y corto. Un *ristretto*. No entiendes cómo él da abasto. Hay algunos prejuicios acerca de ciertas drogas. A veces, los resultados pueden ser inesperados.

Y ese cactus falso, de un color rojo brillante que casi vibra por sí mismo. Con los colores de la tarde, porque ya se hizo de tarde, ni se nota que fue pintado con spray artificial. Se quedaron dormidos mirándolo, abrazados de manera casi desesperada. Suena una y otra vez una canción muy *Japanese* que tú le habías mostrado a Aleix y que él siempre te pedía que pusieras, sin cansarse nunca de oírla: *Nolicom* de Aoki Takamasa. Se escucha ese sonido disonante que se aleja y se acerca, con unas risas de fondo, en medio de maquinitas electrónicas ni tan orientales, hasta que viene un corte, un silencio y el *down tempo* con unas vocecitas de Tujiko Noriko, diciendo sólo «mmm... /aylaralala /lalala /mmm»... Es una joya de canción. Caen en un sueño profundo que para ambos comenzó con unos cactus de colores falsos. Bajo esos estados en los que se sumergían cada fin de semana, las cosas solían parecer lo que no eran.

Sintió un alivio gigante cuando al fin pudo hacer pipí sin la sonda. Se acordó de cuando se despertaba a media noche al baño compartido y hacía pipí. Era la ruta del lavabo, ésa que quedaba entre la pieza de Aleix y la suya. Medio mareada, se despertaba y se iba a hacer pipí. En ese momento, tendría que haber vuelto en sí. Sin embargo, toda ella se quedaba vagando por ahí,

incapaz de reconocer cuál era el lugar que le pertenecía a cada uno. Aleix, por su parte, dormía profundamente gracias a la mitad de una pastilla para dormir que tomaba todas las noches. Al día siguiente, como de costumbre, despertaba con un dolor de cabeza insufrible. Sentía un halo suave, un olor o un canto —esas cancioncillas que ella entonaba todas las mañanas desde su habitación—, y por un momento se sentía aliviado. Amaya cantaba casi siempre la misma canción: *Pajarito del amor* de Carla Morrison. Era algo cursi, pero suave y armoniosa, aunque con un tono levemente aciago. El pajarito quedaba flotando como la voz de ella, como la voz de Eco. Él se aferraba a eso que andaba dando vueltas por el aire, algo que se había quedado perdido cerca del baño compartido. Mientras tanto, ella en su pieza comenzaba a sentir leves y extraños mareos.

DÍA SEIS

Home

Edward Sharpe and The Magnetic Zeros

Las cosas parecían avanzar rápido. Los doctores estaban sorprendidos y empezaba a volverse difícil llegar a algún acuerdo. ¿De qué se trataba esto? ¿Dónde estaba la explicación? ¿En el aire?

Lo cierto es que Amaya ya podía comer sola, ya podía caminar hasta el baño y cada vez le parecía más incómodo que otros la asearan porque ya podía hacerlo por sí misma. También podía desenredarse el pelo, leer algo así como un máximo de cinco líneas sin marearse, una página entera con esfuerzo, ya podía ir por la vida memorizando números de cuatro dígitos y hasta bailaba un ratito por la habitación mientras esperaba que sus padres volvieran de almorzar. La ciudad seguía siendo desvaída, pero mientras Amaya daba unos pasitos tímidos al ritmo de lo que sonara a través de sus audífonos gigantes, por un momento parecía que las nubes se hacían a un lado, dejando pasar a los aviones. Lo que más quería era estar allí afuera y volver a bailar, volver a verlo. Estaba a unas tres horas en avión. Cada avión que pasaba cruzando el plano de su precaria visión, atravesando esa zona supuestamente proletaria de la ciudad, parecía una nueva oportunidad o una amenaza. Quién sabe. Nadie entendía muy bien de qué se trataba todo esto.

Y esos aviones pasaban tan cerca de su ventana. En esta ciudad había cuatro aeropuertos y uno de ellos estaba muy cerca del hospital. Parecían aviones de guerra. Las cosas estaban a punto de explotar en cualquier momento. Ella sabía que uno de esos aviones la llevaría de vuelta a casa, pero aún no sabía a cuál casa: esa donde había vivido toda su vida o la que había construido apenas e improvisadamente junto a Aleix. Puso *Home*, de Edward Sharpe and The Magnetic Zeros, en el iPod y empezó a hacer gestos de aeroplanos con los brazos. «*Oh oh oh let me go home/ Home is wherever i'm with you.*» Sólo tenía ganas de aparecer en un vídeo como el de la canción y correr por lugares insólitos con la gente que más quería, pero con Aleix siempre cerca, diciéndole cuán profundo era lo que estaba sintiendo, que se sentía sobre una nube, muy lejos de tierra firme. Pero, al parecer, era inevitable que alguno de los dos se terminara cayendo. Sólo con el tiempo se daría cuenta de que esa ciudad con mar en realidad no era su hogar. Su hogar no estaba en ningún sitio en particular. A lo sumo en el aire, ahí donde los aviones hacían sus trayectos. Y, como reza el dicho, «si hasta los aviones se caen, cómo no se va a caer uno».

Mientras Amaya estaba ahí, mirando por la ventana, cantando *Home* como en una publicidad de ésas épicas, emotivas y farsantes, llegaron sus padres de vuelta del almuerzo. Habían ido a tomar una sopa que estaba exquisita, dijeron, y a la bicoca. Para variar. Era su menú diario. Celebraban la posibilidad de ir sobreviviendo en uno de los países más caros en donde podrían

haberse reencontrado todos. «Rica la sopa, hija, con un vinito la tomamos.» «Sí, es perfecto, con este frío que está haciendo. Ni parece que fuera a empezar la primavera, oye.» «Dicen que más tarde se va a poner a llover.» «Otra sopa nos vamos a tener que tomar, oye.» «Claro...jajaja. Yo feliz que me tomo otro vinito.» «No, para nada. No quedamos con hambre, con eso estamos bien.» «Sí, quedamos perfecto, después podemos sacarte una de esas galletitas que te trae el chinito junto con el té con leche.» «A la hora del té, el *tea time so British*.» Resultaba conmovedor verlos convencerse de lo reparadora que era la sopa de sólo cinco euros, con ese entusiasmo que siempre llevaban consigo encima. Parecía que se jalaban unas cuantas líneas antes de entrar en su habitación. Amaya, por su parte, habría querido ser Alicia para tomarse un té especial con un grupo de animales raros que le hicieran sentir que, después de todo, esto que le estaba pasando era verosímelmente inverosímil. Intentar resolver adivinanzas de una Liebre Marcera, un Sombrero Loco, un Lirón o una oruga volada en opio. Habría sido el momento perfecto para una de esas *mad tea party*.

—¿Te tenemos una invitación, Amaya! —dijo padre.

—No te lo vas a creer —dijo madre.

—Algo que estás esperando —dijo padre.

—¿Los resultados?

—No, po, una invitación te estamos diciendo. Nada que ver con los resultados, si te dijimos que tardarían un par de semanas —dijo padre frunciendo el ceño. Cualquier impertinencia comunicativa o quiebre en la cadena de significantes hacía recular a padre y madre en sus niveles de felicidad. Podía tratarse de un retroceso, de nuevos desvaríos que ya nadie podría detener.

—¿Viene alguien a verme? ¿Qué? Vamos a salir a tomarnos algo por ahí. ¿Viene? ¿Se tomó un avión y viene?—en esos momentos los padres de Amaya se sentían derrotados. Habrían querido salir de nuevo, tomar otra sopa, pegarse los supuestos jales y volver a entrar para empezar de nuevo, como si ninguno de esos lapsus hubiese tenido lugar, como si se tratara de una obra de teatro para la que no existía ninguna versión demasiado definitiva y última.

—No, hija, los doctores proponen que te pongas tu ropa y salgamos a caminar un rato por el *ground* del hospital. ¿Qué te parece, no es genial? —dijo madre, improvisando su parte.

—Es bonito ahí abajo, Amaya, no te creas que no. Hay un montón de tiendas, cafés, el restaurante donde venden la sopa, gente... —dijo padre.

—Las cosas que están cerca de la calle, claro. Vamos a estar cerca de la calle. El *ground*, cómo no —susurró Amaya casi para sí misma, volteándose de nuevo hacia la inmensa pálida ventana y apagando el iPod con la última canción que la había hecho bailar.

Entonces padre y madre, que habían permanecido todo el tiempo bajo el dintel de la puerta, entraron en la habitación recargados de una nueva dosis de cocaína imaginaria. Padre prendió la tele y se puso a comentar cada estación en la que se detenía compulsivo, haciendo *zapping*, mientras madre se puso a trajinar en el armario y sacó un par de pantalones, una polera de media estación y, al fondo de todo, las zapatillas. Dispuso las prendas sobre la cama y, con las zapatillas fucsias de Amaya en la mano, adoptó una cara de *are you ready?* de lo más *English*, aunque no supiera ni gota de ese idioma. Al ver sus zapatillas, a Amaya le sobrevinieron miles de imágenes. Poco importaba que padre estuviera hablando de fondo a mil por hora cuáles serían las sedes de los próximos juegos olímpicos y que ayer justo habían pasado por uno de esos lugares y que por eso estaba todo tan caro y qué entretenido sería quedarse hasta esa fecha, pero no, se tenían que ir, y ojalá salieran más bien pronto de este mal trance, en realidad, de este mal viaje, pero que

después de todo, pensándolo bien, no era tan malo, por fin comenzaba a reconciliarse con los ingleses, que siempre le habían parecido tan aborrecibles y ahora parecían tan *polite*, tan buena gente, tan empáticos. Daba lo mismo que hubiese esa verborrea de fondo. Amaya recordó cada vez que se ponía esas zapatillas y Aleix le decía que parecía un pato porque, en efecto, eran unos botines gigantes de color fucsia más grandes que ella misma. Esas zapatillas tenían aire y se las había comprado justo antes de salir de Chile. Estaban hechas para viajar. Allí en Chile parecían ridículas e infantiles. A la gente le encantaba juzgar y criticar, mirar para el lado y decir algo, siempre tenían algo que decir, algún veredicto cuyo punto de referencia era la norma, aquello que todos deberían estar pensando y haciendo al unísono, porque cualquier quiebre los alteraba. En su ciudad con mar, en cambio, era fácil pasar desapercibido o, más bien, ser parte de una muestra interesante de especímenes diferentes, nunca uno idéntico al de al lado. Las calles parecían un desfile de moda improvisado, la gente iba por ahí con la dirección de arte hecha. Amaya se sentía libre corriendo por el Paseo de Gracia hacia el centro de la mano de Aleix, buscando los últimos rayitos de sol en La Barceloneta o burlándose de los turistas y los cactus falsos que se vendían por Las Ramblas. Siempre con sus zapatillas, uniformada con ese color que simulaban la máxima felicidad de diseño.

Amaya se sacó la camisa color agua del Hospital y se puso la ropa que le pasó madre. Finalmente, se enchufó sus zapatillas y Londres dejó de existir. Hasta que miró hacia arriba, después de amarrarse los cordones, y ahí estaban las caras de padre y madre en primer plano como diciendo «¡upa chalupa!». Ya era hora de partir a la aventura por el *ground* del hospital. Las enfermeras le sonreían por el pasillo y alababan lo bien que se la veía. Verse bien en un hospital es un concepto bastante relativo y Amaya lo sabía, así que no se tomó demasiado en serio los piropos. Una de las enfermeras hindúes le aconsejó que se tapara un poco el escote, pero Amaya tampoco la tomó en serio. Los enfermos de las piezas vecinas miraban con cierta desilusión. Podrían haber pensado que se estaba yendo a casa y ya no volvería más. Siempre es duro para los enfermos perder a un integrante de su *settinghospitalario*. Casi tan duro como verlos morir.

Amaya se sentía extraña. Ya casi ni recordaba lo que significaba ser ella misma. Ir vestida con su ropa y sus zapatillas fucsias le devolvía algo que tampoco era capaz de reconocer qué era. Mal que mal, había leído por ahí algo así como que el sujeto es un conjunto distópico, porque siempre se está donde no se es.

Mientras esperaban el ascensor, que no paraba de repetir «*Attention, the door is opening. You can go up/ go down*», sus padres la abrazaban y le daban palmaditas en la espalda un poco nerviosos. Cada paso que daban tenía que ser ejecutado con discreción. Temían que a su hija le sobreviniera de pronto un nuevo ataque. ¿Qué pasaba si le daba por salir corriendo a buscarlo? ¿Si lo confundía con un enfermo que tomaba café y fumaba un cigarro acompañado de su bolsa de suero? ¿Si se arrimaba al enfermo ese y se lo llevaba muy lejos con silla de ruedas y suero incluidos a saber dónde? A Camden, por ejemplo, el último barrio que Amaya recordaba, donde se había comprado unos aros medio *vintage* con los colores de la bandera chilena, aunque puestos de otra forma, alterados. Había ido a pasear por el mercado con sus amigas y se habían comido un plato que parecía muy nutritivo pero no le quitó demasiado el hambre. Luego partieron a Nottingham Hill en un arranque de ansiedad turística medio peliculera a tomar un café con mucha crema. Sí, lo recordaba ahora. Después de ese café se fueron a la casa donde estaba su amigo con el dueño de la casa, amigo del amigo, chileno también, quien los había recibido en su piso extremadamente blanco. Amaya empezaba a recordar mientras sus padres seguían zamarreándola, nerviosos.

Estando ya abajo, en el *ground*, Amaya se sentía a un paso de salir arrancando a Camden, al aeropuerto o donde fuere. Había un tipo fumando de espaldas, muy flaco, con las manos esqueléticas. Iba con su suero portátil y había dejado estacionada la silla de ruedas unos metros más allá, quizás para sentirse menos enfermo. Amaya se quedó pegada, mirándolo, mientras sus padres intentaban hacer eso que le hacen los amos a sus perros, bloquearles la mirada, cuando se obsesionan con otro perro que va cruzando por la vereda de enfrente para atacarlo o intentar follárselo: ésas son las dos únicas opciones, no hay más. Y Amaya, que últimamente llevaba una existencia de lo más perruna, podría haber reaccionado de la misma manera. Pensar que era Aleix e incriminarlo por tenerla así, en ese estado raro, paseando por el *ground* de un hospital, o intentar follárselo frente a todo el mundo, sin importarle un comino lo que pudieran pensar los transeúntes. No pasó nada de eso, sin embargo. El enfermo apagó el cigarro con sus pantuflas, volvió a buscar su silla y entró en el hospital un tanto resignado. Los ojos de Amaya, que no habían logrado ser bloqueados, lo siguieron hasta que desapareció.

—Sí que es lindo aquí. —Amaya miraba las cartas de aliento a los enfermos, los ositos de peluche, las cajitas musicales, los globos, los bolsos para comprar el pan con tipografías estrambóticas, los tazones con mensajes de incentivo a la recuperación, las figuritas de camas, sillas de ruedas, doctores y enfermeras.

—Sabíamos que te iba a gustar —dijo padre.

—Es lindo, oye, nada que ver con los de Chile, ¿cierto? —dijo madre.

—Nada que ver po, oye. Para qué decir —dijo padre.

—Ahora vamos a estar un ratito no más, eso sí, no sea que nos vayan a retar —dijo madre.

—Claro, hay que ir de a poco —dijo padre—. Otro día venimos más rato, ¿te parece? Otro día podemos ir al café.

—Hay un pianista ahí, Amaya, bonito bonito —dijo madre.

—¿Y...? —apenas pronunció Amaya.

—¿Y qué? —preguntó padre.

—¿Y ustedes creen que podría venir... no sé, tal vez sola? Cuando ustedes no estén, digo. — Al decir esto, Amaya tenía la imagen en la cabeza del tipo de los dedos cadavéricos apagando su cigarro y volviendo al hospital. A continuación, esa imagen se superpuso con un recuerdo, que no es más que otra imagen guardada en un lugar irreconocible, una imagen difusa que habría podido mirar sin problema por la televisión, como en tercera persona, cuando arrojó todo su cuerpo al suelo rasguñando la alfombra y aullando un grito desesperado hacia la puerta de la calle, en el piso del amigo de su amigo. Creía que esos doctores que habían venido a verla para llevársela al hospital en realidad venían a comunicarle la muerte de sus padres, ambos muertos, juntos, bajo el mismo sino, al unísono, en un idéntico absurdo accidente. Evidentemente, eso se lo había imaginado y no era cierto: padre y madre estaban allí, guardando silencio frente a la pregunta impertinente de su hija.

—... —Ni padre ni madre se animaron a darle una respuesta. Y es que en verdad no, no era posible que hiciera tal cosa, pero tampoco querían decepcionarla. Los doctores le tenían terminantemente prohibido que anduviera por el mundo sola, al menos por un tiempo; y escuchar eso, para una persona como Amaya, habría sido desesperante y desconsolador.

Amaya lo entendió. Iba entendiendo las cosas poco a poco —*poc a poc*, diría Aleix—, sin llegar a su fondo pero asimilando sus formas, tal como se veían esas imágenes que parecían sugerir los *ground* de los hospitales.

Volvieron a su tarea de mirar las tarjetitas que las visitas dejaban a sus enfermos, riendo con algunas del tipo *Get better soon*, que mostraban a un viejito enfermo saltando sobre una cama, y con otras del tipo *The best gift is the health*. Y de pronto, pasó por la calle una ambulancia que cruzó frente al hospital de esa manera tan escandalosa con que suelen hacerlo las ambulancias. Todos se voltearon al mismo tiempo: un par de abuelitas que hurgueteaban los peluches, la cajera de la tienda, padre, madre y Amaya. El escándalo de la sirena no pasaba desapercibido. Amaya tocó el polerón morado de *plush* que llevaba puesto, casi como para protegerse de ese sonido, y recordó nuevamente a esos doctores que supuestamente habían venido a anunciarle la muerte de sus padres. Y sí, la subieron a una ambulancia, igualita a ésa que ahora pasaba bulliciosa por el estacionamiento del hospital.

Amaya, en un acto caprichoso que en otras circunstancias jamás se habría permitido, dijo que sólo iría fuera del piso con esa doctora que la invitaba a salir por la puerta si le dejaban llevar puesto su polerón morado, el mismo que llevaba ahora y que tocaba cada vez que necesitaba sentir alivio. La suavidad del *plush*. Su polerón era algo así como un perro al que llevaba a todas partes, lo cual, combinado con sus zapatillas fucsias, no quedaba demasiado bien (cual paleta de muñeca Barbie). Pero en realidad no le importaba. Tampoco se tiene un elevado sentido de la estética en momentos como ése, cuando te suben a una ambulancia y te llevan de urgencia a un hospital porque ha sucedido algo inexplicable que tiene a quienes te rodean con los pelos de punta por el desconcierto y la película casi de terror que tienen ante sus ojos.

En la ambulancia le habían pedido su brazo para inyectarle algo que la adormeciera. Jamás conseguirían que se tomara las pastillas oralmente, o tal vez sí, pero había que hacer el camino corto, directo a la vena, un pinchazo y listo. Amaya recordó la cara de esa paramédico con el pelo rubio y corto, pequeñita y media regordeta, de unos cincuenta años, diciéndole una y otra vez «*calm down, take it easy, just stop to dance*». Tenía la sensación de que iba más gente en esa ambulancia y que iba muy rápido por esa ciudad desconocida. Ella se sentía poderosa con sus zapatillas de aire y el polerón-perro. Creía que iban a una fiesta. Habría querido salir arrancando por la calle o llevarse a toda la ambulancia al mejor club, convencerlos de que era eso lo que tendrían que hacer. O se habría lanzado por las calles de Londres en busca de miles de personitas de ojos azules —como los de los doctores del Charing Cross, como los de Aleix—, y un paso burbujeante. Estaba eufórica, extasiada, libre por fin de esa casa donde habían comenzado a suceder cosas raras que ahora no recordaba con precisión. Su amigo había ido con ella en la ambulancia y parecía ser él único que lograba hacerla entrar en razón o al menos calmarla. Ni la fuerte dosis de clozapina, olanzapina, quietiapina y todos sus derivados atípicos y de alto riesgo metabólico que le habían inyectado habían surtido efecto. «Amaya, escúchame, esto es una ambulancia, vamos a un hospital, tú no estás bien. Siéntate, no vamos a ninguna fiesta. Quédate tranquila. Haz caso en todo lo que te digan, ¿ya? Dime que sí.» Y ahí era cuando se sentaba, respiraba profundo y prefería no analizar lo que estaba pasando, porque no lo entendía, y decía que sí. Se quedaba con la voz de su amigo y sus manos firmes tomándole los hombros, apretándola con fuerza, sosteniéndola. No había nada más.

Tampoco había nada más ahora, ahí en el *ground* del hospital, en una tarde de ocasional libertad, con la cajera de las tarjetas, madre y padre volviendo en sí después del paso estridente de la ambulancia. No le quedaba más que sus zapatillas fucsias y el polerón-perro morado; esas cosas ridículas que la hacían sentir que podía seguir siendo ella misma, que no se convertiría en otra desconocida nuevamente. Aunque, bueno, la enfermedad la tenía ya condenada a una

condición de extranjera. A 11.663,97 kilómetros de eso que llaman patria y que, una vez, un cubano radicado en Hungría se la había enrostrado en una tienda de *souvenirs* citando a José Martí: ¿cómo podía ser tan desarraigada?

Venir a dar a un sanatorio. Y pensar que esto era un viaje de placer: pasar semana santa en París y Londres, aprovechando las ofertas de los vuelos *low cost* y la oportunidad de estar tan al otro lado del charco. Unas cuantas vueltas por el aire, sucesivos despegues y aterrizajes, te habían terminado depositando en un hospital. Resultaba irónico, Amaya. Era el *trip* más extremo que te podrías haber pegado. La locura es un exilio y esta extraña enfermedad también. A saber dónde quedaba el famoso Martí en toda esta historia.

DÍA SIETE

When They Figth They Figth
The Generationals

Esa noche dormiste de manera más ininterrumpida. Tal vez te había hecho bien el aire de los pasillos y ver a un enfermo medio cadavérico fumándose su cigarrillo del día. Tal vez habías sentido que te enviaban cada uno de esos mensajes de hospital que vendían en la tienda de *souvenirs*. ¿Dónde estaba esa gente que podría haberte mandado alguno de esos mensajes? ¿Qué podrían decirte ellos de todo esto? ¿En qué lugar del mundo vivían tus amigos, los últimos o los antiguos, los de siempre y los de nunca? En esa ciudad apenas conocías a un par de personas y estabas segura de que ninguno de ellos sería capaz de decirte algo coherente. Estaba la doctora alemana, el amigo de tu amigo, el chinito de los té, la doctora-pera y el vocalista de The Generationals, cuya voz retumbaba en torno de ti cual mantra unas diez veces al día. La televisión estaba prendida ininterrumpidamente, porque los hacía sentir menos solos, aunque a ratos entendieran menos de la mitad de lo que decían. Se perdían, no les daba la cabeza para andar traduciendo ese inglés tan afectado. Sin embargo, la voz del vocalista de The Generationals sonaba una y otra vez en esa publicidad de teléfonos móviles: «*When they figth, they figth/ And when the come home at nighth they say/ I love you, baby.*» Pasaban imágenes veraniegas que anticipaban meses fantásticos que tú no sabías si alcanzarías a vivir. Nunca se sabe cuánto tiempo se pasará dentro de un hospital, ése es un azar muy difícil de hacer coincidir con fechas alegres. Pasaban imágenes en la playa y muchos vasos de tragos exóticos de los más variados colores, con esa musiquilla medio retro de The Generationals. Resultaba estimulante porque, de un tiempo a esta parte, lo único que veías en colores eran tus pastillas diarias y los contenedores de residuos tóxicos que había en todas las habitaciones. El resto era gris, lapidariamente gris.

Estuviste toda la mañana cantando la cancioncita pegote y deseaste haber tenido contigo tu computador con Spotify para poder escuchar más canciones del mismo grupo o descargarla la letra y cantártela con propiedad, con voz bien fuerte, perturbando un poco la falsa calma del hospital. La gente se veía mejor: el tipo que recogía los compuestos radioactivos y barría tu suerte bajo la camilla, la enfermera que traía el cóctel de pastillas y la que te tomaba la presión, el chinito con el desayuno y su leche más azucarada que nunca, la nutricionista, las doctoras brujas que venían a hipnotizarte con unas varillas y te seguían haciendo mil preguntas que aún te sentías incapaz de responder. Hasta la checa de la habitación contigua a la tuya se quejaba menos del dolor ahora. Pero lo importante es que estaban todos más relucientes, más dispuestos a disimular el lugar que estaban habitando y a vivir el verano del *I love you baby*.

Llegaron padre y madre con sus típicos pasos cortitos, gritoneando desde la otra ala del hospital, y se sorprendieron de verte cantando y tijeateando papeles. «¿Qué haces, querida», preguntó madre. Tú levantaste uno de los pedazos de cartulina que habías recortado y se lo pusiste a madre frente a los ojos. «¿Lees?» Madre no entendía de dónde habías sacado esas cartulinas y esos lápices de colores. Lo único que alcanzó a entender fue que les pediste que enviaran estas cartas confeccionadas con tanto amor a cada una de las personas de una lista que, aclaraste, te había tomado muchísimo trabajo hacer. Los materiales te los había traído una enfermera de Senegal de la que te habías terminado haciendo amiga. Ella debía vigilarte por un turno de más o menos tres horas. Y tú no estabas tan beligerante como al principio. No necesitabas ni tanta vigilancia ni tanto castigo. ¿Qué iban a hacer? Conversar de la vida entera, dejar pasar las horas, olvidarse de lo útil. Te contó sobre su hijo, de cómo había veces en las que ni siquiera le entendía el inglés que hablaba, el que les estaban enseñando en la escuela. Los materiales que te tenían de lo más feliz haciendo manualidades eran, de hecho, del hijo de la senegalesa. Le habían sobrado de una clase de arte abstracto. La escuela sustentable y sostenible a la que él iba no se podía dar el lujo de botarlos a la basura. No encontraron nada mejor que regalárselos al chico, porque a sus profesores neohippies les inspiraba más ternura él que el resto de niños blancos.

Continuaste explicándole a padre y madre tu plan. «Debí pensar en diez personas a quienes mandarles señales de humo, a quienes dar una suerte de pésame por una enfermedad que en verdad es supuestamente mía. Es la única forma de que se enteren», remataste. «Pero si ya todos lo saben. Te lo hemos dicho», aclaró padre. Amaya se quedó pensando cómo es que no estaban allí. «Deberás estar aislada por un tiempo. Es peligroso que te vea mucha gente», se adelantó padre. «Peligroso para todos, para ellos, para ti, para nosotros. No podemos retroceder, Amaya, por favor.» Bueno, entonces lo mejor sería mandar esas cartas, te terminaste por convencer. Quizás cuándo te darían el alta y te daba pánico salir y encontrarte con que allí afuera había otro mundo, algo así como un barrio de los Supersónicos, sin que nadie te hubiera avisado cómo y en qué momento se había producido el cambio.

Luego leerías algunos *mails* que se sumarían a tu archivo. Tal vez eran las respuestas a estas cartitas de colores que le dijiste a madre que enviara a Chile y Barcelona. Nunca lo sabrías. No estabas tampoco segura de que ella hubiese echado las cartas al buzón. Es probable que no:

Ay, washita linda, no sabes lo contento que me pone este mail, reconocer tu escritura, ese estilo, esa retórica tan familiar que me dice que sí, que tú y no otra persona me está escribiendo. ¡¡Huevona, la cagaste pa fuerte!! Simplemente las palabras no alcanzan.

Y bueno, el stand by es eso y no una cortapisa, así que ya volverás a tus cosas. Lo único que te pido es que después no te veamos convertida en una zen o en una devota de un dios desconocido auspiciado por Coca-Cola. Estamos pensando en ti, pero ¡¡nos sentimos tan raros estando tan lejos, al otro lado del mundo!! Eso nos obligó a aplicarnos en la noósfera.

Washita linda, como me escribió usted alguna vez, ¡¡te re-quiero!! Nos vemos acá.

Éste era uno de tus favoritos, no sabías por qué. Era divertido, hay que reconocerlo. Otro que te gustó:

¡¡Amaya queridísima!! No puedo creerlo. De verdad no me esperaba que me pudieras escribir tan pronto. Ay, Amaya, claro que vamos a hablar mucho de esto y de otras mil

cosas. Tengo un montón de ganas de verte. Así que, cuando estés ya en Chile y con ganas de vernos, seré feliz de encontrarnos. Me imagino que debe de ser muy difícil replantearse ahora tantas cosas. Pero no te olvides, como decía la vieja Celestina, de que lo que se atrasa no se niega. O sea que seguro vas a poder seguir cumpliendo todas tus locuras. Aunque sin que se te vuelvan a escapar las cabras pal monte esta vez. ¿Cuándo estarás por acá? Pucha, te mando un abrazo enorme, enorme. Cuenta conmigo para lo que necesites.

Madre retiró todos los cachureos de la cama y te dio la mano prometiéndote que enviaría cada uno de esos mensajes que, curiosamente, le deseaban una rápida recuperación a los sanos que vivían allá fuera. Se acurrucaron padre y madre junto a hija y le preguntaron qué le gustaría hacer. Te quedaste callada sin saber muy bien qué decir y los padres comenzaron a cabecear de sueño hasta quedarse dormidos. Les hiciste cariño en el pelo, un rato a uno y un rato al otro. Quizás qué estarían soñando ellos, pero tú viste la imagen perfecta en frente, como si se tratara de una obra de teatro infantil o un sueño expresionista, cargado de colores y brillos. Como si te hubieses tomado algo fuerte y soñarás despierta. Deberías leer las contraindicaciones de tu cóctel, pensaste. Los efectos secundarios toman caminos insospechados y tus sensaciones físicas últimamente se volvían cada vez más indescritibles.

Se te apareció un domingo, uno como tantos otros lejos de Chile, de éstos con inviernos no tan fríos. Volvían una tarde de una post-fiesta, post-after, post-post con Aleix. No habían comido nada desde la noche anterior. Se fueron a la cocina y comenzaron a escarbar en cada una de las despensas. Si unían fuerzas saldría algo bueno. Hacían volar latas de atún, salsas de tomate y cajitas de *cous-cous* por el aire. A ver qué era lo primero que atrapaban. Eso se iría a la olla. Se decidieron por unos tallarines acompañados de todas las verduras que iban quedando en el refrigerador. Nada muy original. Querían ponerle de todo. Más es más, se dijeron invirtiendo la máxima de la Bauhaus que cada vez seguían menos. Abrieron unas latas de cervezas que habían comprado a unos paquistaníes en el camino de vuelta a casa y se pusieron en el balcón a esperar que estuviera todo cocido. Apenas cabían allí de pie, muy apretujados, dejando caer la cabeza en el hombro del otro. Había niños jugando en la plaza, niños de unos cinco o seis años con sus jóvenes y estilosos padres. Padres diseñadores y editores que llevaban a sus hijos a esa plaza ordenadita de la parte más elegante del Raval. Uno que otro vagabundo que deambulaba con sus colegas por allí se perdía en medio de esas familias modernas de tres integrantes que pisaban las hojas secas de un otoño que ya se estaba yendo. Tú te imaginabas así con Aleix, como los vagabundos o como las parejas ravaleras, daba igual, lo importante era poder permanecer sin apuros en una tarde de domingo. No había tedio, ni tampoco estaban forjando el carácter, simplemente se disponían a comer un plato de tallarines después de una noche larga. Y eso hicieron.

Aleix iba a servir los dos platos gigantes, pero antes abrió otro par de latas de cerveza con escándalo, medio tambaleándose, medio bailando. Se acercó a ti y te dijo al oído que esa noche, o más bien ese día, quería dormir contigo. No le interesaba dormir, en verdad, sólo quería estar así sin más esperando a que volviera el lunes y la semana entera con toda su determinación. Se dieron un beso largo y se cayeron al suelo. Iban a empezar a revolcarse y a agitarse más de la cuenta, pero los detuvo la estridencia de los tallarines hirviendo y saliéndose de la olla. Ustedes hacían ruido, pero los tallarines más. Comieron conversando sobre las curiosas formas del piso de parquet y las tramas que allí se hacían con lo que se caía al suelo. Hablaban de aquellas cosas que

eran profundas pero nada dramáticas. Les gustaba enumerarlas, ponerlas en una lista. Se sentían livianos así, sin urgencias ni pesos que cargar.

Ahora sentías el peso de tus padres encima, mientras ellos ya estaban sumidos en un sueño cada vez más profundo. Sería difícil despertarlos y hacerlos a un lado. Ellos estaban puestos en el medio de tus recuerdos y parecían querer borrar cualquier conexión que quisieras establecer con esas imágenes nada borrosas. Más aún, ellos habrían querido aplicarte un *electro shock* o llevarte a ese lugar donde los protagonistas de *Eterno resplandor de una mente sin recuerdos* se borraban la memoria amorosa. Pero el resplandor refulgía y se asomaba por todas partes, mirando a un enfermo en su silla de ruedas, en el plato de cereales de la mañana, en la ducha modular o por la ventana que daba hacia un barrio proletario sobrevolado cada media hora por un avión que bien podría haber sido de guerra. ¿Qué le estaban haciendo aquí dentro y por qué sus padres se sentían tan incapaces de darle una explicación? ¿Por qué estaba tan aislada del resto del mundo? ¿Qué podía estar pasando allá afuera? Gente pasándose drogas, tiroteos, comidas elegantes en finos restaurantes, niños desnutridos, barcos de refugiados ahogándose en el mar, *hackers* intentando desbaratar el gobierno de turno, miles de corruptos de cualquier partido político aferrándose al poder porque el resto parecía una ilusión, guerras, presos torturados incapaces de abrir la boca, bailarinas haciéndose tira los pies, obesos mórbidos, los movimientos de la bolsa arriba y abajo, *brokersdesesperados* metiéndose coca todo el día, deportistas de alto rendimiento preparándose para las olimpiadas y una pareja comiendo tallarines después de una larga noche de fiesta. El mundo era grande allá fuera y allí dentro perdía sentido. Su contenido era monótono e inexplicable. Las rondas de enfermeras y té con leche ya empezaban a resultar agotadoras.

A propósito de las rondas, recordaste una ocasión, pocos días atrás, en que llegaron tres enfermeras al mismo tiempo junto a uno de los doctores visitantes. Tal vez estaban haciendo cambio de turno y por eso había tanta gente, o quizás simplemente querían ir a comprobar el rumor que circulaba por el hospital: la chilena de los ataques psicóticos que había intentado golpear a todos los que habían intentado acercársele estaba por fin volviendo a la cordura. En ese entonces todavía conservabas algunas conductas peculiares y ahora lo recordabas perfectamente. Fue un día en que te comentaron algo sobre el día anterior. Probablemente te preguntaron qué recordabas del día anterior. Chequear la memoria parecía ser la obsesión del piso de neurología. Y también la tuya. Fue así, escarbando en el ayer, como si viniera de un impulso muy profundo, que te pusiste a cantar la canción de The Beatles. *Yesterday*. Era como si necesitaras cantar. Las tres enfermeras y el doctor visitante decidieron acompañarte y comenzaron a hacer las segundas voces. Incluso padre y madre se sumaron en el coro. Fue algo hilarante y ridículo, pero de alguna forma emotivo. Parecía el final de una película mala donde no se sabe si la protagonista enferma morirá o no pero todos parecen descubrir el sentido de la vida. Había sido un desliz inesperado, un arranque que remitía a tiempos muy idos. Alguna vez habías tenido que cantar *Yesterdayjunto* a tus compañeros en la clase de inglés, cuando ibas al colegio, cuando todo era mucho más fácil, o bien cuando las cosas empiezan a ponerse difíciles, divertidas. Lo cierto es que, pese a la aparente vulgaridad de la escena, los coristas se quedaron mirando a Amaya con cierto orgullo de haber conseguido que ahora, en lugar de dar patadas contra el mundo o desvestirse con desesperación, estuviese cantando con ese acento que tanta gracia les hacía.

Volviste en ti y al tiempo real. Nada de clases de inglés, ni canciones de The Beatles ni comidas con Aleix. La realidad de pronto caía con determinación, como de vuelta de un par de *flashbacks*. Padre roncaba fuerte y madre buscaba su mano a hurtadillas. Madre estaba feliz de

estar allí. Suspiraste profundo. Y llegó el chinito con sus galletitas de chocolate y el té con leche. Hizo un gesto con las manos juntas y la cabeza inclinada para un lado para decir que padre y madre se habían quedado dormidos. Dejó la taza cerca y te hizo un cariño suave en el pelo. Sonreíste y le pediste que te prendiera la tele. Te quedaste mirando un documental sobre los Juegos Olímpicos y sentiste cierto malestar en la cabeza, un mareo que iba y venía junto con la cancioncilla esa del verano inglés. Y tarareaste casi inaudible, como para no despertar a nadie, «*I love you, baby*». Nadie se puso a cantar contigo. Más aún, nadie debía ni escucharte.

DÍA OCHO

Air on the G-String

J.S. Bach

Al día siguiente Amaya recibió una visita que, sin terminar de asimilarlo del todo, le resultó familiar. En un principio le costó reconocerlo y ante esa sensación de lo desconocido, de lo insospechado, de lo nuevo, creyó que por un momento todo volvería a repetirse. Se aferró a los sujetadores de su cama reclinable para no olvidar que estaba en un hospital y que la locura no podía volver a asaltarla de la forma que lo había hecho hacía algunos días. Él apareció tímido en la puerta y traía una cuerda con luces de colores. Parecía un árbol navideño mal armado y un poco *kitsch*, pero no era eso. Esas luces ella misma las había comprado en Camden antes de caer enferma, y con el nerviosismo de lo sucedido sus amigos habían olvidado echárselas a la maleta que le pasaron a sus padres. Las luces de colores eran de corazoncitos, pero el hombre que se asomaba tímido por la puerta no era precisamente Aleix. No, todo parecía indicar que él no vendría, aunque nunca se sabe. La posibilidad de que se asomara por la puerta, así como ese día había asomado el cactus artificial por la habitación de Amaya, estaba latente. En cualquier caso, Amaya recordaba haber sentido algo intenso pero no profundo ni dramático por ese sujeto. Tenía la sensación de haber estado encima de él por alguna razón. Intentando follárselo, es probable, aunque habría sido imposible que él cediera a ello. Es lamentable que las mujeres no puedan violar a los hombres y, sin embargo, éstos lo puedan hacer con tal desparpajo y violencia. Ya comentamos que el afán por tirarse a cada caballero que se apareciera por la habitación había sido en Amaya un síntoma algo inaguantable. Freud y sus amigos lo llamaron histeria, por hay algún otro más arcaico que le puso fiebre uterina. Y claro, Amaya siempre tuvo unos grados de fiebre. El doctor que llegó al dúplex de West Kensington, el primer especialista que tomó contacto con el cuerpo enfermo de Amaya, le dejó dos paracetamol y se fue sin imaginarse lo que vendría luego. Tal vez por eso padre decía que, en lugar de elaborar maquiavélicos planes de huida a Barcelona, mejor se dedicara a escribir. Su hiperactividad febril al menos tenía que traer un poquito de creatividad que les permitiera cerrar bien esta historia. Aunque las historias no se cierran nunca, quedan siempre medio abiertas a lo que venga. Tampoco hace falta romantizar tanto tales estados, porque se sabe que mucha gracia no hacen.

Amaya había leído que Cioran, con su pesimismo que llega a dar risa, en la Rumania de los años veinte, aspiraba a tener sífilis para obtener gloria literaria. La enfermedad estaría compensada por una genialidad hiperproductiva, por la sobreactividad mental que le permitiría producir a mil, y luego se hundiría en la locura. ¡Qué tontería más grande! Si cuando te estás

volviendo loco, piensa Amaya, no puedes ni escribir. Apenas leer. Estás paralizado, sumido en el horror de perderte para siempre. Y eso no tiene nada de genial.

Limerencia, así llamaron también al amor algo obsesivo que experimentan algunas jovencitas por sus objetos amados: una forma barata del romanticismo más elevado y místico, terreno que parece ser sólo de los machos recios. Pero Roberto Bolaño, tan hombrecito y vitalista él, luego lo vería más simple: «Hasta los muertos, leí en alguna parte, lo único que desean es follar. Es triste tener que admitirlo, pero es así.» ¡Cuánta razón!

Sus padres se levantaron al unísono y fueron a recibir al desconocido a la puerta. «¡Qué alegría verte, querido!»...«¿Qué te cuentas?»...«¿Cómo estuvo el cambio de casa?»...«Y éstas son las famosas lucecitas»...«Pasa, por favor, hombre. ¿Quieres un té con leche?» Los padres de Amaya se creían que estaba en una suerte de hotel y que el chinito, de puro amor a la fragilidad y al grupito de sudacas, les iba a traer a todos un té caliente con unas galletitas de chocolate.

Amaya se sintió horrible. Hacía ya una semana que no le habían vuelto a lavar el pelo, porque eso de desenredárselo, el famoso nido, sí que había sido un martirio. Se acomodó en la cama y le tendió una mano un poco roja y a maltraer a su visita, para saludarlo. El chiquillo no pudo contenerse y la abrazó un poco atolondradamente. Luego se echó a llorar como un niño. Había sido demasiada la impresión. Amaya se quedó con los ojos en el techo y sus padres corrieron a abrazarlo. Mientras padre y madre abrazaban al chico, arrastrándolo a una esquina, Amaya la insensible se quedó un rato más con los ojos pegados al techo. No sabía para dónde mirar y, para variar, no entendía muy bien nada. Parecía un animal disecado. Se veía igualita a ese día en que reaccionó mal al haloperidol. Su informe, emitido unos días más tarde, diría lo siguiente: «*In view of agitation Ms Triplet [this was her surname] was given haloperidol. She started to become increasing rigid with her eyes fixed in upgaze. This had the appearance of an oculogyric crisis and she was given Procyclidine for this.*» No encontraron nada mejor que bromear con lo ocurrido. «Te ves igual a ese día del famoso haloperidol, guachita...jajaja. Ése sí que fue un sustazo», le dijo su invitando, intentando hacerla volver en sí. «Fea me debo haber visto», intentó reírse Amaya mientras se imaginaba medio tiesa, taxidérmica, con los ojos blancos y entornados. «Horrible, es que no puedes imaginártelo. Con decirte que el Raimundo me dijo que por favor le avisara cuando volvieras a verte bien. Que por favor te sacara una foto y se la mandara para que pudiera corroborarlo.» Los padres de Amaya se rieron con un dejo de ternura, medio agradecidos, medio avergonzados. «El Raimundo me dijo que tú solías ser muy linda antes de todo esto», le dijo el visitante misterioso, también con un dejo de ternura. A Amaya ya empezaba a desesperarle ese exceso de ternuritas que la rodeaban y se preguntó si ahora mismo se vería tan espantosa como parecían estar todos sugiriendo. Es terrible pensar que hay cosas que pasan por encima de uno marcándote tanto. Y es que no sólo pasan por encimita, sino que te aplastan y te hunden hasta muy abajo, profunda y dramáticamente. Luego ya nada puede volver a ser igual que antes.

Amaya hace un esfuerzo de memoria y recuerda ese nombre, Raimundo, el mismo que la calmaba en la ambulancia cuando se pensaba que iba en una suerte de *party bus* frenético, recorriendo todos los círculos de Londres. Las fiestas tienen un poder extraño sobre las personas y pueden transformar cualquier estado en uno mejor, en una sensación de euforia a la que no le entra ninguna bala de desasosiego. Las expectativas son altísimas y no hay mejor momento que prepararse para salir, apurar los tragos de la previa, tomar lo que haya que llevar y cerrar la puerta tras de sí. Es como lanzarse a una ciudad en picado. Y ésa era la sensación que tenía Amaya en ese momento. Una ciudad desconocida a la que se lanzaba nada menos que en una

ambulancia. Luego sólo queda levantar los brazos, saltar entre la multitud, bailar haciendo figuras raras en el aire y perderse en un mar de brazos, piernas, miradas, bocas y alientos de extraños anónimos. Tal vez sacas algún nombre, pero tampoco hace falta idear grandes formas de comunicación porque ese espacio se basta a sí mismo, se colma de éxtasis y presente puro. Los puntos de vibración llegan al máximo y luego viene el amanecer, con todo su peso de claridad y luz. Entonces el aire de la atmósfera se vuelve más profundo y cualquier cosa se te puede llegar a pegar al cuerpo.

A Amaya le dan ganas de llorar pero se aguanta. ¿Por qué no está Raimundo ahí para recordarle que no está de fiesta, pero que se puede estar igual de a gusto? ¿Y quién es este otro que viene básicamente a tratarla de fea disfrazado de árbol *kitsch* de navidad? Se acuerda de que tenían el plan de viajar juntos, con Raimundo. Él se iría con ella desde Londres a la ciudad con mar. Iban a pasar el fin de semana allí. Amaya lo tenía preparado. Había comprado cosas ricas para comer y un vodka. Había comprado algo entretenido para que se lo tomaran también, de esas cosas de las que ahora empezaba a costar un poco hablar. Los había apuntado a un par de fiestas y había hecho una ruta de parques y museos. ¿Qué había sido de ese fin de semana? No había existido en ninguna parte. Había quedado borrado del calendario.

Raimundo ya se había ido. Le contaron que había vuelto al país de donde había venido hasta Londres, ése al que había decidido migrar, cansado también de la monotonía de Chile, de donde eran todos los que estaban en la sala a excepción del cara de chinito, que había entrado con cuatro tés en una bandeja. Le pasó con disimulo cuatro paquetes de galletas a su paciente favorita, como si se tratara de remedios prohibidos o cartas de contrabando que vienen del mundo real.

Raimundo estaba viviendo en Palestina. Era árabe y al mismo tiempo judío, así que era extraño su papel allí. Claramente, defendía la causa palestina, pero no podía hacerse el tonto con su padre y su apellido de señorito. Antes de este viaje, Raimundo solía llamar a Amaya por Skype desde un café con internet que quedaba cerca de su casa. Caían bombas alrededor suyo. Desde luego, no estaba en lo que se dice un lugar monótono. Y en el fondo, Chile tampoco lo era. Allí también caen bombas, pero de otro tipo porque no hacen ruido y es más fácil para la gente hacer como que no existen. Son pocas las bombas que hacen ruido en Chile, como cuando un estudiante de una universidad de renombre se reventó la cabeza contra el suelo al ser alcanzado por la cobarde fuerza de los carros lanza aguas en una protesta. Estuvo a punto de morir y probablemente quedó con un daño cognitivo no menor. Acabó en un piso de Neurología igualito al que Amaya ahora, pero lo de él tuvo un valor épico y heroico. Esa historia tenía un trasfondo social de lucha por la educación y cualquiera que la hubiese querido contar no debía más que atenerse a esa tremenda realidad atroz. Lo de Amaya, en cambio, resultaba absurdo y sin explicación aparente. Ni siquiera era un coma natural, era uno inducido. Era un tapón para que dejara de transmitir, una dosis necesaria de silencio. Era difícil de contar, demasiado íntimo y burgués dirían algunos. Hay quienes se pasan la vida haciendo esas distinciones. Mientras tanto, siguen cayendo bombas que no despiertan la atención de nadie. Son las bombas silenciosas y tan invisibles como esa franjita de país que parece que el mar se lo fuera a comer de un sólo zarpazo.

Para Raimundo, que ni siquiera terminaba de acostumbrarse a las bombas que sí metían ruido, tener que asistir a su amiga, haber tenido que hospitalizarla y vestirla cada cinco minutos para que no siguiera haciendo escándalos, era lo que lo había hecho sentir más desamparado. Peor que un país en guerra, peor que la persistencia del fuego.

Amaya recordó la postal que él le había regalado apenas se encontraron. Ella había llegado a

ese piso dúplex de West Kensington con sus ocasionales amigas, ésas que se hacen en los viajes y luego desaparecen fácilmente. Raimundo salió a recibirla y la abrazó largo rato. Amaya había dormido muy poco y estaba mareada. No dejó nunca de estar mareada, y a partir de ese momento ningún día durmió lo suficiente, siempre a sobresaltos, insegura de lo que podía llegar a pasar. El amigo de Raimundo, el desconocido que ahora tomaba té con leche y las galletitas de contrabando, accedió a que todos se quedaran allí. Habría preferido que sólo se quedaran Raimundo y Amaya, pero había aceptado recibir al grupo completo. Tal vez habría sido todo muy distinto, *who knows?*, si sólo se hubiesen quedado los tres, le dijo el anfitrión por teléfono poco antes de que Amaya partiera de vuelta a Chile con sus padres.

Raimundo no se aguantó y, casi sin preguntarles cómo había estado el viaje de madrugada, se apresuró a darle a su amiga un regalo. Amaya ahora lo recuerda con nitidez. Era una postal. Deseó haberla tenido allí consigo y haberse metido dentro de la imagen, aunque se hubiese tratado de un lugar en crisis. Era una foto gastada y que parecía de un tiempo feliz. Aparecían dos viejos palestinos, una señora y un señor. Padre y madre eran. Estaban sentados, cada uno en su sillón, en una habitación llena de cosas también viejas, cosas inútiles, pero se veían felices. El suelo estaba cubierto de alfombras y cojines. Las paredes estaban saturadas de fotos y retratos sin dejar casi ningún huequito vacío. Era el *horror vacui* en su máxima expresión. Era su forma de reponerse a la muerte del hijo, quien había sido asesinado por el ejército israelí en 1989. De hecho, el retrato principal, que descansaba justo entre las cabezas de ambos, era el de Mohammad Abu Aker, el hijo mártir. La foto, ya convertida en postal, había sido tomada el 2011, tal vez poco antes de lo ocurrido en Londres con Amaya, y ese mismo año recibió el premio de Badil Awards. Padre, madre y el amigo de Raimundo le cuentan a Amaya que Raimundo, antes de partir, le dejó un abrazo muy grande y que cuando se despidió de madre lloró desconsoladamente, como si estuviera en los brazos de su propia madre. Lo contaban como si Raimundo hubiese partido a la misma guerra dejando atrás también otra guerra, lo contaban como si él fuera el mismísimo Abu Akar y su heroico abrazo a la madre de Amaya hubiese quedado inmortalizado para siempre.

Madre quiso volver al tema de su hija fea y la sacó de sus recuerdos de postal vieja.

—Querido, a propósito del episodio de los ojos blancos...

—¿Cómo? ¿Qué ojos blancos? —La postal era en blanco y negro, recordaba perfectamente Amaya, con mucho contraste, más cargada al negro que al blanco. ¿Por qué su madre insistía en el tema ese de los ojos vueltos blancos?

—Ah..., de lo que nos estábamos riendo antes. Es que puta que te pusiste fea, Amaya. Fue terrible.

—Como de película de terror, me imagino yo —intervino padre riendo—. ¡Mi exorcista! —le dijo a Amaya revolviéndole el pelo.

—Bueno, nada, le pusieron esa cosa y como que... —Era la típica forma en que solían hablar en su país: *bueno, nada, como que*. Lo impreciso, lo que no pudiera nombrarse con todas sus letras, la vida reducida a una especie de insustancial nada. Madre se desesperó un poco, porque el anfitrión no le estaba diciendo nada. Intentó zamarrearlo, pero se arrepintió en el acto. Padre la apartó y el anfitrión comprendió por un segundo de dónde venía la genética de la desesperación. Y la histeria, cómo no.

—Cuéntanos nada más lo que viste, cómo reaccionaron las enfermeras —dijo padre en su actitud pseudozén.

—Bueno, le pusieron el remedio ese..., el *halonosecuanto*, claro, para intentar calmarla. No

había forma de tranquilizarla y había que manejar sus ideas fijas, porque hablaba todo el tiempo de lo mismo. El mismo nombre repetido una y otra vez. La cosa es que vino una de las enfermeras y le inyectó una segunda dosis de esta cuestión porque la primera, después de casi una hora, todavía no le hacía efecto. Ahí fue cuando se puso tiesa y se le fueron los ojos para arriba. Fue de verdad terrible. Nos asustamos mucho y le dijimos que por favor hiciera algo, que le pusieran un antídoto, qué se yo. Raimundo ni siquiera era capaz de mirar. Ahí fue que explotó. Estábamos destruidos. Muy cansados.

—No sabes lo agradecidos que estamos, de verdad, se lo deberemos por toda la vida entera —dijo padre, bajo su clásica fórmula diplomática, esta vez cargada de sentimientos extrañamente profundos.

—Bueno, claro, y la enfermera me estaba preguntando cómo es que Amaya no respondía a un remedio tan fuerte como ése. Es imposible que una persona relativamente sana no responda a algo tan fuerte. —A madre se le quebró la voz, se le cayó al suelo. No pudo decir nada más. Amaya habría querido abrazarla, pero apenas sí podía moverse. Se sentía como en estado vegetal, incapaz de hacer algo. Sedada, imperturbable, desangelada, resistente a todo: a madre, a padre, al haloperidol, a las visitas, a la lluvia que bien podría estar destrozando la ciudad entera allá afuera.

—A ver, mujer, concéntrate. ¿Qué fue exactamente lo que te dijo la enfermera? —quiso saber padre, quien ya sentía que tenía un caso clínico de medicina veterinaria entre sus manos, o una suerte de delito policial que tenía las dosis perfectas de sexo, droga y *rock'n'roll*, como en las peores novelas negras americanas, pero en Londres.

—Y es que le entendí la mitad de lo que me dijo. Ya sabes que yo con el inglés... Y tú estabas en el baño, por la mierda, justo en ese momento te fuiste al baño con el diario y no saliste como en media hora.

—Pero algo recordarás, algo habrás entendido. Por gestos, expresiones, yo qué sé.

—Bueno, sí, básicamente me quiso decir que mi hija debía tener un problema muy grande para no responder a este tipo de medicamentos. Me preguntó si solía tomar estas cosas, al menos eso le entendí. Luego hizo un gesto empujándose una botella e hizo con la nariz algo así como una persona jalando. Sacó un espejito y todo, fue atroz. Me dio rabia, ¿sabes? En el fondo me estaba diciendo si mi hija era alcohólica, drogadicta o algo. Hay cosas que se entienden aquí y en la quebrada del ají. No hace falta tener un máster en lenguas.

—... —Padre.

—No supe qué decirle. No supe. No pude. No hablo inglés.

Simplemente era la reacción que Amaya había tenido frente a los neurolépticos y no había más explicación. Su adrenalina no le permitía ceder ante nada. Los males que la estaban aquejando distorsionaban las reacciones químicas de su cerebro. Por eso, al fin y al cabo, también tenían que ver los males esos con el cuerpo entero, con su ser astral o incluso con eso que siúticamente algunos llaman corazón. Poco importaba qué se había metido la semana pasada y en qué cantidad.

Amaya se acerca al oído del anfitrión y por un momento vuelve a sentir que una ráfaga de deseo la invade, pero esta vez ya no está frontalizada y hay una parte de su cerebro que ahora sí está controlando sus impulsos, o al menos lo intenta. Le susurra que antes de venir a Londres, antes incluso del viaje a París, estuvo viendo una película. Parece esas viejas con demencia senil que hablan a sus nietos cosas incoherentes y ellos sienten miedo, no saben para dónde mirar. No obstante, el anfitrión le sigue el juego y le pregunta también en susurros qué película vio. Padre y

madre miran curiosos y fruncen mucho el ceño. Se inclinan como intentando alcanzar lo que susurran. *Enter the Void*. Ésa fue la película que vio junto a Aleix. Tres horas duraba casi. Quedaron muy perturbados los dos y luego no quisieron salir a ninguna parte. Se encerraron en la habitación, en su propio vacío seguro. Esa película la había dejado extraña, susceptible, sumida en una suerte de realidad paralela. Se lo cuenta en voz baja, como si fuera algo malo, intentando justificarse al mismo tiempo, como si en las películas pudiera encontrarse alguna explicación lógica a las cosas que ocurren en un hospital. Él la mira con ternura, de nuevo la ternura, y le dice que siempre ha querido ver esa película. Nada más.

Padre intenta romper el casi silencio que reina en la habitación, mientras madre rumia. Todavía no logra reponerse del hecho de que una enfermera extranjera haya insinuado en lenguaje de señas que su hija era alcohólica o drogadicta. Padre prende la televisión y le propone al anfitrión ver el partido del Chelsea contra el Barcelona. Es la *Champions League* o una de éstas. Gana el Chelsea, por cierto. Padres son felices con el triunfo, porque se sienten de lo más agradecidos con todo lo que venga de Inglaterra. Anfitrión vuelve a su casa, después de haberse deshecho de las luces de colores con formas de corazoncito compradas por Amaya en Camden. Luces artificiales, como las de los edificios de Tokio que aparecen en *Enter the Void*. O como el cactus que Aleix y Amaya iban a cuidar.



DÍA NUEVE

Fantaisie-Improptu in C-sharp minor
Chopin

Al día siguiente del triunfo del Chelsea ante el Barcelona la gente del hospital andaba tan feliz que te dejaron salir a dar una vuelta más larga por el *ground*. Otra vez el *ground*. ¿Cómo ibas a aguantarte la ganas de salir corriendo si llegabas a ver a un enfermo de manos flaquitas fumando al lado de su suero? Parecía que ya pronto se aproximaba tu liberación. Se acercaban los días para que te soltaran, para que te dijeran «puede volver a reinsertarse en el mundo de allá fuera», aunque sea desencajadamente. Para tener el ansiado alta.

Volviste a vestir tus zapatillas colorinches y a ponerte tu ropa. Te lavaste el pelo y lo desenredaste tú misma. Te pusiste muy poco brillo en los labios medio blancos y una gota del perfume que te habías comprado en el viaje. Tus padres iban tras de ti y cada uno te tomaba de un hombro distinto, madre el izquierdo y padre el derecho. La espera del ascensor fue menos larga de lo acostumbrada. Por el camino te saludaba gente que estabas segura que jamás habías visto. Te saludaban con efusión, como sólo pueden ser los ingleses después de un partido importante. Abrazos y manoseos, llegaste a recibir. Les impresionaba el buen aspecto que tenías. Seguro que te estaban comparando con tu versión al estilo *El exorcista*. Te miraste en el espejo del ascensor, pero lo único que alcanzaste a ver fue a tus padres, cada uno mirando para una esquina distinta, evitando el contacto visual del reflejo. Padre carraspeando como es su costumbre y madre riéndose sola como había empezado a ser su costumbre londinense. Se abrieron las puertas al paraíso del *ground* y de pronto todo se transformó en caos. Parecía el *fucking* centro de la capital. Miles de personas atravesándose por el camino y entre sí. Nadie chocaba, era como una coreografía moderna y primermundista donde cada uno sabía muy bien hacia dónde debía estirar el brazo o mover la espalda, estirar el cuello o dar un paso al lado.

«Hoy es día de semana. Por eso está así de lleno. Es que imagínate la cantidad de gente que trabaja en este hospital, Amaya», dijo padre. «Y los tantos otros que están hospitalizados —acotó madre— o vienen a hacerse exámenes.» «Si la salud fuese así allá, yo también me la pasaría en el doctor. Mira qué amenidad de lugar», siguió riendo madre. Tú dejaste a tus padres hablando atrás y avanzaste entre el tumulto. Sentiste que podías ser parte de todos ellos por un momento. Resultaban casi celestiales tus pasos avanzando por el lugar. El piso estaba reluciente y prácticamente iluminaba los rostros. Las luces caían en tu pelo recién lavado como si fuesen las del plató de un programa exitosísimo de la BBC. Las personas que recorrían el famoso *ground* seguían coreografiando el espectáculo y los vendedores de diario abrían el paso. Y como si fuera

poco, desde el segundo piso se escuchaba la voz de un piano tocando Chopin. La escena habría sido conmovedora si desde el otro lado de los vidrios, de las puertas giratorias, hubiese aparecido otra criatura celestial. Un hombre curado de sus dolores de cabeza y sus ojos azules más azules que nunca, con una mochila al hombro que lo podría haber llevado a cualquier lugar. Pero del otro lado no entraba nadie. Todas las personas de la escena ya estaban dentro y recorrían el recinto como si no necesitaran nada más. Tampoco apareció Björk dando vueltas en la puerta giratoria y cantando *It's all so quiet* ni nada por el estilo. Tus padres estaban un poco nerviosos. Ibas unos diez pasos por delante y en cualquier momento te perderían de vista. Podrías arrancarte o acordarte de algo. Pero eso no pasó. Al comprobar nuevamente que nadie venía, te diste vuelta y, tras chocar con un par de transeúntes y quebrar el idílico momento, volviste a donde estaban ellos. La coreografía se había terminado. Padre compró un periódico de cuarta categoría que tenía incluso mujeres en pelotas en la contraportada. Habrías querido que fuese *The Guardian*, pero no. Se guardó conforme el diario bajo el brazo y propuso que fueran a tomarse algo al café. Subieron siguiendo la voz del piano.

Arriba se sentaron en silencio, mientras sonaba *Fantasia Impromptu number 4 in C Sharp Minor*. Las manos del pianista podrían haber estado temblando; alguien podría haber estado haciéndole sexo oral sin que nadie se percatara, y eso, de los puros nervios y el frenesí, lo hacía mover los dedos más rápido. Luego ese mismo alguien podría haberle hecho unas cosquillas en los pies. Entonces sus movimientos se volvían suaves y juguetones. En definitiva, alguien tierno y descarnado al mismo tiempo podría haber estado debajo del piano. No podías sacarte de la cabeza la imagen, hasta que padre te interrumpió preguntándote qué querías. No tuviste duda, ni siquiera necesitabas mirar la carta: un chocolate caliente con un pastel de panqueque, chocolate cubierto en chocolate, sin frambuesas esta vez. El chocolate siempre alivia. Desde niña te gustaba esperar por las tardes a que padre pasara a buscarte a casa, el único día que se veían en la semana, y te llevara a comer pastel de chocolate a una cafetería de tu ciudad que no era ni tan rica ni tan linda, pero tenía muchas historias y era de color naranja, verde olivo y beige. Se pagaba antes de sentarse a la mesa. El Tavelli. Allí estaban todos los pasteles de la vitrina y tú escogías siempre el mismo. No hablaban mucho, o más bien se decían siempre las mismas cosas. No había más. Cada uno estaba abstraído en su mundo, comiendo su respectivo pastel de chocolate. Porque a padre también le gustaba el pastel de chocolate. Pero esta vez padre pidió un té y madre un cortado. Para conservar la costumbre, ni siquiera hablaron. Escuchaban al pianista y observaron cómo te comías el pastel, escandalosamente lenta y sin importarte quedar con la boca sucia y café.

Padre y madre se decidieron a romper el momento achocolatado y te contaron dónde solían tomarse su sopa de cada día, el almuerzo perfecto para estar casi un mes pagando en libras. Estaban flacos, no en los huesos pero flacos. La ropa que habían traído de Chile ya empezaba a quedarles grande. Decían que les parecía fantástico que en el casino de un hospital hubiera un piano de cola. Lo estuvieron celebrando por un buen rato. El sonido dulce del piano y el sabor medio amargo del chocolate derritiéndose en tu boca te hicieron sentir a gusto. No necesitabas nada más. La terraza del piso en El Raval, la que daba a la plaza de Viçens Martorell, donde se habían columpiado con Aleix, estaba a miles de kilómetros de distancia, cada vez más lejos. Desde la ventana de la cafetería del hospital sólo se podía ver la lluvia, el agua de una ciudad siempre lluviosa. La escena era algo sombría, pero el piano y el chocolate eran reconfortantes. Estabas justo donde querías estar. Al menos, lo que durara el pastel de chocolate bañado en chocolate.

Padre y madre, que prácticamente sólo iban a la iglesia cuando tocaban funerales, parece que no querían regresar a la habitación. Ya estaban aburridos de estar encerrados. No son acérrimos practicantes, pero de creer, creen. Padre es Demócrata Cristiano. Inventa que fue uno de los Trece, ésos que firmaron un decreto contra el Golpe el 13 de septiembre de 1973, justo dos días después de la catástrofe, del verdadero tsunami, medio desmarcándose de los máximos líderes del partido, como Aylwin y Frei. Lo hace para parecer más progre, para que ustedes lo quieran y lo perdonen. Es obvio que miente. Su nombre no figura en la lista de los Trece. Tu hermano no quería salir con él después de que se separó de madre, aunque éste le ofrecía helados, paseos por Fantasilandia o los Juegos Diana, sándwich gigantes en la Fuente Suiza, comidas en un restaurante italiano donde venía un carrito con los postres o cine para mayores de catorce. Al cabo de un año finalmente lo perdonaron y empezaron a salir con él a todas partes. No iban nunca a su casa, eso sí, porque les daba miedo encontrarse con su otra mujer y que madre lo supiera y terminara montando un justificado escándalo de proporciones. Salían a muchas partes diferentes para no tener que ir hasta su casa y verse obligados a conversar de lo que había pasado. Padre siempre sabía de exposiciones o conciertos gratuitos, de opciones baratas de cine arte o ferias familiares. Llevaba el periódico con todo subrayado y los acababa convenciendo. Se la dejaron pasar a padre, aunque no haya sido uno de los Trece y aunque se haya ido de casa de esa forma.

Propusieron entonces ir a darse una vuelta a la iglesia anglicana, que estaba en el primer piso del hospital. Tú, por tu parte, te habrías comido otro pastel de chocolate feliz, pero sabías que era inapropiado. Por mucho que estuvieras pesando prácticamente treinta y cinco kilos y estuvieras siendo parte de una campaña hospitalaria para hacerte subir de peso, no era conveniente pegarse un subidón a punta de puro chocolate.

La iglesia anglicana era fría como todas las iglesias anglicanas. Podría haber sido una sencilla casa de veraneo en El Quisco o en Las Cruces, pero había una cruz en el medio y un racimo de flores medio pobres bajo ella. Tenía forma de triángulo, la iglesia. Recordaste que alguna vez habían ido con padre, madre y tu hermano mayor a una casa así. Ustedes, los hermanos, dormían en el segundo piso y todos los días de las vacaciones, sagradamente como en las iglesias, te pegabas en la cabeza al levantarte por culpa de la habitación triangular. Te reíste para adentro. Si los ingleses estaban mejor que todos sus pares europeos podía deberse, entre muchas otras cosas, a que su comedido estilo no les permitía andar gastándose la plata en iglesias doradas y majestuosas. Aquí no brillaba nada. Todo era más bien en tonos verde opaco y burdeos, como los colores de los uniformes escolares en los opacos inviernos de Santiago. La cara contemplativa y de abnegación que tenían padre y madre era realmente sorprendente. Poco les faltó para arrodillarse en el suelo, pero ese gesto no iba con una iglesia anglicana. Los creyentes de aquí eran muy discretos, iban a ver a Dios como pidiéndole permiso, como disculpándose por quitarle parte de sus horas productivas. Resultó divertido que en ese contexto tan ascético de pronto se sintiera un rayo que estremeciera al espacio entero. Sólo había una mujer en la primera fila y salió corriendo como si ese rayo hubiese sido por su maldita culpa. Tus padres también se sobresaltaron, pero optaron por permanecer dentro. Aunque fría, esa iglesia era el lugar donde lograban sentirse más seguros. Se miraron con cierta cara de miedo: tú a padre, padre a madre, madre al cielo y luego todos al unísono dirigieron sus miradas a la puerta. Podrían haber estado en una película de suspenso o incluso de terror. Habían cambiado el género de drama francés, tras los cerca de veinte minutos en silencio comiendo pastel de chocolate con Chopin de fondo, por uno más activo y sorprendente.

Lamentaste no haber alcanzado a hacer nada. Si bien no creías en Dios, pensaste que podrías haber aprovechado el momento para conversar en silencio con algo o alguien que bien podrías haber sido tú misma. Tú misma «antes de» o tú misma allá lejos en la ciudad con mar. «Ése es el castigo divino, te viene a exorcizar, a quitarte el diablo», te dijo padre muy de repente, con ese típico manoseo o cariño medio torpe en tus hombros, con los dedos simulando una calavera viviente o algo así. Nadie pudo aguantarse la risa. El drama francés seguido del drama suspenso se había transformado en una banal comedia, tal vez uno de esos *remake* que hacen los gringos de las películas de terror. La lluvia se puso cada vez más insistente, no había forma de que se detuviera. Suerte que estaban allí dentro. Después de todo, un hospital con iglesia anglicana *inclusive* era un sitio seguro y tranquilo. Te imaginaste a los tres en el centro de la ciudad, en Picadilly Circus, por ejemplo, desacostumbrados al tiempo del norte, intentando guarecerse pegaditos a los escaparates de las tiendas y empapados enteros. Afuera seguían los truenos y relámpagos. Era difícil seguir conversando con Dios en tales circunstancias, así que se decidieron a abandonar el lugar.

Fuera de la iglesia, a un costado nada más, estaba la Unidad de Rehabilitación Sexual. «Allí estuvimos a punto de dejarte en algún minuto», volvió a bromear padre, quien se había puesto muy bueno para hacer chistes mientras madre se iba poniendo cada vez más buena para reír de la nada. Y es que «Amaya, hubo un momento en que de verdad andabas así como demasiado, cómo decirlo, hiperexcitable», se encargó de aclarar madre. Caliente andabas, más bien, y tú lo sabías. En algo recordabas la sensación, el calor permanente, las ganas de tirarte a cada uno de los doctores de ojos tan azules que venían a visitarte para intentar descifrar un diagnóstico certero. Fue tanto así que tuvieron que empezar a controlar esas visitas. No podía ser que reaccionaras de esa forma cada vez que intentaban avanzar en la investigación. Te creías que cada uno de ellos, de ojos siempre tan azules y manos siempre tan flaquitas y huesudas, podía ser Aleix. Sólo podían entrar enfermeras a verte, a las que siempre terminabas insultando por una u otra razón. Malditas rechuchas pariendo plagas de ojos azules envenenados, parecías decir entre dientes, mientras los doctores se te acercaban como exorcizándote. Y tú los habrías lanzado a tu cama y te habrías quedado dormida con las piernas abrazadas a ellos.

Ya era hora de tomar el ascensor de vuelta. Era tarde y no tenían todo el día para andar vagabundeando por ahí. La hora de comida, la cena, solía ser más temprano que lo acostumbrado en los hospitales. Y tú no podías quedarte sin comer, porque eso era grave para la campaña de engordamiento. Fue raro que al salir de la iglesia se detuvieran los truenos. De verdad los dioses estos deben de haber estado algo enojados con lo sucedido en los últimos días.

NOCHE NUEVE

Blackbird
The Beatles

Padre ha estado un poco enfadado los últimos días. No sabes si es por que se quiere volver a casa o está ya medio aburrido de «esta situación». Se le debe de estar acumulando un montón de trabajo. Te da rabia haber involucrado a padre y madre en tal barahúnda sin diagnóstico aparente, porque crees que no se lo merecen. Cuando los ves contentos, te sientes más tranquila y puedes pensar mejor. Entonces caes en la cuenta de que eso que lo tiene mal es otra cosa. No es el trabajo ni las ganas de sentirse en casa ni su exmujer ni la preocupación por tus hermanos chicos ni el hecho de tener que alimentarse a pura sopa ni el inglés ni el frío. Es que ha perdido su cuaderno. Y tú lo tienes escondido entre las hojas de un libro gigante que no puedes leer porque te mareas demasiado. Aprovechas que no tienes tanto sueño y que te han quitado la vigilancia nocturna. Vas al baño para no encender las luces. Te llevas un chalequito que te dejó madre en los pies de la cama:

Enumero en mi cabeza las cosas que me hacen sentir bien. Las repito hartas veces, dándolas vueltas, alterando su orden:

El té de canela

El arroyado de huaso

La limonada

Los partidos de la Champions y de la Liga Europea

La bandeja de correos

Los Beatles y su mejor canción: Blackbird

El 18 de septiembre

Manejar

Los ascensores de los edificios grandes

El olor del óleo

Las postales

La calle Bulnes

La plaza

Su risa

Los zapatos recién lustrados

Las palabras
Los puzzles de letras
El orden
Las fotos
La risa
La melancolía
Las vacaciones
Los aplausos
Los hoteles
La mesa puesta
Las ventanas
La carretera
Las aceitunas
Las películas orientales
Caminar
Los periódicos de otros países
La radio prendida
Cortar uñas
El whisky
Ser extranjero
La textura de las cicatrices
Limpiar
Arrancar botones
Ver el pronóstico del tiempo
Su risa
Su risa
Su risa
Su risa antes de todo esto
Hasta que me quedo dormido.

Y claro, cómo no, sueño que te ríes, te ríes mucho, casi rajándote, amontonando ahogos, suspiros, espasmos. Siento que podrías morirte y el sueño parece tan real. Te digo que te detengas, que por favor controles esa risa sardónica, diabólica y monstruosa que parece consumirte, gigante. Eres pura risa, tú ya no estás ahí, y te me mueres. Comienzo a sacudirte y a gritarte que pares ya. Intento demostrarte que esto es dramático, que no conviene reír, quiero que caigas de golpe de la risa al llanto, como un avión pilotado por un suicida y estrellado contra el mundo. No me importa. De llorar no te me morirás. Pero esa risa esquizoide es devastadora. Me pone de los nervios. Aprieto los dientes. Es el bruxismo. Te agarro con fuerza. Te suplico. Te zamarreo. Te grito. Te vuelvo a suplicar que por favor, por favor, por favor. Y entonces vas cediendo de a poco. Eres un globo desinflando sus humores. De un momento a otro pareces reaccionar. Dejas de ser el blakbird de los Beatles. Siento que te he despertado de tu universo paralelo y

fantástico de risa para traerte a éste. Por un momento me siento culpable, pero luego me alivia saber que no te me has muerto, que estás aquí, conmigo.

No vuelvas a hacerlo, te repito una y otra vez. Júrame, por favor, que no volverás a hacerlo, no caigas así en la risa frenética nunca más. Te limitas a asentir como una niña muy obediente, como una niña que no conoce ni de cerca el peligro, que jamás entendería de qué se trata el éxtasis. Sonríes sin ruido, ahora pareces una foto, y te levantas de tu silla. Sales corriendo hacia el patio de la casa donde estamos y que no reconozco. No es la de tu madre, tampoco es la mía ni la de tu hermano. Tal vez podría ser la tuya que aún no existe. Tu lugar en el futuro. No sé exactamente dónde queda. No podría decir a ciencia cierta si se trata de Londres, Barcelona o Santiago. Afuera, allí en tu patio, hay una mesa puesta con comida que apenas alcanzo a distinguir. Tú ordenas los platos, mueves servicios y fuentes, sirves agua o vino o zumo desde unas jarras. Esparces polvos encima. Condimentos, tal vez. De súbito, te giras y levantas los brazos como dándole la bienvenida a alguien. Un grupo de cinco o seis niños y niñas corren hacia ti. Los abrazas y le das besos a todos. A uno de ellos lo tomas en upa y te lo acomodas sobre las caderas. Te sientas en el borde de un estanque o una piscina, no lo sé, con el niño en brazos. Es como si estuvieras sentándote a esperar. Como si aún faltara gente por venir. Entonces me despierto, muy lentamente, abro los ojos apenas y casi ni siento las manos. Quedo en ese intermezzo entre el sueño y la vigilia. Intento mover los dedos de los pies, pero no me responden. Luego trato con la cabeza, pero menos. No transpiro y respiro poco hondo. Rozo el aire. Me entrego nuevamente a seguir durmiendo y caigo. Esta vez no sueño nada.

Habría querido soñar con algunas de esas cosas que me hacen sentir bien, y que tu risa sólo apareciera de fondo, sin estridencias, únicamente para saber que sigues ahí y que no te desaparecerás, no te desvanecerás con el tiempo y la risa. Los hijos son esas personas con las que simplemente uno debiera contar. Imposible andar imaginándose que se van a morir antes de ti, menos morir de la risa, es lo más absurdo a lo que ha llegado mi inconsciente. Soñar con la Champions o con un ascensor gigante o con pasar la tarde tomando limonada o con los Beatles en vivo era lo que habría querido. Pero nada. Ninguna imagen fue capaz de recogerse tras lo tuyo.

Leí alguna vez que la única muerte verdadera es la de uno. Cuando se te mueren los seres queridos parece una ficción, un cuento que alguien nos contó. Si pasa algo entrañable, por cierto que te dan ganas de compartirlo con esa persona que ya no está. Notas la ausencia, pero no es eso exactamente la muerte. Temo que te pase algo, que un día de éstos lleguemos al hospital y la sala esté vacía, así como ocurre en las películas, y de pronto llegue un doctora desde el fondo del pasillo. Y corte / Nosotros viajando a Chile con tus restos. Corte / La familia recibiéndonos en el aeropuerto y mi exmujer llorando aferrada al suelo como si así el tiempo no pasara por encima. Corte / Un funeral en un parque verde. Corte / Ver en la TV los Juegos Olímpicos de Londres y distraerse mirando un angelito que pasa cada vez que se menciona esa ciudad de mierda. Por supuesto que tengo esa fantasía, o esa pesadilla, casi todos los días. Pero eso no es conciencia de muerte. Eso es otra cosa. La muerte está en otra parte.

DÍA DIEZ

Scar Tissue
Red Hot Chili Peppers

Al día siguiente comenzaría lo que podríamos llamar, de manera muy dramática por cierto, la segunda parte de la vida de una persona. Uno acostumbra a leer entrevistas o conversaciones en *talk show* de intimidad donde grandes personalidades cuentan el antes y el después de sus vidas. Tú no eras una gran personalidad, más bien nadie te conocía, y sin embargo contabas con una de esas experiencias que podrían llamarse de hito, con las cuales la vida se divide en un antes y un después, como un accidente de avión, un detenido desaparecido plantado en el centro de una familia ausente, un cáncer fulminante del que se sale airoso, un giro vocacional o una enfermedad tan rara como lo que se puede experimentar frente a unos ojos ridículamente azules. Era el momento en que tomarías contacto con el mundo. Saldrías de ese hospital, y andarías dando vueltas todo el día por una ciudad que tendrías que saber reconocer, para luego volver al lugar que te aloja a cumplir con una suerte de reclusión nocturna.

Te trajeron la noticia con el desayuno: tenías permiso para salir durante todo el día y volver a las 18.30 de la tarde, una hora muy inglesa para terminar con el paseo.

El personal médico había mantenido en la reserva esta noticia, pues temían que durante la noche empezaras a maquinara extrañas ideas sobre tu paso por la ciudad o incluso averiguaras la manera de escapar al aeropuerto de forma limpia e impecable. Después de todo, por algo Borges en el *Aleph* (nada más desquiciante y perturbador) llama a Londres un «laberinto roto». Complicado sumergirse en un laberinto y encontrárselo roto. Eso bastaba para que sobreviniera otro ataque.

Te levantaste entusiasmada y te lavaste el pelo como por tercera vez desde que estabas hospitalizada. Decidiste ponerte una polera muy colorinche que no te habías puesto durante todo el viaje, tal vez porque no rimaba. Pero ahora sí, ahora sí rimaba e incluso daba ganas de cantar. Empezaste a recordar que habías alcanzado a conocer algo de la ciudad, una de esas fotos turísticas en los teléfonos rojos, el barrio de *Jack El Destripador*, Camden y poco más. Las cosas se habían precipitado demasiado rápido.

Padre y madre llegaron a buscarte con un entusiasmo excesivo, después de las líneas que, te imaginabas, se jalaban en el baño de visitas para poder soportar los días. Se entretuvieron comentándole a todas las personas que vieron que hoy por fin Amaya volvería a salir al mundo y podría ir familiarizándose con algo así como ser una persona sana, con el espíritu desentumecido. Pidieron permiso para regresar aunque fuera un poco pasadas las 18.30, pero no cedieron. Daban

vueltas por el pasillo sin pensar lo duro que podía ser para los otros enfermos pensar en cuánto les faltaba a ellos para el alta. Hay que ser cuidadoso en los hospitales porque, así como unos salen, hay quienes se quedan dentro. Es lo más parecido que existe a una cárcel, un lugar de paso pero al que algunos están condenados por un tiempo muchísimo mayor. O sencillamente para siempre.

El solo hecho de tomar el metro fue una odisea. Era difícil orientarse en un lugar como éste. Había muchas líneas de colores, recorridos que se interrumpían o engarzaban. Combinaron hasta llegar a Trafalgar Square. Era un punto central y desde allí podrían caminar a diferentes sitios. En el camino, padre y madre te contaron que un día los médicos los obligaron a ir a tomar un poco de aire. Si seguían escuchando las tonterías que hablaba su hija a mil kilómetros por hora, en versión bilingüe y sin detenerse ni un segundo, les dijeron, como un disco puesto en modo aleatorio y con repetición perpetua, acabarían por volverse locos junto con ella. Ése era un lujo que no podían permitirse. Entonces se fueron los dos de paseo, aunque ese día llovía como nunca. Se les dio vuelta el paraguas de tanto viento pero no les importó. Paseando tomados del brazo por la orilla del Támesis, tuvieron tiempo incluso para reír. Tomaron fotos que salieron empañadas y compraron algunos magnetos para el refrigerador con la cara de Shakespeare o uno de esos buscecitos rojos. Te los imaginaste diminutos, como esos personajes dibujados de un solo trazo en cuadros de óleo grueso, casi volándose con el viento.

Ahora la plaza estaba llena de gente. Había un reloj gigante donde se marcaba la cuenta regresiva para el comienzo de las olimpiadas. Había además un mercado de flores y unos puestitos con miel natural de distintos sabores: con chile, con whisky, con albahaca y con variadas frutas. Te acercaste a probarlas todas, te sentías incapaz de renunciar a alguna de ellas. Llevabas unos pocos *pounds* en el bolsillo y compraste dos girasoles. Se los llevarías a las dos enfermeras que estaban haciendo turno esta semana como una manera de resarcirse por lo mal que habías tratado en algún momento a sus colegas. Padre y madre estaban contentos y el día traía algo de sol. Estaba despejado e incluso por momentos se podía llegar a sentir una sensación de calor si se estaba más de diez minutos al sol. Te seguían de cerca, cuidando tus pasos, porque parecías una especie de Pinocho al que Geppeto recién le había dado la vida y se le hacía urgente descubrir el mundo. Les daba miedo que rompieras algo o te viniera un ataque de amor erótico incontenible por alguno de los desconocidos que merodeaban el lugar. Decidieron alcanzarte y sentarse un rato en las gradas donde al parecer se presentaría una obra de teatro o un evento de Amnistía Internacional. Querían ir de a poco, era necesario dosificar la emoción y tomar ciertos respiros. Tampoco era conveniente que te agitaras demasiado. La mente es divertida y nunca se sabe con qué extraños estímulos puede despertarse y hacer las más extrañas asociaciones, como si se pasara por un «laberinto roto».

Caminaron un rato. Estaba lleno de gente: grupos de despedida de solteros, familias gigantes, parejas, cursos de colegio o del jardín infantil, oficinistas y asociaciones de la tercera edad. Era como estar en todas las fronteras del mundo. Se escuchaban gran cantidad de idiomas distintos. Podrías haber estado justo en el centro del planeta, allí donde todas las guerras —grandes o chicas, visibles o invisibles— estaban a punto de suceder. El mundo duele en todas partes, léiste alguna vez.

Te acordaste de Aleix y te imaginaste que pudiste haber hecho ese viaje con él. Justo las cosas estaban empezando a arreglarse, o eso creías. Ahora irían tomados de las manos y probarían juntos las mieles de distintos sabores. Él te haría cariño en el pelo mientras tú le estarías haciendo

cariño a un perro que anduviera paseando con sus amos. Se tirarían agua o helado encima y esas cosas que hacen las parejas relativamente normales y atontadas. Pero ustedes no eran una pareja normal, para nada. De hecho, ni siquiera podrían haberse llamado lo que se dice una pareja. El último día que habían estado juntos había una huelga general, una protesta grande que inmovilizaría la ciudad, el 27M o uno de esos nombres con que los españoles denominan la subversión y las desgracias. Ustedes se sentían como en el apocalipsis y les gustaba. Les gustaba el peligro, vivir al borde, a punto de quemarse a lo bonzo, en amenaza constante. Aleix preparó un pescado con espárragos y arroz basmati, la especialidad de un cocinero poco experimentado. Luego buscaron una música en Spotify y se pusieron a follar antes de que llegara alguien, antes de que llegaran las amigas con las que viajarías. Lo hicieron rápido, acelerando el clímax y omitiendo mayores preámbulos. Aleix quiso encerrarse pronto en su habitación porque le cargaban las despedidas, aunque supuestamente se tratara sólo de una semana. Te dio un beso en la frente y se fue a instalar delante de su computador. Ni siquiera se despidió antes de que partieras de madrugada junto a tus amigas al aeropuerto de El Prat. Decidió no mandarte ningún *whatsapp* ni mensajes por Facebook ni *mails*. Debía dejar en claro que el hecho que te cocinara su plato estrella no significaba nada. Tu energía estaba muy baja y llevabas encima ese miedo que es capaz de destruirlo todo. Realmente no querías viajar, pero ya era tarde para arrepentimientos.

Sin poder contenerte, divagando en tus recuerdos a corto plazo, se te arrancaron más de un par de lágrimas. Las disimulaste como pudiste, pero padre y madre alcanzaron a notarlo. Decidieron dejarte y esperar a que se te pasara. Continuaron su táctica de caminar unos quince pasos detrás de ti.

Padre y madre estaban también preocupados por tu hora de comida. Últimamente te habías transformado en una viejita que almorzaba cerca de las 12.30 del día porque, claro, si tomabas el desayuno a las 6.30, a las 12.30 ya estabas desfalleciendo de hambre. Te propusieron ir a comer algo por ahí. Encontraron un restaurante italiano con buena pinta y que no se veía tan caro. Padre y madre se pidieron una botella de vino. Tú hubieses dado cualquier cosa por una copa. Pero no, eso sí que no se podía. Ni siquiera café o Coca-Cola podías tomar. Te pediste unos ñoquis con pesto y un zumo de piña. En un momento madre se levantó al baño y padre fue a pedirle un cambio al mozo en la orden porque madre había visto el plato de la mesa de al lado y le pareció más interesante. Y como madre no hablaba el inglés, tuvo que ir padre cual Príncipe Azul al rescate de su dama. «Maldigo a las rechuchas sus madres que nos parieron y sus putos ojos azules», se te escapó de nuevo. Eso había sido osado. Te dejaron sola frente a un zumo de piña con tres hielos y el mantel de cuadritos rojos con blancos. Te pusiste a jugar con los cubiertos y viste que en la mesa de enfrente alguien te miraba con cierto rechazo. Qué era esa pendejada de jugar con los cubiertos. Decidiste ignorarlo y pensaste que sería maravilloso haber quedado al menos con una secuela de todo lo sucedido: esa fuerza inusual, producida por la adrenalina, con la que eras capaz de pegarle y apartar de encima hasta unas seis personas al mismo tiempo podría haberse quedado contigo para siempre. Habría sido fascinante poder eliminar todo lo que te molestara simplemente con un golpe, sin tener que mediar palabras ni razones. Como creer en la lucha armada, como creer en la insurrección. Pero tú tampoco eras tan así. Fue en eso que se puso a sonar por la radio *Scar Tissue* de los Red Hot Chili Peppers. Era tu grupo de la adolescencia. Los fuiste a ver las dos veces que fueron a Chile y terminaste completamente alucinada, saltando por toda la cancha y fumando marihuana de mala calidad. Te pusiste a cantar en murmullos y empezaste a jugar con el cuchillo, pero esta vez sobre tu brazo. Estabas llena de moretones y era agradable sentir algo frío

sobre la piel. Fue entonces que reparaste en tu cicatriz, *scar tissue*. Era obvio que por mucho que se pusiera suave con el tiempo, no se te saldría nunca. Preferías que así fuera, en cualquier caso. Era la marca que te habían dejado las agujas, un pequeño relieve rosado que, te imaginaste, podía ser un alacrán que te defendería de cualquier peligro desde ahora. Tenía una función mnemotécnica, además. Para eso servían las cicatrices, para encontrárselas cada día al entrar en la ducha y refrescar la memoria. Recordaste que la habías bautizado, de hecho, como El Alacrán. Se te vino a la cabeza el proverbio hindú ese que habla de la naturaleza del alacrán: picar. La tuya, en cambio, era amar. Pero igual había que defenderse de alguna forma.

Padre y madre volvieron de sus trámites a sentarse a la mesa. Comieron conversando de la época en que ibas a ver a los Red Hot Chili Peppers. Ellos reconocieron la canción en seguida y se acordaban de que a tu hermano también le gustaba este grupo. Padre dijo que te había traído el cassette ese naranja, el *What Hits!*, de un viaje que había hecho a Ciudad de México. Lo tuviste antes de que llegara a Chile, donde las novedades y las reformas de ley siempre estaban llegando bastante tarde.

Acordaron que luego de comer irían a Green Park. Allí estaba lleno de ardillas que le encantarían a Amaya porque se le parecen hasta un poco. Pero padre cayó en la cuenta de que estaban al lado del museo, que por qué no aprovechaban para entrar si, total, era completamente gratis. A madre no le hizo mucha gracia la idea. Le parecía sobrestimulante para Amaya. Ella sabía que tú eras sensible a esas cosas y te demorabas el doble de tiempo de lo normal, por lo cual siempre acababas perdiéndote del resto. Con todo, el deseo de padre y la cantidad de tiempo del que disponían los llevó finalmente a la National Gallery. Se levantaron del restaurante y te fuiste caminando tras tus padres, no sin antes tirarle tus cubiertos al de la mesa que te había mirado feo y susurrarle *fuck you* al lado de la oreja. Era evidente que todavía debías de estar medio frontalizada porque no era normal que actuaras de esa forma, que te importara tan un comino lo que podía pasarte de vuelta. «Maldigo a las rechuchas sus madres que los parieron», definitivamente.

Caminando por el museo reparaste con gran asombro en *Still Alive: An Allegory of the Vanities of Human Life* de Harmen Steenwyck. Ver este cuadro te impresionó. Ya estabas un poco cansada e ibas pasando las crucifixiones de Cristo y los mitos griegos como si fuesen los semáforos de la calle, pero de repente te detuviste ante esa rara figura. Te arrebató la luz que caía a la escena desde una esquina, una luz nítida como sólo a los holandeses y sus claroscurios les puede salir. Allí, sobre la mesa, había una caracola, una flauta, unos pañuelos, un jarro, un libro, un cronómetro y otras cosas inverosímiles. Al centro de todo, la calavera, la vanitas. La muerte como la gran verdad, lo único cierto entre todas las otras cosas. La luz perfecta cae sobre la cabeza de esa calavera y tú, Amaya, suspiras aliviada de haberte salvado, de que esa luz no te haya caído encima. En tu cuadro habría libros, la música, el cronómetro y la caracola de la ciudad con mar, pero te saltaste la muerte por esta vez. La tienes más cerca, perdiste una vida. Si fueras gato, te irían quedando sólo seis. No está mal. La muerte se te instala más cerca, aparece como algo que puedes ver incluso paseando por la National Gallery tras estar a punto de caer en la estadística común y corriente de los internos del *Intensive Cares*. Piensas que tal vez acabarás de comprender esto cuando te mueras de verdad, cuando seas una calavera sobre la mesa de un cualquiera. Padre y madre te tironean para apartarte de ese cuadro, pues les parece siniestro y no quieren que empieces a fantasear en pleno museo.

Continúan el recorrido y, de casualidad, pillan unos cuadros de Goya que vienen del Museo

del Prado. Te imaginas como ese Saturno devorando a sus hijos. Los ojos saliéndose de sus cuencas, el pelo revuelto y enredado, la fuerza de sus músculos, la boca abierta hasta decir basta, la voracidad, la furia, la metamorfosis monstruosa. Así pudiste haberte visto. Horrible y desgarradora. Miserable y poderosa al mismo tiempo. Devorándote lo que creaste, ese hijo sin nombre que pudiste haber hecho con Aleix, los monstruos salvajes que nacían con su unión y arrasaban con todo. Se les multiplicaban por la habitación y trepaban las murallas. De tanto follar, día y noche, sin parar, en todas las posiciones, por toda la casa, un semen ya casi invisible porque no daban más, el frenesí de caer juntos y volver una y otra vez, sin preocuparse de los monstruos que pisaban o herían con sus cuerpos porque saldrían más. Era como una plaga. *A pandemic*.

En tanto, padre y madre observaban la pintura de un doctor del siglo xvii con toda su indumentaria. Un cuadro oscuro, casi místico. También te llamó la atención, y decidiste acercarte sin que se dieran cuenta. Los escuchaste al pasar de un tal Josep Dalmau. Resultaba curioso que fuera catalán. Eso lo supiste al día siguiente, así que en ese momento sólo debías memorizar el nombre. Te resultó más fácil que memorizar un número de cuatro dígitos. Les pedirías el computador para escribir sólo un par de *mails*, porque ya te habían dado permiso para reestablecer algunas comunicaciones, pero sin sobreexigirte, que podía ser peligroso. Aprovecharías el momento en que ellos fueran a tomarse su sopa del día. Directo al Google y, entonces, aparecería el médico catalán. «Profesor ICREA (Institución Catalana de Investigación y Estudios Avanzados) en el Instituto de Investigaciones Biomédicas August Pi i Sunyer (Idibaps) y el Hospital Clínic, de Barcelona, y profesor de Neurología en la Universidad de Pensilvania, en EE.UU.» Apenas podrías seguir leyendo, se te cruzarían las frases sin terminar de armar algo coherente, te marearías incluso: «comportamientos reprobados socialmente», «frontalización», «anticuerpos que se vuelven contra el propio organismo», «intubación y ventilación mecánica». «Proceso infeccioso, traumático o autoinmune». ¿En cuál de esas tres opciones cabías tú? Y es que tal vez no eran excluyentes. Después de todo, una llevaba a la otra y la otra a la una. Era algo circular, como la mayoría de las cosas. Sistémico.

Ese día sólo te quedó la sensación de la vanitas sobre la mesa y Saturno comiendo a sus hijos. Se fueron de vuelta al hospital conversando animadamente, pero tú guardaste silencio. No sé por qué a tus padres no les importó. Tal vez pensaron que habías quedado con esos arrebatos de Stendhal. No es más que la impresión de la belleza, la belleza del reencuentro con el mundo multiplicada por mil gracias a la colección de la National Gallery, debieron de haber pensado. Pero tú ibas en silencio porque no querías perder ese nombre tan catalán. Josep Dalmau, Josep Dalmau, Josep Dalmau, repetías una y otra vez.

Volvieron al Charing Cross Hospital a la hora acordada. Padre y madre se fueron de vuelta a su alojamiento un poco extenuados. Después de todo, al margen de los tres primeros minutos de *Scar Tissue*, no te habían quitado los ojos de encima. Te trajeron la comida, un Sunday roast con pudín Yorkshire, luego el *pinch* de sangre, y a dormir.

DÍA ONCE

St. James Infirmary
Allen Toussaint

Les tocaba nuevamente salida diurna, libertad condicional, reclusión nocturna o como quiera llamársele. A padre lo había llamado el hijo de un colega veterinario, un psiquiatra que llevaba unos diez años en Londres y ya estaba acostumbrado a que se oscureciera a las cinco de la tarde gran parte del año. Se había instalado en Exhibition Road junto a su mujer, también chilena, y la pequeña hija que acababan de tener hacía menos de un año. Vivían en un departamentito pequeño pero muy bien ubicado, justo en la calle donde están todos los museos de objetos más raros que las mismas vanitas: como el de Historia Natural o el de la Reina Victoria. Tras darse una vuelta por los museos de ciencia que tanto entusiasaban a padre, se juntarían a almorzar con la joven familia.

En uno de esos dos lugares, mientras padre estaba mirando las proporciones de una ballena azul o los tiranosaurios Rex, Amaya se puso a pelear con madre. Era imposible que estuvieran tantos días sin tener una sola discusión. Fue todo a partir de unos panoramas que madre ya estaba organizando para ir a la playa, pues tal como iban los días era muy probable que pronto le dieran el alta. Se la notaba contenta y Amaya no podía entender que le hiciera feliz ver cómo ella debía postergar sus planes, abandonar el lugar donde creía haber sido más feliz que nunca para volver a un país que no soportaba. Un odio adolescente hacia ese maldito país donde te miraban con desconfianza si no hacías lo que ellos querían, donde era normal que alguien te envolviera con miles de bolsas plásticas las compras del supermercado, donde tener una casa y un auto asegurados contra robos, incendios y penurias era fundamental, donde sin una AFP y un ahorro provisional voluntario eras un perfecto imbécil, donde la gente se enorgullecía al decir al final del día que andan «full pega», porque el trabajo los dignifica de una manera ridícula, a lo Monseñor Escrivá de Balaguer, donde nadie puede permitirse pasar por alto lo que se dice en la tele y el que está al lado, y al lado del de más al lado, donde el paseo de fin de semana está lejos de ser la calle de los museos gratis, donde se fuma muchísima marihuana porque no hay manera, donde poco les importaba lo que pueda suceder tras esa cordillera aplastante y ese mar indómito, donde todavía no se hacía justicia y la gente de los hospitales se moría a cada rato sin que a nadie le importara, donde había que hipotecar la propia vida para poder pagar una universidad mediocre, donde la gente se estaba empezando a casar joven porque les parecía así como divertido, donde había una obsesión por la vida adulta como si fuera la gran maravilla, donde se le agrega una *t* a la *ch* para distinguirse de la mayoría y porque piensan que suena mejor —cuando en realidad

suenan fatal—, donde se fantasea todo el año con las fiestas patrias porque es el único momento para relajarse y luego en las vacaciones de dos o tres semanas de verano y el concierto de primavera en que te cobran el triple de lo que realmente debiera costar. La pelea también era adolescente. Se gritoneaban en chileno mientras padre les decía que bajaran la voz, que fueran a ver la simulación de *earthquake* que había en el último piso del museo. Allí aparecía Chile en una nota al pie de página: el país sísmico. Todos se metían en la cabina felices de haber experimentado por una vez en su vida lo que era un terremoto. Y a Amaya le hizo gracia. A ella le gustaban los terremotos y era rico vivirlos, aunque fuera cruel pensarlo así, pero daría lo que fuera por cambiarle la nacionalidad a cualquiera de esos ingleses medio desabridos para que ellos tuvieran la emoción de vivir uno de esos movimientos telúricos, aunque fuera una vez cada diez años.

Después de la simulación de terremoto, se relajaron un poco y decidieron salir a encontrarse con el psiquiatra. Tal vez él podría ayudar a Amaya a entrar en razón y darse cuenta de que lo más conveniente era que volviera a su país, aunque lo odiara con toda su alma, como en realidad se odian las cosas que más queremos y nos perturban. Pasaron por las tiendas de *souvenirs*. Amaya compró una pelotita de colores para apretar cuando estuviera nerviosa y padre compró regalos vistosos para sus hijos de Chile, los que vendrían siendo medio hermanos de Amaya.

Se encontraron con la familia chileno londinense en un restaurante de esquina, de esos de bordes verde oscuro y barras puestas al exterior para tomar cervezas hasta caer al suelo. Se saludaron efusivamente como si se conocieran de toda la vida. Amaya miró extrañada a este hombre que, da la casualidad, también tenía los ojos azules. «Nosotros nos conocimos el otro día, pero probablemente tú no te acuerdes», dijo. «Todavía estaba mal en ese momento», aclaró padre. «Sí, muy mal ese día, fue como un retroceso», quiso complementar madre. Amaya sólo atinó a decirle gracias, «gracias, por todo». «Me confundiste con otra persona, ¿te acuerdas?», insistió el psiquiatra residente. Cómo no, claro que lo recordaba. No era muy difícil de deducir. Últimamente confundía a todo el mundo con la misma persona.

Por recomendación del local, pidieron platos típicos donde se colaba uno que otro sabor hindú y eso no estaba nada mal. *Fucking* colonialistas del orto. Amaya se pidió un *chiken tikka masala* y el resto siguió la costumbre del *Sunday roast* o el *fish and chips*. Mientras ellos se bebían sus jarras de cerveza rubia y negra gigantes, Amaya pidió un té para soportar el curry. Hacía tanto tiempo que no experimentaba cosas intensas, que hasta el curry podía llegar a ser demoleedor.

Bastó un gesto técnico de padre para que el psiquiatra residente comenzara su *speech*. Fue como un pase de fútbol. Le dijo que era importante que tomara conciencia de lo que había pasado, que no podía tomárselo con liviandad porque estaba comenzando una convalecencia que podía durar hasta ocho meses según los estudios de caso. «Tu recuperación ha sido sorprendentemente rápida, así que tal vez te tome un poco de menos tiempo»...«No lo sé, es imposible saberlo. Sólo tú lo vas a saber. Un día te vas a dar cuenta de que, si te pones a bailar moviendo la cabeza en círculo, ya no te mareas, y después vas a poder saltar»...«Sería ideal que comenzaras nadando»...«De a poco te vas a dejar de marear cada vez que tomes un libro»...«Vas a ver que llegado un momento sí podrás memorizar un número telefónico, aunque hoy en día ni falta que hace»...«Debes estar en Chile, es lo mejor para ti, para nadie más que para ti»...«Necesitas contención, estar protegida, terminar de entender lo que te ha venido a pasar». Y lo que caló más hondo en Amaya, mientras se atragantaba con un pedazo de pollo y luego se quemaba el paladar

con el té hirviendo: «No lo sé. Hay un principio de incertidumbre en todas las cosas. Vas a tener que aprender a vivir con ese principio. Nunca vamos a saber lo que realmente te pasó, ni tú ni nadie. Esta ciencia es imperfecta, Amaya, has de saberlo.» Todos guardaron silencio y volvieron la vista a sus platos. Debieron de estar así unos cinco minutos. Incluso la persona más sorda habría podido escuchar el sonido de los cubiertos contra la loza, la carne que masticaban y la saliva que tragaban. Hasta que llegó el mozo y les ofreció rellenar sus jarras de cerveza. Fue la única manera de recuperar el habla, pero Amaya no, no pudo recuperar el habla, porque básicamente no podía tomar cerveza. Entonces el psiquiatra residente remató su explicación aconsejando a Amaya que comprara un boletito del Euro Millón. Había estado a punto de morir y lo único que podía esperar, con esa suerte de haberse salvado y estarse mejorando tan rápido, era poder echarse unos cuantos millones al bolsillo.

Por la tarde pasearon por el barrio y sacaron un par de fotos familiares. Anduvieron por el Princes Garden y por calles pequeñas donde estaban las dependencias del Imperial College, donde la pareja había hecho sus respectivas especialidades médicas, psiquiatría él y neurología ella, completamente *ad hoc*. Él quiso enseñarle a Amaya el Royal College of Music y le dijo que de vez en cuando iban allí a escuchar conciertos de música docta contemporánea. A los médicos les encanta sacar a relucir su sensibilidad artística y eso era lo que estaban haciendo. Su hija recién nacida dormía plácidamente en el coche y la mujer conversaba con madre lo dura que era la maternidad, que ella se podía llegar a morir si a su hija le pasaba lo que a Amaya le había pasado, o más bien, le estaba pasando.

Luego de intentar sacarle una foto a una ardilla escurridiza por casi una media hora, decidieron que tenían hambre nuevamente y fueron al café del Victoria & Albert Museum. El psiquiatra residente dijo que era hermoso y que realmente valía la pena hacer una parada allí. Se dieron unas vueltas rápidas por el ostentoso museo. Luego subieron al último piso y allí, al costado del inmenso salón, nuevamente un pianista. Era algo habitual por estos lares, al parecer. Mucha Royal College, tal vez. Era un salón antiguo lleno de vitrales de colores, umbrales hedonistas, techos medio bizantinos, lámparas hechas como de espuma y pilares repletos de detalles *art déco*. Buscaron un lugar cómodo y se pidieron unos *jam roly poly* y unos *sticky toffee* para combinar. La afición por el chocolate seguía siendo ansias en Amaya, quien optó de nuevo por pedirse un chocolate caliente. Conversaron de costumbres inglesas y de cómo se llevaba la vida en ese barrio, de lo duro que a ratos era vivir lejos de la familia y el hogar, y de a qué mierda podría dedicarse una persona que había estudiado letras hispánicas. Vaya inutilidad. Y ellos que eran tan imprescindibles para la humanidad y la animalidad juntas. Cómo le hubiese gustado a Amaya ser la hija recién nacida en Londres que descansaba en su coche. Podría decirse que en alguna medida lo era, pero desde una perspectiva excesivamente metafísica como para llegar a sentirlo como algo cierto. Amaya no puede dejar de mirar a esa guagua que no es ni tan linda ni tan tierna, pero es guagua. Está a salvo de todo. Tiene una cabeza gigante que no le queda muy bien, pero está a salvo de todo. Entre tanto, para alternar la vista y no comerse todos los *roly poly* que han pedido, sorbetea su chocolate caliente y se imagina que es una dama de los locos años veinte, cuando casi todo estaba permitido.

Quiso ir al baño, de pronto, porque nada que le gustaba más que conocer los baños de los lugares a los que iba. Era un espacio de intimidad donde, además, siempre podía pasar cualquier cosa. Es normal ver en las películas que allí van las parejas que quieren follar escondidas del resto, las relaciones prohibidas o innombrables; también se asesina a la gente sin que nadie se dé

cuenta; algunas personas se drogan para disimular su vida fuera del baño; los hay quienes vomitan y también los que van a llorar desconsoladamente para luego limpiarse las lágrimas con harta agua y jabón y finalmente secarse la pena en esos aparatos automáticos que echan aire caliente. Por supuesto, el baño era maravilloso. Todo de cerámica colorida y azulejos en las paredes. De las esquinas colgaban unos audífonos desde los que sonaba una música medio *nujazz*. Al salir del lugar, pudo ver que justo enfrente, en el baño de hombres, había un tipo apoyado en el sanitario con la mirada gacha y tomándose la cabeza como si hubiese hecho algo terrible, inconfesable, que no se perdonaría jamás. No había nadie más alrededor y Amaya se quedó mirándolo escondida tras la puerta, aguantando las ganas de ir a consolarlo y encerrarse en el baño con él, tal vez para siempre. Quedarse a vivir en el Victoria & Albert Museum y comer cada día *fairy cakes* no podía estar tan mal. Algo le dolía a ese hombre, eso podía notarse a kilómetros de distancia. Si Amaya hubiese sido bruja, podría haber visto una sombra negra que lo aplastaba y le hacía doblar la espalda, que le presionaba la cabeza hasta reventársela. Imposible no acordarse de Aleix. Por suerte, al chico del baño no podía mirarle los ojos, que probablemente eran azules, porque tenía la mirada perdida en otra parte. De haberlos podido mirar, habría corrido hasta él a intentar consolarlo, lo habría confundido y tal vez se habría desencadenado toda la pesadilla de nuevo.

Cuando a Aleix lo tomaba una de esas cefaleas no podía ni dormir. Se iba a su camarote, apagaba la luz y se quejaba con alaridos guturales estremecedores. Daba vueltas sin lograr conciliar el sueño y pegaba un aullido de rata si es que a alguien se le ocurría entrar para intentar ayudarlo. Tras cada una de esas extenuantes veladas, Aleix pedía hora al neurólogo de su pueblo, donde estaba inscrito en la Sanidad. Partía el fin de semana e iba a sus sesiones los lunes. A Amaya la desesperaba que no llegara los domingos por la noche, el momento en que más se necesita al otro. Es ahí cuando se forja el carácter, es cierto. Y luego ver que tampoco llegaba el lunes, ni el martes, ni el jueves o hasta el lunes siguiente. Esto sólo le producía más y más ansiedad. La famosa limerencia, pensarán. La maldita ansiedad que desquicia. Recibía un par de *whatsapp* del tipo: «No lo llevo muy bien/ Creo que esta semana será mejor que me quede en el pueblo»...«Me acordé de ti cuando estaba dentro de la maquina del scanner»...«Hey ¿qué tal?/ Me acabo de comer un helado gigante, aunque el perro se comió la mitad»...«No he podido leer lo que me mandaste/ Imposible con estos dolores que te cagas». En su trabajo ya ni se molestaban en saber dónde había andado. La empresa quebraría de todas formas, así que daba igual. Amaya intentaba olvidar que él existía en alguna parte y se esforzaba en imaginárselo como una máquina, como una voz en el computador o en el celular, como esa película, *Her*. En la vida había tenido que hacerse un escáner, menos un electroencefalograma.

La primera vez que entró en esa máquina que parecía un ataúd futurista, en Londres, se imaginó que estaba en una mala fiesta electrónica o en un espacio aún no descubierto por la NASA. Se imaginó siendo Aleix acordándose de ella. Ambos habían comenzado a encerrarse. Y es bien sabido, según la segunda ley de la termodinámica, que todo sistema aislado o cerrado procederá espontáneamente en la dirección de un creciente desorden. Pérdida de calor. La energía de sus cuerpos medio disuelta en el espacio. Pura entropía eran los dos juntos. Imposible que alguna parte del sistema no colapsara. Eran atávicos, atados a teorías poco modernas y alejadas de la regulación, la apertura, la armonía y todas esas cosas que quizás los habrían ayudado, o al menos, mantenido sanos.

Amaya decidió dejar a ese chico del baño de hombres abandonado a su suerte, aunque no hubiera alcanzado a mirarle los ojos obviamente azules, y volvió a encontrarse con padre, madre y la pequeña familia chileno-inglesa. «Maldigo a las rechuchas sus madres que nos parieron y sus putos ojos azules.» Todavía le quedaba la mitad de su chocolate caliente y un trocito de *jam roly poly* que le terminó regalando a padre.

DÍA DOCE

Pieces
Bonobo

El último día de paseo diurno decidieron ir al cambio de guardia del Palacio de Buckingham. A padre le encantaban esas cosas así medio ceremoniosas. Sacó miles de fotos cortadas, con pedazos de cuerpo de turistas muy rubios y colorines. La ceremonia era corta pero larga la espera, así que estabas cansada. Habrías preferido perder el tiempo intentando sacarle fotos a las ardillas. En la mañana les habían informado de que ya estabas lista para el alta. Por la tarde, te harían algunos exámenes que son parte de las rutinas de salida y al día siguiente ya podrías estar tomando un avión junto a tus padres hacia el lugar del que eras, en el que habías nacido para mejor o peor suerte. Padre y madre estaban felices. Al fin él podría volver a su trabajo. Le esperaban miles de reuniones y cumplir con su función de padre proveedor presente y colaborativo en su familia de niños chicos. Y ella, por su parte, estaría encantada de convertirse en tu chaperona, prohibiéndote el consumo de caféina y alcohol, controlando tus llegadas a la casa como máximo hasta las doce de la noche, cual Cenicienta pero sin vestidos de lujo ni carrozas de calabaza. Allá nadie te haría una fiesta, a pesar de las recomendaciones de los doctores que insistían en que esto había que celebrarlo, porque no acostumbraban a organizar bienvenidas. Les bastaba con tenerte allí. Por lo demás, una fiesta en este momento habría sido un despropósito. No podías hacer ninguna de esas cosas que la gente suele hacer en las fiestas: ni tomar alcohol, ni fumar cigarrillos, ni meterte drogas, ni bailar con demasiado entusiasmo, ni hablar cabezas de pescado que pudieran desencadenar delirantes asociaciones ni muchos menos enamorarte.

Cerca del lugar donde se cuadraban los caballos con sus jinetes viste a un viejo de unos ochenta años con sus dos nietos de ojos azules, una parejita de niños blanquitos que jugueteaban alrededor del abuelo, acercándose de vez en cuando a darle un beso o colgarse de su cuello. No había nada en el mundo que te enterneciera más, aparte de los perros, que mirar a los viejos. Se te llenaban los ojos de lágrimas de manera automática y sentías unos deseos incontrolables de ir a abrazarlos y derretirte con ellos. Habrías querido ser uno de esos niños impecables. Abrazar a ese viejito y morirte con él o algo así. Como cuando uno sueña con sus muertos. Siempre llega un punto en que puedes tocarlos, que en la vida real es lo único que no puedes hacer con la gente que está muerta, porque sí puedes hablarles y mirar sus fotos. Sucede que ése es el momento de máximo clímax del sueño. Luego abrazas al muerto, y entonces se desvanecen, haciéndote ver dentro de la mismísima fantasía que ni siquiera en esa dimensión puede olvidársete que en realidad esa persona está definitivamente muerta. Ahora podrías decirle a ese viejo, por ejemplo,

que tú también sabes lo que es estar a punto de morir, aunque apenas te hayas dado cuenta de cómo puede llegar a pasar algo tan rotundo como eso.

Sabías que en algún momento cuidarías de tus papás cuando estuvieran viejitos. Sabías que te harías cargo de eso, sentías que te correspondía y serías incapaz de no asumirlo. A ti te estaban cuidando como si fueses una viejita, ayudándote a bañarte, a vestirse, a comer, a lavarte los dientes. No había nada más antinatural, contra toda ley mundial, que esta rara inversión de los papeles, así que sería necesario buscar la forma de recomponerlo. Te enternecían las canas de padre, y cuando estabas mal, loca, parecías empecinada en arrancárselas una a una, como tratando de rejuvenecerlo, a pesar de que te encantaba así de viejo. Se las habrías sacado todas y las habrías guardado para siempre entre las hojas de algún libro que leerías una y otra vez.

Finalmente tuviste que despegar la vista de la escena porque padre te agarró de un brazo para que tomaran una posición privilegiada frente al espectáculo. No pudiste ponerle atención al cambio de guardia. La monarquía y sus protocolos eran menos importantes que mirar al viejo con sus nietos. Sin embargo, había mucha gente y ellos ya habían desaparecido de tu campo visual. Ya estaban muertos. Nunca más en tu vida volverías a verlos. Tras el breve *show* de caballos y marchas marciales, se comieron unas manzanas caminando por el St. James Park y se pusieron a tirar piedrecitas al lago artificial que había en medio.

—Qué lindo día hace, ¿no? —dijo padre, como esperando sacar alguna conclusión en familia acerca de lo vivido.

—Muy lindo —estuvo de acuerdo madre.

—Como que hasta me da un poco de pena que nos tengamos que ir justo ahora, cuando empieza el buen tiempo, antes de los Juegos Olímpicos incluso.

—Ya, pero puedes imaginarte lo caro que se pondrá todo. Más caro de lo que está. Es verdad que uno se termina acostumbrando y agarrándole incluso cariño al lugar, pero nunca para tanto.

—Eso es verdad.

—Yo ya me quiero volver a casa. Ya es hora de volver a casa, para todos —dijo madre, como si se tratara de una sentencia, la última.

—Yo supe desde el primer día que llegué que me quedaría por más tiempo aquí. Quiero decir, no es algo que haya planeado. Pero, ya ven, en principio venía sólo por dos días, y la verdad es que me parecía poco. Y al final me terminé quedando más de un mes —dijo Amaya, como aferrándose un poco a ese lado del hemisferio donde hay muchos más países y tantísimas más lenguas—. Es raro, ¿no? Fue como una intuición. Me acuerdo perfectamente de la primera vez que tomé el metro desde el aeropuerto a encontrarme con Raimundo. Me dije a mí misma «este lugar es increíble, ojalá pudiera quedarme más que un par de días». Y ahora...

—¿Ahora qué? —se adelantó a preguntar madre, mientras padre le sacaba unas fotos a unas orquídeas medio naranjas. Amaya seguía su camino recto por la parte que separaba el pasto del camino de asfalto, como equilibrándose para no caer en ninguno de los dos lugares, para permanecer entre medio.

—Ahora me parece que fue este lugar el que terminó quedándose en mí. *Forever*. Es muy *heavy*. Me encantaría volver. Estoy en deuda, no sé, es que no lo puedo explicar todavía. Pero tengo la sensación que voy a dejar un imán aquí que me va a tirar siempre.

—Bueno, hay que ver que salgamos sin ninguna deuda y luego no te persiga la Interpol por ser una prófuga del Estado —dijo padre, intentando despojar de un poco de gravedad al asunto. Ahora ya sólo quedaba reírse de lo que había ocurrido. De hecho, eso lo habías estado haciendo durante

todos estos días. No hay nada más llevadero que la risa. Las cosas pueden volverse livianas, aunque en realidad pesen. Y aunque esa risa sea una forma más de denuncia, de malestar o incluso de dolor.

Se fueron riendo, caminando lo que les quedaba de parque para tomar el metro hasta el museo. Ya no volvieron a hablar más del tema ni a intentar hacer cierres absurdos. Al final, nada se cierra completamente. Hay algo que queda siempre medio abierto para volverse abrir y así quizás *ad infinitum*. Las cosas retornan de forma natural. Todo es para siempre, dice alguien por ahí.

Era el último día completo en Londres y eso se sentía en el aire. Parecía que justo ahora iba a comenzar la primavera por fin. El sol resplandecía. Tomaron el metro para ir a conocer el Tate Modern Museum, la última visita sobreestimulante que iban a tener. Las distancias eran largas. El psiquiatra residente les había comentado, además, que lo mejor de ese lugar era el café del último piso. Desde allí había una vista increíble al sur de la ciudad, al Bankside, y al Puente del Milenio. Una extraña fascinación tenía ese hombre por los techos de los museos, por las partes altas, por las vistas panorámicas. Debe de ser por deformación profesional. Recorrieron el museo en silencio y sin acelerar tanto el paso, como sabiendo que nada malo podía pasar. El despegue estaba próximo y podrían dejar atrás toda esta historia o, al menos, intentarlo. Tú sólo habrías querido meterte dentro de un cuadro de David Hockney, de esos que antiguamente decoraban el McDonald's. Figuras geométricas de piscinas californianas y palmeras escuetas. Mucho celeste, mucho cielo, mucho confort. Muy *fake* también. Allí dentro seguro que todo estaba bien. Recordaste el comercial del *I love you baby* y por un momento sentiste nostalgia de saber que ya no volverías a despertar en ese hospital, nostalgia de la rutina o de lo que ya empieza a hacerse propio aunque no tenga nada que ver contigo. ¡Qué ganas de tirarte a una piscina de esas! Ganas de flotar. Entonces, el recorrido por el Tate se transformó en una obsesión por todo lo que tuviera agua, lo que de alguno u otro modo te llamara a nadar. Te detuviste en un cuadro de Michael Andrews, *Melanie and Me Swimming*, y pensaste que quizás padre te llevó alguna vez así de las manos por un lago o un estero. Tal vez sí intentó enseñarte a nadar, aunque al final abandonara la misión y terminaras aprendiendo sola. En el cuadro, Melanie y el que podríamos llamar el narrador del cuadro están por la noche en una suerte de terma y detrás se ven unas montañas con un poco de nieve, pero no tienen frío. La niña, Melanie, que hace las veces de ti, lleva unas chaldas puestas, tal vez porque al fondo del agua hay muchas piedras. El agua es turbia. A padre se le ve el pie gigante por efecto del movimiento del agua y está muy concentrado sosteniéndote. Parece que no te va a soltar nunca. No se perdonaría jamás dejarte hundir. Está ahí con su pelo negro y una especie de jopo como el que lleva Aleix, muy flaco e incluso atlético; todavía no le salen las canas que a ti te gustan tanto. Mirar cuadros es lo más parecido a soñar. Las personas que crees o quieres ser en realidad no tienen tu misma cara, tampoco la tienen tus conocidos. Se mezclan las formas y los lugares tienen un dejo de algo insospechado. Hay algo en ellos que los tuerce, que los falsea. Pensaste que habría sido lindo soñar con todos los cuadros de la Tate. Como el del acantilado de George Seurat, que te recordaba alguna parte del norte muy norte de España; o esa especie de coreografía pseudocelestial de William Blake sobre los enemigos de David, que de todos modos pide generosamente por su salvación y parece dirigir la danza levitando sobre el resto; o *The Temptation* de William Strang, en que aparecen Adán y Eva, que podrían convertirse de pronto en Aleix y Amaya, ella intentando convencerlo de algo, él resistiéndose con pesar, dándole la espalda, tomándose la cabeza con un leve dejo de desesperación mientras ella siente que se le va la vida en ese gesto y nada le importa que haya leopardos y serpientes alrededor.

Con Aleix solían hablar de sus sueños al despertar, apenas abrían un ojo. Tú no habrías sabido qué decirle cuando despertaste por primera vez, cuando abriste un ojo y luego el otro ahí en *Intensive Cares* rodeada de espermios. Habrías tenido que quedarte callada mientras él te contaba quizás qué tontera. Lo hacían en ese estado que apenas separa la realidad de ese otro mundo que necesitaban contarse, necesitaban hacer también del otro. Balbuceaban lo que habían soñado, se lo contaban a medias, hacían un cadáver exquisito de dos pedazos de subconsciente, se imaginaban que eran capaces de meterse en el sueño del otro. Te acordaste cuando te contó que había soñado con una isla desierta donde sólo estaban tú y él. Había quemado las barcas, pensaste, tenía ganas de hacerlo. No le importaba quedarse ahí contigo tirado en una isla. Te dijo que se sentía inmensamente feliz allí. Aparecían los dos agitando una palmera para que cayera la fruta, y la arena era terriblemente blanca. En otra oportunidad te dijo «ayer cocinaste una paella». Sonaba ridículo planteado así de sopetón, medios dormidos y babeados. Podían decirse cualquier cosa a esas horas. Tú sólo le respondías «¿ah, sí? ¿Y cómo estaba? Seguro que me debo de haber pasado con el azafrán». Y te dices ahora, recorriendo el Tate, «eran pedacitos de nosotros que quedaban reflatando en el aire al despertar, en la hora más vulnerable del día». *Pieces*, como la canción de Bonobo. El amor dependía de cómo fuéramos mirando esos trozos de nosotros mismos, así como quien se dedica a mirar cuadros en un museo: «*Love is in the eyes of the beholder*».

Avanzas por el lugar recordando esos sueños que en realidad no eran tuyos y te ríes fuerte porque simplemente no te aguantas. Ves a los estudiantes de arte copiando los cuadros de desnudos en sus cuadernos y piensas que tal vez deberías terminar de aprender bien el inglés y quedarte a vivir aquí. Este lugar parece ser para quedarse. Podrías ir cada semana a la Tate a ver cuadros que se parecieran a tus sueños, o los de los otros, y tendrías esa sensación de «eso es, eso exactamente es» que a veces se tiene, como si el cuadro en realidad lo debieras haber pintado tú.

A Aleix ya lo empezabas a sentir como un miembro fantasma, como esa parte del cuerpo que ha sido amputada así, en un zas, de un momento a otro y que sin embargo se siente a ratos como si siguiera estando allí. Un recuerdo obsesivo que no aliviaba ninguna anestesia, pero que poco a poco te darías cuenta de que era imposible recuperar. Mutilada no más quedarías y, finalmente, las personas que pierden un brazo o una pierna terminan acostumbrándose a que ya no esté lo que estaba allí. Se las arreglan para usar otras partes de su cuerpo, para disimular la falta con una ropa adecuada o incluso para llevar con orgullo ese pedazo de piel al aire. Con el tiempo, ni siquiera el miembro fantasma sigue estando allí.

Después del recorrido por el museo, quisieron ir a una exposición de Damien Hirst, pero ver a tiburones flotando ya podía dejar de resultar tan divertido. Además, esas expos temporales se pagan aparte y ya casi ni les quedaban libras. Subieron al último piso a comer algo, unos sándwich de ave pimentón y algún *sponge cake* o un *muffin* de postre, algo no muy pesado porque en la noche saldrían a comer con la doctora de las misiones en América Latina. Ella había seguido tu caso con mucho interés y se había transformado en una especie de intermediaria entre la gente del hospital y tus padres. Apuraron el café, ya era hora de regresar para que te alcanzaran a hacer los exámenes del *checklist*.

De vuelta en el Charing Cross Hospital, la primera cita fue con el neuropsicólogo. Alucinante que pudiese existir alguien que llevara ese título en la solapa de su delantal. Al entrar en su consulta habrías querido contarle todo lo que sentías en ese momento. Se te atragantaban las palabras tratando de explicarle el miedo que sentías de perder todo lo que habías creído ganar en

el último tiempo volviendo a Chile. Te estabas tomando al pie de la letra que ese personaje se hiciera también llamar psicólogo, pero en realidad a él sólo le interesaba aprobarte ciertas facultades cognitivas y firmar el correspondiente documento. Aun así, tuvo paciencia y te escuchó hasta que acabaste. Te consoló explicándote que no debías renunciar a tu vida, que éste sólo era un alto que te obligaría a guardar reposo por un tiempo corto, a resetearse para quedar mejor y volver a lo tuyo con un aprendizaje que sólo tú serías capaz de procesar. Comenzó con las pruebas. Primero debiste memorizar unos veinte nombres de animales en inglés. Luego decir todos los nombres de instrumento que recordabas en un tiempo de cinco minutos. Esta vez te dejó hacerlo en castellano y él se mostró muy feliz de conocer también algunas de esas palabras. Después vinieron una serie de dibujos que debías hacer mirando imágenes que se volvían cada vez más complejas: unir partes, encajar formas y repetir historias en el orden correcto. Todo se trataba de demostrar que estabas lista para que te dieran el alta, que tu memoria estaba apta para volver a vivir con el recuerdo de lo que ya fue. El informe daría el sí:

She was reviewed by the Neuropsychology team on the 23rd April and the results of formal testing indicated essentially normal memory function with evidence of a mild deficit in verbal fluency. The test was undertaken in English. These results were felt to be consistent with recent episode of viral encephalitis.

Currently she is clinically well and is on Prednisolone while awaiting the results of the NMDA-R autoantibodies. She has been weaned from 40mg to 30mg Prednisolone which she should remain on until the results of the NMDA-R autoantibodies are known.

Luego vinieron diversos exámenes de sangre. Ya no te pillaban las venas en los brazos. Revisaron también tus heces, lo cual no era demasiado agradable, y finalmente te hicieron el último escáner de la temporada. Las maneras de comunicarse de madre y padre resultaban sorprendentes. Se expresaban tan distinto; básicamente, porque uno sabía hablar inglés y el otro no. A Amaya le hacía gracia mirarlos y ver cómo se complementaban. Padre ponía las palabras que, aunque pronunciadas a su manera, eran de lo más elocuentes. Manejaba una cantidad de vocabulario técnico abismante. Madre, en tanto, ponía la simpatía y la postura desvalida que hace que a cualquiera le den ganas de prestar su ayuda.

A eso de las siete de la tarde pasó la doctora Doris por tu habitación y mientras madre terminaba de echarse una manito de gato, ella te regaló un libro titulado *I think there's something wrong with me*, de Nigel Smith, que llevaba la divertida bajada de «A comedy trauma». Lo había escrito un paciente que tuvo que estar cerca de tres meses interno y con una gran pretendida resiliencia había terminado escribiendo un libro sobre lo ocurrido. Tenía mucho *slang* inglés, pero harías un esfuerzo por leerlo. Se suponía que debías sentirte algo así como identificada con ese personaje que terminó haciéndose amigo de todos y al que quizás también regaloneaban con té con leche y galletitas el día entero. «Maldigo a las rechuchas sus madres que los parieron y sus putos ojos azules.»

Partieron a un restaurante de comida italiana cercano. Pidieron un vino tinto australiano y Amaya decidió comer una lasaña de berenjena, madre una pizza con pesto, padre ravioles de carne y la doctora Doris una ensalada caprese. Conversaron sobre cine chileno. Padre le contó a la invitada que el hermano mayor de Amaya era cineasta y había hecho una película sobre el terremoto. Ella dijo que había visto *Machuca*, una película buena y así muy de exportación, que le había gustado muchísimo. Confesó, además, que tenía un novio cubano y que sólo veía unas seis

veces al año, que siempre aprovechaba para estar por allá en el Festival de Cine de La Habana. Muy independiente ella. Habló maravillas de su novio, que también era médico y no se quería ir de su país porque se sentía comprometido con el régimen.

Doris asegura que irá a Chile. Padre se compromete, a su vez, a llevarla a comer pastel de jaibas y empanadas, a pasearla por Valparaíso y el Cajón del Maipo. Y luego Doris te dice, como si fuera un secreto, que también irá a verte a ti a Barcelona cuando ya puedas regresar allí. Dice que está segura de que eso será antes de lo que tú piensas. Piden un par de panacotas con salsa de chocolate para compartir y siguen hablando un rato más sobre la dictadura. Padre vuelve a inventarse que fue uno de los Trece de la democracia cristiana que se desmarcó de su partido. Doris está feliz al enterarse de que su nuevo amigo hizo tal heroico acto.

Te levantas al baño, por supuesto, y allí respiras hondo un buen rato porque sabes que todo esto te va a ser muy difícil. No ves a nadie que esté igual que tú y con quien puedas tal vez consolarte. Te lavas la cara con mucha agua. Vas reconociendo la sensación de vivir en Chile. Ya llevan demasiado rato hablando de ese país que está al otro lado del océano, al otro lado de la cordillera, al otro lado de todo. Un país que se volvió demasiado lejano con el tiempo.

Después de la comida esa noche ya no volviste al hospital, sino al lugar donde se estaban hospedando tus padres. Al día siguiente se levantaron muy temprano y fueron a despedirse de toda la gente, quienes te llenaron de *blessings* y buenos deseos. La doctora Doris tenía turno en *Intensive Cares*, así que no pudo formar parte del rito de despedida. De todos modos, ya habían cenado la noche anterior conversando de Cuba, Chile y el cine de exportación. La última persona que se apareció fue el señor cobranza. Si bien el hospital era público y no tenían ni idea de qué precio ponerle a las jeringas —y digamos que Amaya había usado más que unas cuantas, por lo que sería difícil de cuantificar—, el señor cobranza se presentó a despedirse de la familia chilena, la de ustedes, que tanto barullo había armado en los últimos días, pese a su intención de ser siempre discretos. Volvió a recordarles la cifra que, con mucho esfuerzo, habían calculado para tu caso: unas 50.000 libras. Una casa en la costa, un par de autos para familias numerosas, más de 50 pasajes de ida y vuelta Santiago de Chile-Barcelona. Hasta un yate podrían haberse comprado con ese dinero. Ustedes no tenían nada de eso. ¿Qué podrían haber llegado a hipotecar? Suerte que el número de extranjera te exigía tener un seguro médico con gastos de repatriación de tus restos incluido. Había terminado siendo el dinero mejor invertido. El seguro médico, contra todo pronóstico, aseguraba cubrir el 100% de los gastos si se les presentaba el caso como una urgencia. ¿Y cómo no iba a ser urgente tal desborde de locura? Pese a todo, les costaba confiar. Una extraña sensación de repugnancia los abordaba cada vez que se aparecía el señor cobranza con su olor a perfume ácido y su chaquetita de gamuza. Padre le estrechó la mano, lo miró a los ojos y le dijo que todo iba a estar bien, que el seguro respondería sin lugar a dudas. Madre asintió con la cabeza. Ya casi empezaba a entender perfectamente el inglés. No hay nada que pueda a la costumbre. Y tú seguías sonriendo a las enfermeras y doctores que veías, intentando resarcirte de tu mal comportamiento, profundamente agradecida. La enfermedad puede llegar a ser una especie de castigo divino, pero los nobles hombres y mujeres del lugar habían disimulado muy bien para que no pareciera tal cosa. Su salud pública funcionaba a las mil maravillas. La doctora Doris les había dicho que si fueras europea no habrían tenido ningún lío con el famoso señor cobranza. ¿Y ese apellido francés tan rimbombante no podía ayudarlos en nada? Pues la verdad es que no, había dicho padre. Las únicas noticias que tenían de ese apellido era la de unos piratas que habían arribado al puerto de Valparaíso en algún instante insólito de la segunda mitad del siglo xix. Nada

más. Ascendencia de migrantes, de extranjeros, de forajidos del mar, de ninguna parte realmente. Esa cosa francesa correspondía más bien a un pasado incierto, desarraigado, incógnito, perdido en una oficina mugrienta de algún registro civil chileno. Por lo demás, qué tanto, si los franceses con los ingleses nunca se habían llevado demasiado bien. No por nada estos últimos le llamaron a la sífilis, durante la última década del siglo xv, cuando ya casi se despeñaban los tiempos medievales, el morbo gálico. Y los franceses, a su vez, la denominaron el *morbus germanicus*; la enfermedad napolitana para los florentinos y el mal chino para los japoneses. La enfermedad siempre viene de otra parte, se le considera impropia. Hasta que se la tiene. Y te habías preguntado ¿qué es esto que me dice la doctora Doris de que tengo cara de europea? ¿Acaso eso te dignificaba? ¿Te daba plusvalía o algo por el estilo? Preferías seguir siendo otra, errante, dando vuelta en aviones por el aire con sus virus mutantes y mutables. Pero la doctora Doris sólo lo decía para consolarlos, para que no se espantaran de esa cifra horrorosa que el señor cobranza les mostraba en su calculadora de números gigantes.

Fueron todos cordiales y abandonaron el Charing Cross Hospital.

Luego vino el *show* de la huida de los departamentos de hospedaje del hospital. No querían pagar por ningún motivo y, si bien les habían dicho que en principio no tendrían que pagar nada, no querían arriesgarse. Primero bajó madre con un par de maletitas chicas. Luego bajó padre escabullándose entre la gente que deambulaba por allí. Todo esto fue vigilado por ti, que te quedaste en un lugar estratégico, observando en las cuatro direcciones cardinales. Parecían fugitivos, prófugos del Estado inglés. Y si hasta el mayor dictador de tu país lo había hecho, por qué no podrían hacerlo ustedes.

DÍA TRECE

Svefn-g-englar
Sigur Rós

Si alguien quisiera reconstruir la historia de Amaya, tendría que revisar archivos. La extraña enfermedad que la tuvo parada en Londres cerca de un mes parece no obedecer a lógicas causales. Se desconoce su origen, lo que verdaderamente pudo haber sucedido. Tras revisar miles de virus, al menos los existentes, los conocidos por la ciencia, examinar los anticuerpos, verificar las posibilidades de sida o algún tipo de cáncer, la coherencia psiquiátrica, pruebas de rabia y exámenes a la médula, aún no se ha podido concluir nada. Y tal vez nunca se pueda. Es el principio de incertidumbre que le retumba en la cabeza en este momento, las palabras del psiquiatra residente, cuando está a punto de tomar el avión en el Aeropuerto de Heathrow a Santiago de Chile, conexión Madrid, LA 1358. Tiene internet en su celular y le pide a padre que le envíe el informe médico.

—¿Quieres leerlo? —pregunta padre.

Amaya responde que sí, que sí es capaz, que no tenga tanto miedo, porque ella ya no tiene miedo. Llega a ser escalofriante que ya no le tenga miedo a nada, así como la película *Be Happy* de Justiniano: «No le tengo miedo a nada. Ni a los perros, ni a las gitanas, ni a la noche, ni al viento, ni a los temblores. Yo no le tengo miedo a nada. Ni a los espíritus, ni a los incendios, ni a los cementerios, ni a las estrellas. Yo no le tengo miedo a nada.» Ni a la muerte. Antes, le tenía miedo a todo. Es raro. Estar a punto de morir se puede volver algo casi temerario.

Había un solo miedo que seguía viviendo. No se iba a morir en un mes, por muy ajetreado que haya sido. Inmóvil, pero ajetreado por dentro, como solían ser las tramas últimamente. En todas partes. En todos los idiomas.

Se puso los audífonos y comenzó a sonar con toda su intensidad de diez minutos de duración *Svefn-g-englar*, de Sigur. Era como transportarse a la azotea de un edificio y escuchar las primeras gaviotas del día. El sol intenso que empieza a refulgir en las partes más brillantes de la ciudad y un calor que se va haciendo cada vez más insistente.

El informe médico era un pragmático repaso de la vida de Amaya. Si las cosas se escribieran de ese modo sería tal vez más fácil, más directo, más puramente biológico. Padre se levantó de su asiento tras enviar el *mail* con la supuesta verdad. Sólo los médicos podían tener la verdad, por lo visto. Dijo que iría a comprar algo para comer. Amaya no tenía hambre. Pidió una limonada y un chocolate caliente. Extraña mezcla. Seguro que le caería fatal al estómago. Ése siempre había sido

su punto blanco, como le llaman. Su talón de Aquiles, su lado más vulnerable. Aunque quizás había otros peores, casi insondables, pero que se estaban volviendo extrañamente resistentes, ríspidos. Madre dijo a padre que lo acompañaba porque no sabía muy bien lo que quería. Además, Amaya tenía cara de pocos amigos y madre no quería que le soltara su discurso de odio adolescente generalizado contra Chile. Con justificada razón. El país estaba cada vez más cerca y Amaya se iba volviendo cada vez más ausente y severa. Era como un erizo al que sólo podía hacersele cariño con protección, con unos guantes especiales que daban en el Charing Cross Hospital. Se quedó repasando el documento que el mismo doctor House, el más *crack* de los *cracks*, enviaba a su neurólogo orgullosamente chileno y más orgullosamente aun especializado en Yale:

Dear Doctor Fuenzalida:

Thank you for following up the care of this pleasant 26 year-old lady when she returns to Chile.

Ms Tripet has been studying in Barcelona and was travelling first in Paris and then in London. She presented to Charing Cross Hospital on 5th April with a one day history of fever followed by acute confusion and agitation. She also had a change in mood and altered behaviour. Her temperature was 38.4 degrees when seen by the emergency GP. She had no signs of meningism.

(...)

In view of ongoing agitation, Ms Tripet required admission to ICU for sedation, intubation and ventilation. On extubation she remained very agitated - she was had a low dose of Quetiapine, however, this was stopped due to a rising ALT. She was treated with a five day course of intravenous immunoglobulins (0.4g/kg/day) for presumed...

Justo en ese momento volvió padre con una cerveza negra en una mano, un chocolate caliente en la otra y una hamburguesa afirmada del mentón. Madre traía un contundente plato de *fish and chips* en una mano y una cerveza rubia en la otra. Habían olvidado la limonada y en ese momento eso resultaba espantosamente irritante para Amaya, quien se levantó a comprársela y dijo casi para sí: «No me esperen, empiencen a comer no más.» Se fue leyendo en el camino su celular, pues faltaba muy poco para tomar el avión con destino a Madrid y no quería dejar Londres sin leer su informe completo de puño y letra de un experto. Se perdió en la lectura, la letra era muy pequeñita. Los ingleses pueden llegar a ser muy austeros cuando se lo proponen. No por nada el protestantismo había encontrado allí tantos adeptos. Lo mismo el capitalismo. Amaya continuó saltándose la línea más importante, como si ese contenido estuviera vetado para la paciente, como si para acceder a él hubiera que utilizar una clave encriptada o un código secreto protegido por la CIA y la Interpol juntas.

...She required re-intubating for ongoing agitation.

Pidió una limonada haciéndose pasar por inglesa y le encantó fantasear con la idea de que podía ser otra persona, aunque fuera paliducha, desabrida y colonialista. Vivía en Suiza y venía a Londres sólo por un viaje de negocios y, de paso, visitar a su familia ya casi lejana. Su marido y sus tres hijos la esperaban en Zúrich jugando alrededor de un lago congelado. La casa la había hecho él y había puesto un cartel que decía «Nuestra nueva familia» en alemán: *Unsere neue Familie*.

De vuelta al lugar donde comían sus padres, se fue leyendo lo que seguía. Esta vez no se

perdió:

Ms Tripet's confusion settled and her behaviour normalised. She described taking some amphetamines at weekends while in Barcelona but described that she had taken no illicit drugs in the two weeks preceding her presentation. She also described recent problems with her relationship with her boyfriend in Barcelona which had caused her to be somewhat low in mood.

Se tomó la limonada de un sorbo. Necesitaba algo fresco y no le importaba que el chocolate, supuestamente caliente, se le hubiera enfriado, aunque a padre y madre les pareció terrible. Le dijeron que no podía arriesgarse a una infección en el estómago o un simple resfrío. Sus defensas estaban bajísimas. Más que nunca. Amaya sólo podía pensar en la rara forma que tiene el inglés de simplificar las cosas. *Boyfriend* o *Boy friend*, daba igual. Sonaba casi de la misma manera.

Luego revisa casi por inercia su bandeja de correos. Aparece allí el nombre de Aleix. Es el único mensaje directo que le ha llegado en todo este tiempo. No es una señal de humo o una llamada a la isla donde se encuentra. Tampoco es un mensaje enviado en un transatlántico. No es un viajero atravesando el túnel submarino que une Londres con el resto de Europa, que viene a toparse cara a cara con el centro del desastre. Es un simple correo electrónico enviado tres horas antes. Amaya lo abre dudosa. No dice mucho, pero resulta cordial:

¿Cómo estás? He estado bastante al día de todo lo ocurrido, pero no quise importunarte. Habría tomado un avión, pero no quería que me trataran mal. Me empiezo a recuperar de mis dolores de cabeza y no quiero tensiones, ¿sabes? Me entiendes, ¿verdad?

Estos últimos días he estado en contacto con tu papá y me ha informando de tu mejoría. Me alegro muchísimo de que estés bien. De hecho, he estado muy preocupado todos los días y saber esto me ha aliviado bastante. No sabes cómo lo he pasado. Tus amigos han tenido que venir a consolarme. Se llevan tus maletas y no saben luego qué hacer conmigo. Por ahora, sólo quiero decirte que deseo con toda mi alma que te acabes de recuperar.

Me he mantenido al margen de lo ocurrido. En realidad, creo que no conozco al completo la situación y siento que fuera todo tan repentino. Me desagrade un poco cómo se han llevado las cosas también, qué quieres que te diga, pero no quiero agobiarte con eso. Ahora no importa, lo comprendo. Sé que estás con tu familia y ellos te cuidarán muchísimo. Sé que estarás bien allá en Chile, pero qué coñazo que sea invierno, ¿no? Justo te vas a perder el verano catalán. Aquí se está calentito, calentito, ideal para tomarse unos mojitetes y salir a ravalear. Ya vieras. Me compré entradas para el Sónar. Haré un video de nuestra canción y estaré pensando en ti. Vuelve pronto.

You got me.

Te mando un beso y un abrazo muy fuerte, a ti, a tu hermano, a padre y madre.

Amaya traga saliva y siente un escalofrío. Vuelve a abrir el PDF del informe médico y relee rápido. ¿Autoinmune o viral? Ese parece ser el quid de la cuestión, la pregunta que los ronda a todos. Pero tal vez se trata de la misma cosa, no hay una sin la otra. Siempre habrá virus rondando el espacio, aunque sean ellos de procesos lentos capaces de ir mutando y cambiando eternamente. Incluso los archivos y esa obsesión por dejar registro de lo ocurrido tienen un efecto viral.

DÍAS ULTERIORES

Language is a virus
Laurie Anderson

En el camino a Madrid sólo pudiste dormir. Los aviones siempre han tenido un efecto narcótico sobre tu cuerpo. No tanto sobre tu mente, pero sí sobre tu cuerpo. Y ahora tú eras puro cuerpo. La mente se había convertido, en muy pocos días, en un problema. Un problema que había obligado a tus padres a improvisar un viaje carísimo, un problema de junta médica, un problema que tenía con el alma en un hilo a unas cuentas personas que ahora descubrían que te querían más de lo que habrían pensado. Es ese cariño que se ganan los muertos o los que están a punto de pasarse para el otro lado, los que lanzan la amenaza. Casi no hay muertos malos, piensas, a menos que se haya sido muy hijo de puta en esta vida. Los desalmados, tal vez.

En el aeropuerto de Barajas padre y madre ya se sentían en tierra segura. Empezaban a reconocer gestos familiares y eso les agradaba. Era todo más barato, además. Aquí sí podrían cumplir con sus respectivas *checklists* de regalos para quienes los habían apoyado, tanto quienes habían participado en cadenas de oración como en rituales chamánicos. Daba igual, cada persona que había solidarizado con la situación se llevaría un llavero de una bailarina de flamenco o del Barça, aunque hubiesen preferido llevar uno del Chelsea, que mal que mal había ganado el último partido.

Aprovechaste ese ataque medio convulsivo de llenar de *tickets* las listas para desaparecer de nuevo. Ya no querías insistir en la lectura del informe médico. Lo que tenías que hacer ahora era aprovechar tus minutos de saldo que, de lo contrario, se perderían. Te fuiste corriendo al baño y dijiste que regresabas en un momento, al tiempo que les aconsejabas que variaran los llaveros por algunos magnetos para el refrigerador o por unos ceniceros en los casos de quienes se habían mostrado más comprometidos y constantes con la causa. Tenías prácticamente todos los minutos intactos, podrías haber hablado casi dos horas y media sobre nada. Te parecía que este viaje ya se hacía demasiado definitivo como para alcanzar a sellar una deuda, poner un reclamo u ofrecer disculpas; así que sólo restaba el despilfarro.

Entraste en uno de los cubículos y te sentaste en cuclillas sobre la taza del váter. Únicamente fuiste capaz de digitar un número que bien podrías haber recitado de memoria como una poesía sonora. Afuera había una madre con su hija, chilenas ambas. Decían que se debían apurar porque podrían perder el vuelo. Reconociste su procedencia de inmediato. Bueno, no es tan difícil reconocer la procedencia de chilenos que se pueden dar el lujo de andar viajando por Europa en un mes insólito del calendario. Odias ese reconocimiento, odias ese acento autocomplaciente de

los chilenos con plata y mal gusto, odias tu país, odias la posibilidad de saber hasta en qué barrio o a qué colegio pudo haber ido esa chica que probablemente tenía tu misma edad.

Te quedas dentro y sientes la voz de Aleix del otro lado de la línea, que siempre atiende el teléfono con un escueto «¿sí?». Te reconforta, y en ese momento ni siquiera caes en la cuenta de que no haya sabido que eras tú quien estaba llamando. Luego te vas a enterar de que en un momento de rabia decidió borrar tu número. «Amaya, pero qué sorpresa. No te puedes imaginar lo preocupado que he estado. He sabido por tu padre que te vuelves a Chile por un tiempo. ¿Cuánto será? Y es que ya estás bien, ¿no? No fue para tanto, al final. ¿O sí? Nosotros lo pasamos mal porque nadie nos daba información. A mí no me querían dirigir la palabra, Amaya. Tus padres me odian y tu hermano también. Bueno, eso da lo mismo. Para qué te voy a agobiar ahora. ¿Qué tal la comida en el hospital? ¿Te vas a ver una peliculita ahora en el avión? Hey, apúntate una que vi hace poco»... Madre e hija conversan fuera de que no sería nada de terrible perder el vuelo, que así podrían quedarse allí un poquito más de tiempo. Se te cruza esa idea loca por la cabeza, pero tienes que actuar con relativa lucidez. No te hace ninguna gracia verte internada de nuevo en un hospital, esta vez de Madrid. Lejos de la ciudad con mar y del descubridor de tu enfermedad, ese tal Dalmau. «Nos hemos juntado harto aquí nosotros. Tus amigas son muy buena tela. Vamos a ir juntos al Festival. Joder, qué lástima que te lo vas a perder. Pero no tienes que pensar en ello ahora. Sólo piensa en recuperarte. Yo estaré aquí tomándome unas cañitas a tu salud. Sabes que me voy a cambiar de piso. Sí, me voy solo. Así estará mejor, ya me estaba empezando a colapsar de compartir. Ups, o sea no lo digo por ti. Lo digo así en general. Y bueno, yo estoy contento porque se me han quitado los mareos, ¿sabes? Y es que casi ni me duele la cabeza. Ha sido algo muy impresionante. Mi madre también está muy feliz por mí y me aconsejó que dejara de tomar mis medicamentos. Así me siento mejor, Amaya.»

Madre e hija seguían en el baño y ahora se habían puesto a maquillar la una a la otra: «Es bueno estar siempre lista, hija querida, mira que nunca se sabe con lo que se puede encontrar una, oye. Imagínate que me cambian a primera clase y me toca al lado de un diplomático. Y estos productos MAC que nos compramos son realmente buenos. Y la bicoca. Imagínate en Chile cuánto nos hubiesen salido. Un ojo de la cara, hija mía querida.» Ya te sentías cada vez más lejos y las últimas palabras de Aleix te lo confirmaban con una precisión aterradora: «Bueno, Ama, que te vaya muy bien. Mucha suerte en todo. Buen viaje.»

«Maldigo a las rechuchas sus madres que las parieron. Y sus putos ojos azules.»

Se acaba el tiempo en Barajas y llega la hora de abordar. A padre le toca irse en otro asiento, pues no alcanzaron a reservar la fila completa para los tres. A ti te toca irte con madre y una señora muy gorda que te incomoda. Miras a padre de soslayo y recuerdas cuando eras chica y escuchaban esa canción *Oh Yoko* en el living de la casa, la que era de toda la familia pero padre había dejado. Iba a verte y se tomaban una limonada que tú misma le hacías, aunque eras muy chica. Sabías que a él le gustaba. Y escuchaban ese disco de John Lennon donde aparecía la canción esa, *Imagine*. En la portada salía la cara de Lennon medio borroneada, como si le hubiese caído agua. Tú bailabas sobre los pies de padre, así que era él quien dirigía la danza. «*In the middle of the nighth /in the middle of the nighth i call your name /Oh Yoko! /My love will turn you on*»...«*In the middle of the clouds, in the middle of the dreams, in the middle of a shave*». Tenían que hacerlo muy rápido porque si llegaba madre y los veía podía espantarse. Espantarse de que ustedes estuvieran tan contentos cuando en realidad estaba quedando la gran cagada, la tendalada misma. Era rico bailar sobre los pies de padre, te sentías liviana y no había que hacer

ningún esfuerzo. Ingrávida te volvías con la canción esa de fondo. Ahora, en cambio, sobre el avión LA 1358 parecía que todo se iba a poner demasiado difícil. No parabas de llorar, no había forma de consolarte. Era primera vez en tu vida que no querías por nada del mundo despegar.

Padre pone cara de duda e inicia un discurso que construyó con mucho esfuerzo y apoyo colectivo: «Pero, Amaya, si Chile es tu país. ¿Cómo no vas a querer volver? Esto que nos ha tocado...» Y así continúa en un tono irreproducible, casi inefable. Recuerdas lo que te dijo el psiquiatra residente sobre el principio de incertidumbre. «Hay mucha gente que es adicta a las drogas y no le pasa esto. Hay mucha gente que vive penas de amor terribles y no les pasa esto. Nunca lo vas a saber, Amaya. ¿Por qué a ti? *Who knows?*»

Sabías que era cierto. Volver a Chile era necesario. En tu fuero más interno, tenías la certeza de que muy pronto estarías de vuelta en tu ciudad con mar. Y fue más rápido de lo que pensaste en ese momento en que una turbulencia amenazó con chuparlos hasta lo más bajo de la Tierra.

El viaje transcurrió sin grandes sobresaltos, más allá de la molesta vocecita de las azafatas de LAN, una película que te hizo llorar a moco tendido y un leve ataque de pánico de madre producto de las turbulencias, pero que logró tranquilizar con un par de vinos tintos y una copita de champaña.

Casi al final del viaje, cuando el mapa del asiento indicaba que ya iban cruzando la Cordillera de los Andes y se alejaban de Brasil, pusiste una canción, *Wait*, que tanto te gustaba porque tenía esos momentos contenidos que de pronto explotaban, según tú, de manera casi sublime. Sampleada a partir de una de Yeah Yeah Yeahs, Airhead había hecho un tema de éstos que paran los pelos. Como cuando te erizas a punto de aterrizar en tu país sin querer hacerlo y llueve torrencialmente. Encima, es feriado. Es el día del trabajador y tú eres una ociosa. Te obligan a convertirte en un ser improductivo, alejado de sus estándares, reflexivo y lloricón. Subiste al máximo el volumen de la canción para dejar de pensar tanta tontera. Supiste que no había nada más que hacer. Sólo quedaba esperar. *Wait* y pasará.

Pasado un año ya estarías más que instalada en un piso del barrio de Gracia. Tranquilo. Lejos de la locura de el Raval. Era de un amigo que ambos tenían, con Aleix, ése que había tirado una bomba a los pacos en una manifestación en Chile cuando trajeron de vuelta a Pinochet desde Londres. En ese momento, le vino mejor irse del país. Pero ahora andaba por un tiempo corto en tierras australes nuevamente, para mostrárselas con orgullo a su novia nórdica. Entonces, Amaya se quedaría ese rato con el piso, que era pequeñito y viejo, pero el mejor lugar donde ella podría haber llegado a pasar una temporada. Una de sus terrazas recibía el sol de la mañana y tenía una vista privilegiada a la Sagrada Familia. A la otra terraza, que daba a la habitación de Amaya, le llegaba el sol de la tarde y se podía hacer allí una sobremesa eterna con vistas al Montjuic y un pedacito del Tibidabo si torcías bien la cabeza.

Irás al gimnasio todos los días e intentarás llevar una vida relativamente sana. Comerás a las horas, nunca más allá de las ocho de la tarde, en la semana sólo tomarás vino o cerveza, saldrás únicamente una vez el fin de semana de manera relativamente destructiva. Casi siempre te irás desde Diagonal hasta Plaza Cataluña a pie y, en general, sólo usarás el metro de noche. Irás todos los días a la Biblioteca Pública de la Vila de Gracia a trabajar en tu tesis y algo más. Tomarás el tren a Bellaterra unas dos veces a la semana para ir a unas clases en la Autónoma. Intentarás arrancarte a la playa cada tanto con alguien que te contará de su vida como si fuese el personaje de una novela. Te harás de un grupo de nuevos amigos, porque en esa ciudad a la que todos iban

de paso te veías obligada a cambiar de compis una vez cada seis meses más o menos. Ciudad puerto, ciudad viral, ciudad cargada siempre de tanto viento. La gente suele permanecer allí lo que dura un semestre académico, laboral, las clases de inglés que vienen a impartir los gringos o la vigencia del NIE (número de identificación de extranjeros). A Aleix ya no lo verás casi nunca. Cada cierto tiempo, te enviará fotos de animales en pose humana o una canción por Spotify. Insistirá en que salgan a comer sushi en ese tenedor libre, donde antes se compraban una botella de vino blanco japonés muy malo y, encima, todo terminaba muy mal. Tú le dirás que no y quizás cederás sólo un par de veces que no habrán de tener mayor trascendencia. A veces rezarás por él sin saber muy bien a quién te estabas dirigiendo. Pero algunas noches más perturbadoras despertarás sudando y gritando ¡«maldigo a las rechuchas sus madres que nos parieron y sus putos ojos azules»! Habría días que harás unos extraños ritos antes de salir de casa para asegurarte de no topártelo en el metro o en el club ese de música negra que quedaba en el Gótico.

A un año de cumplirse el *London calling* las cosas ya habrán recobrado su forma más o menos natural. Padre participaría activamente de la campaña para las presidenciales. A ver si ahora había mejor suerte y recuperaban su poder de transición. Empezaría a hacer ejercicio con un *personal trainer* porque le dijeron que sí se mantenía activo se hacía más improbable que anduviera agarrando algún virus por ahí, y además se aseguraría de comprar los servicios de incineración para su futura e inexorable muerte; sus hijos no tendrían de qué preocuparse porque ya tenía un lugar reservado en la Iglesia de la Santísima Trinidad de su comuna, donde descansarían sus restos para siempre. Madre dejaría la casa en Peñalolén y se cambiaría a vivir a un edificio donde se haría la mejor amiga de los conserjes y los vecinos, tanto así que le rogarían para que tomara el puesto de administradora del lugar. Sería como una mini comunidad de avanzada.

Londres, el amor, el mar, Barcelona y los aviones. Al año, piensas en esas palabras. Y en la limerencia, que suena a un extraño amor por los limones. Podría ser simplemente así. El gusto por eso tan rico y estrujable, por eso que se toma con alcohol haciéndote mierda el estómago y el cuerpo entero. Obsesiva compulsiva de limones y búsqueda invasiva de la reciprocidad. ¿Cómo esperar a que un limón te ame? Es absurdo. Es casi peor que pedirle peras al olmo. Porque, en fin, el dar frutos está en la naturaleza del olmo, aunque no sean peras ni se puedan comer. Amar no está en la naturaleza de los limones. Menos aún en la de los alacranes. Ha habido hombres y mujeres que han enloquecido de amor o algo más que eso. No se suele enloquecer por sólo una cosa. Tampoco se llora por sólo una razón o sinrazón. Como decía tu hermano, cada vez que cortabas cebolla, «ya estás aprovechando de llorar quizás por cuántas cosas juntas». Y te decías para adentro: «Y por todos nosotros.» Te creías Cristo, patuda y delirante. Pero no terminabas diciendo «y por tu espíritu», como te parece haber escuchado en misa las pocas veces que fuiste. Es que te parecía que cualquier catástrofe que pudiera hacerte llorar, hasta el punto de aprovechar una pelada de cebolla para echar todo para fuera, tenía de alguna forma un sentido colectivo.

Adèle Hugo es una de ellas, una de las temerarias que fue consumida por eso que llaman limerencia. Durante el exilio de su padre, producto del régimen de Napoleón, se enamoró de un coronel de la armada británica: Albert Pinsón. Hasta ése salió con nombre catalán. En principio él le ofreció matrimonio y ella se negó. Luego, cuando quiso rectificar, él ya no quería nada con la dubitativa mujer. Así es cómo cae en la persecución de su amado asumiendo distintas identidades, cambiándose de nombre cada vez que fuera necesario, incansable. Cada máscara registrada en su

Diario de exilio. O la fantasiosa María Luisa, con sus neblinas y sus amortajadas: la asesina Bombal, la pasionaria. La de la cicatriz en la clavícula. Perdiendo el tiempo con un fachas que le hizo la guerra a los anarquistas de los años treinta en Chile; tres disparos contra él. «Dos piedras y que le den», como dicen los españolitos. O Amy Winehouse borrachísima, tratando de conseguir una sonrisa de su padre o el oscuro radiante amor de Blake Fielder, cantando a gritos como negra, poseída, armónica, raquítica, su voz perfecta. O Jean Rhys, caribeña inglesa, hija de la colonia, haciendo todo lo posible por sobrevivir a tientas. No podía creer cuando migró a la plomiza ciudad, Londres, entre sus millonarios amantes, los coros y las tablas que acabaron horrorizándola. La que le tiraba jarrones y máquinas de escribir rotas a su agente literario por la cabeza. Eso era París para Jean. El marido contrabandista preso y un extraño trío con una pareja de burgueses a ratos insoportables, pero exquisitos. «*Smile please*», acaba diciendo en su autobiografía. Londres las mató a Jean y a Amy. Tal vez todas ellas tuvieron encefalitis o alguna otra enfermedad sin nombre perdida en los manuscritos de los tratados medievales. El alquimista Arnau de Vilanova, en su *Tratado sobre el amor heroico* y con su escolástico estilo, explica al detalle cómo evitar que el calentamiento de los espíritus acabe en melancolía o manía. Y evitar tal cosa ha de ser de héroes. Esa pasión amorosa tan maléfica y tan mágica reside en el terreno de la fantasía, allí donde tú perdías el tiempo recreando su figura, imaginándotelo cruzar por el dintel de la puerta.

Alfonso de Madrigal llegó a decir que el deseo es mayor en los hombres que en las bestias. Las ratas con las que experimentaba padre en su laboratorio de veterinario serían, por tanto, insuficientes. Cuando llega a producirse ese alto grado de amor en el que participa activamente la potencia imaginativa y la fantasía, no es raro, dice el tal Alfonso, que algunos pocos lleguen a perder la razón, a enfermar. Ello demuestra la fuerza del amor: una *aegritudo Amoris*, una enfermedad en grado suma. Quizás a qué extrañas conclusiones habría llegado tu diagnóstico si te hubiese atendido un alquimista o un filósofo naturalista en lugar de los médicos del Charing Cross: «El corazón tiene que impulsar constantemente espíritus vitales, cuyo calor, unido al del impulso, calienta y reseca la cavidad cerebral, lo que produce la melancolía, que no es más que bilis negra, o sea, la bilis amarilla que circula calcinada por el organismo.»

Bernardo de Gordonio, que sí fue un médico y francés, recomendaba el coito indiscriminado para poder saciar esta fatal pasión. Tal vez por eso necesitabas follarte a todos los del hospital, si ni siquiera sabías el paradero de Aleix. Qué más daba. Ni siquiera su muerte física ni la tuya habrían sido gran cosa. Como dice Bernardo, estabas viviendo espiritualmente en ese objeto amado, como queriendo poner en práctica una ridícula suerte de *mors osculi*. A medias viva, a medias muerta también. «Tan fuerte es el amor como la muerte», dice en un estilo muy dramático el Cantar de los Cantares. Gordonio también intentó comprender los ataques que de pronto le sobrevenían a los caballeros andantes, obligados a despojarse de sus armas y de sus nombres, a abandonar su identidad perdidos en el bosque, hasta que se sanaran de su mal de amor. Y, finalmente, el tal Josep Dalmau acaba recopilando todos esos casos perdidos en conventos, psiquiátricos, *tractatus* y novelas en una gráfica médica, en una casuística aún incomprensible.

Estabas algo excitada porque siempre habías sido una obsesiva de los ciclos y tenías la sensación de que cuando se cumpliera un año de lo sucedido cualquier cosa rara podía volver a pasar, casi para recordarles que hay hechos reales que es conveniente no olvidar nunca. Era el fin de semana santo.

Todo iba transcurriendo en paz. Sin embargo, el lunes de pascua tuviste un extraño presentimiento. Sentiste cómo el pecho se te oprimía, como si Cristo, recién resucitado entre los muertos, te hubiese arrebatado la respiración para usarla a su favor. La sirena de una ambulancia chocó con todas las cosas que te rodeaban y dejó instalada su presencia en un efecto Doppler. Luego sonó tu celular. Era un número desconocido.

Tras cortar, te quedaste sin voz. Habrías salido arrancando tras esa ambulancia que ya torcía la otra esquina para pedirle que te llevaran allí donde estaba él. Quizás ese mismo automóvil escandaloso y febril cargaba con su cuerpo en una camilla. No te habían querido molestar, pero los gritos desesperados de Aleix parecían un aullido salvaje, amenazante, brotando de un cuerpo eléctrico a lo Whitman pero sin goce ni placer. Pedía que te llevaran, a ti y sólo a ti. Necesitaba verte, que lo ayudaras a entender lo que estaba pasando o que simplemente te sumaras a su coro. Cortaste el teléfono. Luego lloraste unos diez minutos como hacía tiempo no lo hacías. Agarraste tu cartera y tomaste la Diagonal rumbo al Hospital Clínic. No lo dejarías solo, no lo dejarías solo, no lo dejarías solo. Te lo repites a ti misma como un mantra, al tiempo que sientes sellar una promesa con las curiosas sincronías del universo. Enfermedad cósmica, emblema de todo lo extraño que abriga el cuerpo humano, dicen por ahí. Amaya, se te metió este otro en el cuerpo y tú en el de él. Se volvieron intrusivos. Se fusionaron hasta destruirse. Y es que el dolor nunca es sólo de una persona, es de todos. Y su cura también.

No sentiste miedo frente a la furtiva llamada, lo desconocido, las mutaciones de los órganos y la piel.

Te empezó a picar el brazo donde te había quedado la cicatriz de alacrán. Te la rascaste con fuerza, la cicatriz, y te ardió un poco. Seguiste caminando. Tu naturaleza, a diferencia de la del alacrán que llevabas medio tatuado en el brazo, seguía siendo amar. Amar simplemente por amar, sin esperar demasiado de los extraños recorridos que los virus y los aviones hacen en el aire.



Esta edición de *La trayectoria de los aviones en el aire* se acabó de imprimir en Capellades en octubre de 2016